Fabio Sánchez C., Pbro.

Doctor en Filosofía y Letras

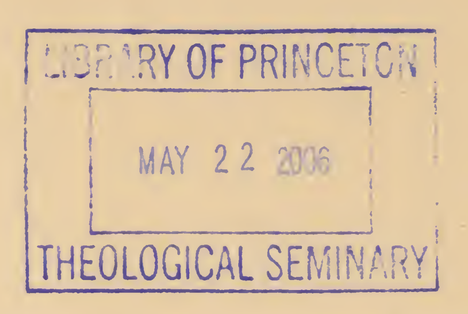
ITINERARIO ESPIRITUAL

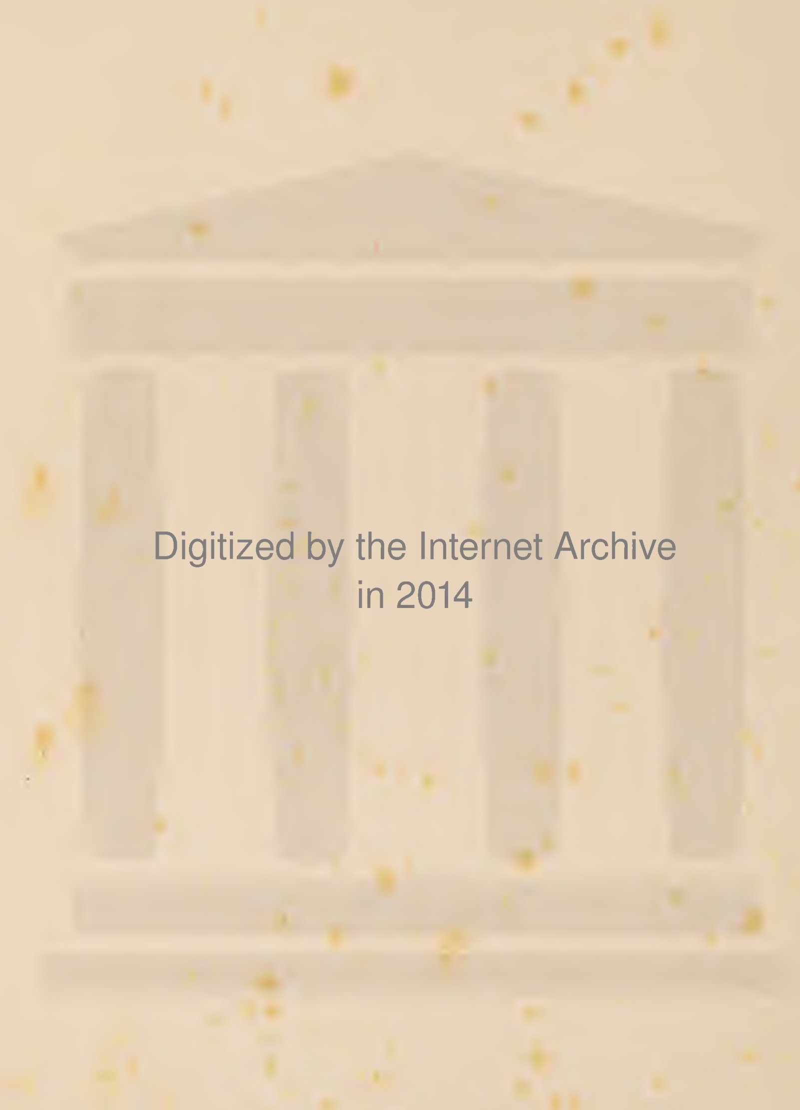
(Impresiones de Viaje)



MANIZALES

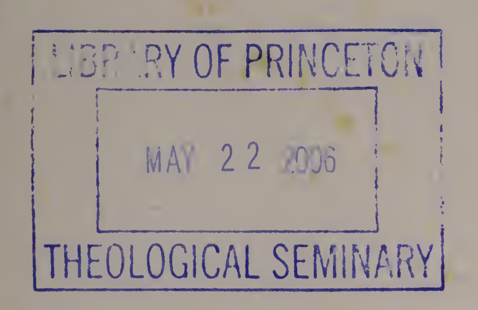
ABRIL DE 1956


LIBRARY OF PRINCETON
MAY 22 2006
THEOLOGICAL SEMINARY



Fabio Sánchez C., Pbro.

Doctor en Filosofía y Letras



ITINERARIO ESPIRITUAL

(Impresiones de Viaje)



MANIZALES

ABRIL DE 1956

Nihil obstat

Antonius J. López, Pbter.
Censor deputatus

Manizales, abril 19 de 1954

Imprimatur

+ Aloisius Concha
Eppus. Manizalen.

IMPRESO EN COLOMBIA PRINTED IN COLOMBIA

Editoriales ALFA & ORSA LTDA. - Manizales

Habiendo leído cuidadosamente este Itinerario Espiritual *del Pbro. Dr. Fabio Sánchez C., testifico que sus páginas —lejos de contener nada que se oponga a la fe o a la moral— abundan en atributos de dicción y de doctrina: claridad y ortodoxia, al tocar puntos de dogma o comentar pasajes bíblicos; erudita documentación en temas de historia y comentarios de arte; vivísimo interés en la variada narración, en la cual corren pares emoción y conocimiento; y escrito todo ello en un estilo correcto y sobriamente engalanado.*

El Censor

Dedicatoria

A Sus Excelencias Reverendísimas Monseñor Luis Concha, Arzobispo de Manizales, y Monseñor Baltasar Alvarez Restrepo, Obispo de Pereira.

A Monseñor Alberto Uribe Urdaneta, Obispo Auxiliar de Manizales.

A la memoria de mis padres.

A mis maestros.

A los colombianos peregrinos en Roma y Tierra Santa durante el Año Jubilar de 1950.

Estas impresiones son solo un eco de las por ellos recibidas a todo lo largo del Año Santo, en idénticas romerías, y bajo la dulce y paternal mirada del gran Pontífice felizmente reinante, el inmortal Pío XII.

Al Lector:

Escritos con urgencia periodística para los diarios de mi patria; trabajados sobre el propio terreno, entre las alabardas de los suizos y el tumulto de los peregrinos que se esfuerzan por estar lo más cerca posible del Romano Pontífice; en los silencios milenarios de la Tierra Santa; en medio de turistas que se apretujan delante de algún monumento famoso, o de cara al mar sobre un acantilado, al pie de una barca manchada todavía con las huellas de la última pesca y debajo de un cielo azaeteado de gaviotas, estos apuntes fugaces aparecen hoy como capítulos de un libro —intactos, sin retoques— aun a riesgo de quebrantar el grato precepto de Rodó: "decid las cosas bien"!

Si no como un atenuante a los posibles defectos, vaya esta anotación como un seguro del conocimiento de los temas tratados, y de fidelidad a la primera impresión, viva y fresca, por ellos producida.

F. S . C.

PROLOGO

Bogotá, Septiembre de 1954

Señor Doctor

D. Fabio Sánchez C., Pbro.

L. C.

Muy apreciado Doctor y amigo:

Quiere Ud. que yo escriba algunas líneas al frente de su libro "Itinerario Espiritual", *próximo a ser publicado, y con tal motivo ha tenido Ud. la bondad de poner en mis manos los respectivos originales, que he leído con mucho gusto. Voy a complacerlo, auncuando no estaré a la altura de lo que su obra merece, y atendiendo sobretodo a consideraciones personales, entre las cuales no es la menor el hecho de haber sido Ud. mi alumno en la Universidad Javeriana. Allí tuve el gusto de conocerle y de tratarle a diario, y finalmente, la enorme satisfacción de otorgar a Ud. el título académico que con tánta inteligencia como consagración hubo de ganar.*

De entonces acá, ha progresado Ud. en forma tan sensible, en cuanto hace relación con las disciplinas de la inteligencia, que siento orgullo al considerar que acaso mis modestas enseñanzas, secundadas por su gran talento, hayan sido causa de este notorio avance y perfección. Y digo esto, después de haber leído los originales de su hermosa obra. Es natural que el largo y provechoso viaje que Ud. realizó por Europa fue parte a estructurar

en forma tan hermosa su inteligencia; pero esto solo no explica el fenómeno. Otros viajan también, y casi ningún provecho reportan de sus andanzas. Ud. lo ha aprovechado todo. La llamada "universidad del mundo" o sea la contemplación de seres y otras cosas, y el trato con toda clase de gentes, asi como el contacto con las culturas extranjeras, fueron para Ud. cosas tan provechosas y saludables como su larga permanencia en los claustros universitarios. Su libro es bastante a demostrarlo, sin que se requieran pruebas de mayor entidad.

Ha sido Ud. un viajero inteligente, despierto, acucioso y muy listo, como es fácil comprobarlo recorriendo esas amenas y variadas páginas, que nos llevan desde las orillas del Sena hasta el Monte de los Olivos, desde Compostela hasta el Mar Muerto, desde Pereda hasta Papini. Inmensa variedad de panoramas y de paisajes, que Ud. nos ofrece con aguda visión de la realidad, pero, al mismo tiempo, como ligeramente evaporadas por el recuerdo e impregnadas de esa suave nostalgia que dejan en el alma los sitios memorables, largo tiempo entrevistos por el deseo y la imaginación, y después reconocidos en la realidad de su existencia. Se conoce, por cierta vibración del estilo, de qué manera lo han impresionado a Ud. algunos espectáculos de la naturaleza y ciertos lugares consagrados por la tradición. Y es que Ud. llevaba, como preparación para su viaje, una sensibilidad de poeta, una vasta erudición histórica y una sólida preparación humanística. De esta manera la contemplación de todos esos monumentos y testimonios de la cultura europea ha sido para Ud., no propiamente un hallazgo y una sorpresa, sino un reconocimiento en el sentido de cosa ya conocida, pero que se vuelve a ver y a contemplar, no a través de la erudición, sino en su tranquila realidad histórica. Su libro, pues, es en parte emoción y en parte historia, y pertenece por igual a la erudición y a la lírica.

Como es Ud. sacerdote, y sacerdote ejemplar, les ha dado preferencia, dentro del itinerario del viaje, a las cosas religiosas, como santuarios y templos, iglesias y basílicas, y en general, a monumentos consagrados por el espíritu religioso de los siglos. También se refiere Ud. en gran parte de su libro, a las tierras de Palestina. Páginas estas de profunda emoción! Con la circunstancia de que Ud., ni aquí ni en otras partes de su libro, incurre en esos lugares comunes de todos los viajeros, sobretodo cuando se trata de los Santos Lugares. Ud. es discreto en la efusión

y muy sobrio en las descripciones, lo que acrecienta el valor de su libro. A veces con una sola pincelada nos ofrece la sensación de un paisaje, de un sitio, de algún aspecto físico del mundo. La impresión vital o pictórica que Ud. se empeña en darnos gana en intensidad por lo mismo que no es exagerada ni superabundante. La parquedad es la piedra de toque del escritor.

En fin, que otras muchas cosas se podría decir de su libro, pero no quiero detener más al lector con este preámbulo que, más que crítico, aspira a ser amistosamente admirativo, a fin de que el lector pueda entrar en estas páginas sin ningún prejuicio literario, ni concepto alguno preconcebido.

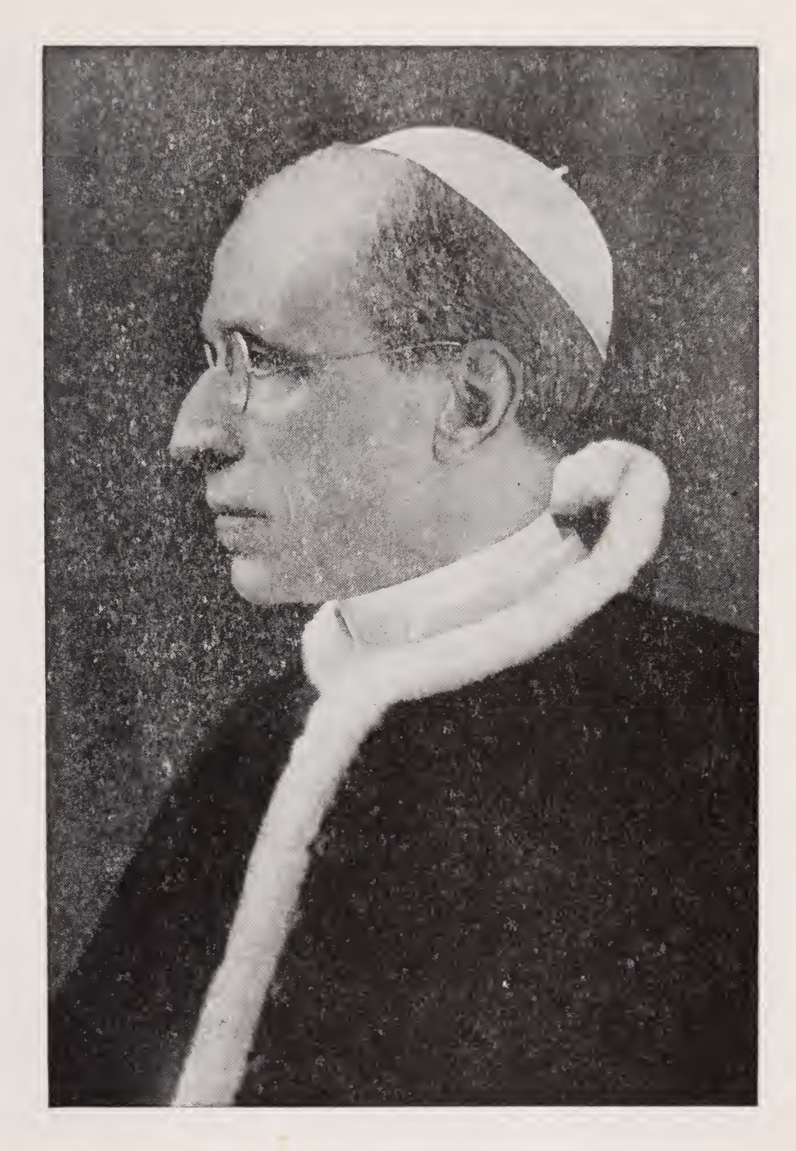
Que él juzgue, por su cuenta, de la belleza e importancia de este itinerario espiritual.

Soy su amigo y servidor de siempre,

RAFAEL MAYA

PARTE PRIMERA

Italia



Efigie del Papa



Roma.—*S. S. Pío XII bendice desde la "silla gestatoria" al pueblo de Roma.*



Su Santidad Pío XII

(Roma, Año Santo de 1.950)

— 1 —

Son las cuatro y media de la tarde, un hermosísimo día del otoño de 1949, en Castelgandolfo, y aún disponemos de algunos minutos antes que se realice la ansiada audiencia con el Padre Santo.

Breves minutos que los felices mortales allí presentes hemos empleado en admirar, desde la terraza del castillo, el dilatado horizonte taladrado a lo lejos por los más altos picos de los Montes Albanos que dominan a "Rocca di Papa", la campiña circundante, los olivares, los rebaños, los viñedos interminables y el puro y trasparente lago de Albano, ahora irisado por el sol de la tarde, en cuyas ondas tantas veces habrán encontrado descanso las miradas del augusto Pontífice fatigadas tras la diaria revista a los problemas del mundo.

Su Santidad recibe esa tarde en audiencia general, además de muchas otras personas venidas de los más apartados lugares del globo, a los delegados al Congreso Internacional de médicos católicos reunido por esa fecha en la ciudad de Roma.

Se hacen comentarios en voz baja y se espera con el natural nerviosismo que precede a los hechos insólitos la llegada del Padre Santo a la sala de audiencias. De repente, un hondo estre-

mecimiento de fe; un profundo y uncioso silencio, como el que se hace en nuestros templos en los momentos más solemnes, y ahí tenemos a Su Santidad escoltado por los guardias suizos de vistoso uniforme y precedido por altos jerarcas de la Iglesia.

Una incontenible salva de aplausos que hace estremecer las seculares paredes del castillo papal, ilumina con paternal y benévola sonrisa los labios del Padre Santo quien, por espacio de diez y siete minutos, exhorta en francés a los delegados con cálidas y vibrantes palabras a cumplir cristianamente su misión; a luchar como médicos y como católicos por la restauración de la personalidad humana; a volver por los fueros de la moral médica profesional desechando de sus prácticas los diabólicos inventos de la esterilización, la fecundación artificial etc.

—*—*—

Y mientras estos ciento cincuenta profesionales, no pocos de ellos de fama internacional, escuchan reverentes al Sumo Pontífice, a muchos de los presentes se nos ocurre, sin duda, que muy rara vez ha alcanzado el Papado un prestigio tan grande como el que tiene en los tiempos presentes.

No parece cosa fácil comprobar esta afirmación en una época de tan tremenda beligerancia en todos los órdenes, y, sin embargo, recuérdese que hace setenta y tres años, en 1880, solo ocho países estaban oficialmente representados ante la Santa Sede por medio de embajadores o ministros, cuando en la actualidad son alrededor de cuarenta y un países los representados. Y no se crea que se trata solamente de naciones profundamente ortodoxas, sino aun de aquellas de ínfima minoría en relación con las vastas mayorías no católicas como China, Egipto, la India.

A qué se debe este hecho extraordinario? Débese, sin duda, a que la palabra *Catolicismo* que en años de vida fácil y muelle había perdido para muchos su verdadero sentido, vuelve de nuevo a recobrarlo por la dolorosa experiencia de los tiempos actuales; y a que sobre veinte siglos de historia en que imperios, regímenes y civilizaciones se han sepultado los unos a los otros, la idea cristiana se afirma como único elemento fundamental de civilización humana.

Débese a que la tragedia que el mundo ha vivido en los úl-

timos años, ha enseñado también a los hombres que no es por la fuerza de las armas ni con el puño de hierro de las dictaduras como se alcanzan en la tierra la verdadera paz y la verdadera justicia, sino que es preciso volver, hoy como siempre, los ojos a la Iglesia Católica cuyos dogmas, al mismo tiempo que iluminan los caminos de los hombres y dan sentido a la existencia, enseñan a conocer la verdadera ley de fraternidad y de amor.

Débese, finalmente, a las múltiples y esclarecidas virtudes que adornan a la augusta persona del Soberano Pontífice gloriosamente reinante: a la espiritualidad que se desprende de todo su sér, a su inteligencia vastísima, a su dón de gentes, a su sencillez y a su grandeza, a la acción constante, reflexiva, discreta, tenaz y justa con que afronta todos los problemas, como pudo comprobarse en la pasada crisis internacional, y que demuestran a las claras cómo realmente ha sido escogido por Dios para regir la Iglesia en una de las más críticas circunstancias de la historia.

He ahí por qué las miradas de tantos pueblos y de tantos hombres de buena voluntad se vuelven una vez más hacia el Vicario de Cristo, hacia el legítimo sucesor de Pedro, señalado por la divina Providencia para ser en el orden jerárquico el Pontífice supremo, el Obispo de Roma, el primer dispensador en la tierra de los misterios divinos.

— 2 —

Cuatro, seis días después de haber escrito los anteriores apuntes, tuve de nuevo la dicha de visitar al Padre Santo en una audiencia de "besamanos"; y fueron mis compañeros un joven sacerdote de Baltymore, Estados Unidos, de nombre Francis Sipple, y monsieur René Oger, de la Comunidad de PP. Sulpicianos de París, estudiantes como yo por esa época en Roma.

Al igual que nosotros, muchísimos católicos venidos de diferentes partes del mundo se apresuraban a llegar en esa mañana antes de la hora señalada a las puertas de Castelgandolfo. Faltaban pocas semanas para la apertura de la "Puerta Santa", y la Iglesia universal comenzaba ya a dar a todas las gentes ese espectáculo inmenso, inenarrable, de millares y millares de peregrinos que durante el Año Santo, sin solución de continuidad y sin fatiga, habrían de desfilar por todos los caminos en busca de Roma, la "dulcis, communis Patria", como la llama Pío XII.

—*—*—

A nuestra llegada los guardias suizos, encargados de controlar los billetes de audiencia, y de recibir los visitantes, ponían ya con sus vistosos uniformes a rayas amarillas, rojas y negras, diseñados, según se afirma, por el propio Miguel Angel, una nota de luz y color por entre las largas escaleras y pasillos en la austera y solemne residencia veraniega de los Papas.

Como la primera vez, los mismos comentarios en diversos idiomas y en voz baja en la vastedad de la sala de audiencias; el mismo natural nerviosismo que precede a los hechos insólitos, y los vivas estruendosos pero llenos de inmenso cariño de hijos que han pasado toda una vida suspirando por ese momento: el de poder ver, hablar, sentir muy cerca de sí al Padre Común, a ese "dulce Cristo en la Tierra" que se llama Pío XII.

Como es lo usual en estas audiencias de besamanos, el Padre Santo, dejado el trono y acompañado de dos dignidades de la Iglesia, se va entreteniendo afable, paternalmente, con cada uno de los visitantes a quienes los suizos han hecho formar un semicírculo alrededor de la sala.

Y cómo subyuga y cómo atrae el Padre Santo así, visto de cerca! "Amor hecho alabastro", como lo definiera Pemán, su sola presencia trae a nuestra mente al autor del *Cántico al hermano Sol,* por la fragilidad de la corteza humana y por el fuego de caridad que devora su alma.

Tanta grandeza y sin embargo tan perfecta sencillez; todo cuanto hay de más augusto unido a la bondad más paternal y cariñosa; un Papa que es un grande hombre, que tiene las virtudes de un santo y que se afana por ser, especialmente, el padre y pastor que da la vida por sus ovejas, es el más bello y más grande espectáculo que se pueda contemplar....

Cuando al fin llegó hasta el sitio donde mis compañeros y yo lo esperábamos ansiosamente, en correctísimo castellano me preguntó por mi amada Patria ausente. El, que según sus propias palabras, sufre, ora, se preocupa y desvela por cada uno de sus hijos esparcidos sobre la haz de la tierra, sabía ya de las angustias de Colombia en aquellos días tormentosos que precedieron a las elecciones presidenciales en noviembre de 1949.

Con palabras llenas de ternura, consciente de mi pena, me dijo que confiaba plenamente en que Nuestro Señor y su ben-

dita Madre habrían de librar a Colombia de los horrores de una guerra civil; me estrechó paternalmente entre sus brazos y se entretuvo todavía varios minutos con nosotros expresándose en inglés, en francés y en castellano e interesándose por nuestros estudios, iniciativas y proyectos.

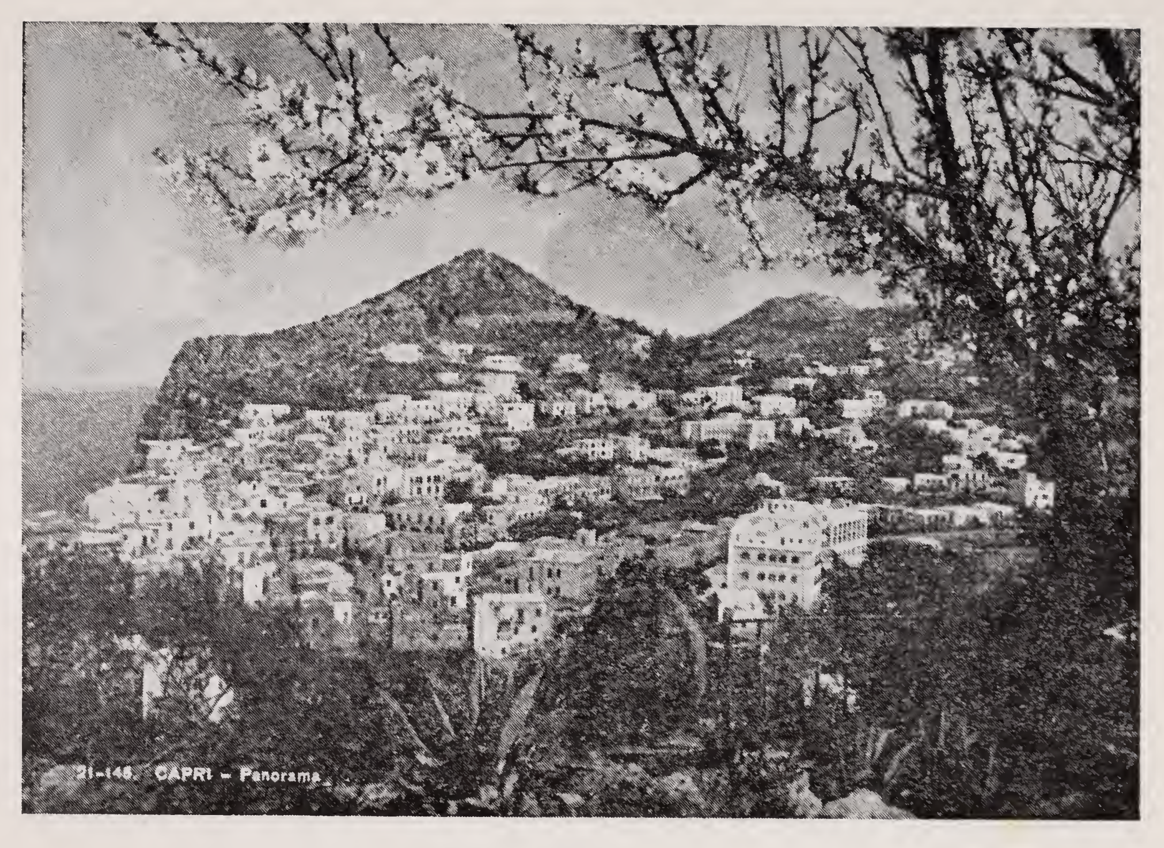
— 3 —

Durante el Año Santo, el año por excelencia de las grandes ceremonias pontificales; de las beatificaciones, de las canonizaciones sin cuento, de la proclamación del Dogma de la Asunción, en diversas ocasiones volví a ver al Padre Santo, resplandeciente como en un visión de San Juan, entre el blanco, el oro y el subido escarlata en el máximo esplendor de los "cortejos papales"; y tuve oportunidad de escuchar su palabra cálida y de ver ese ademán característico, tan suyo, de los brazos abiertos en un abrazo inmenso, como si al hablar y bendecir a unos cuantos abrazara y bendijera a todo el mundo.

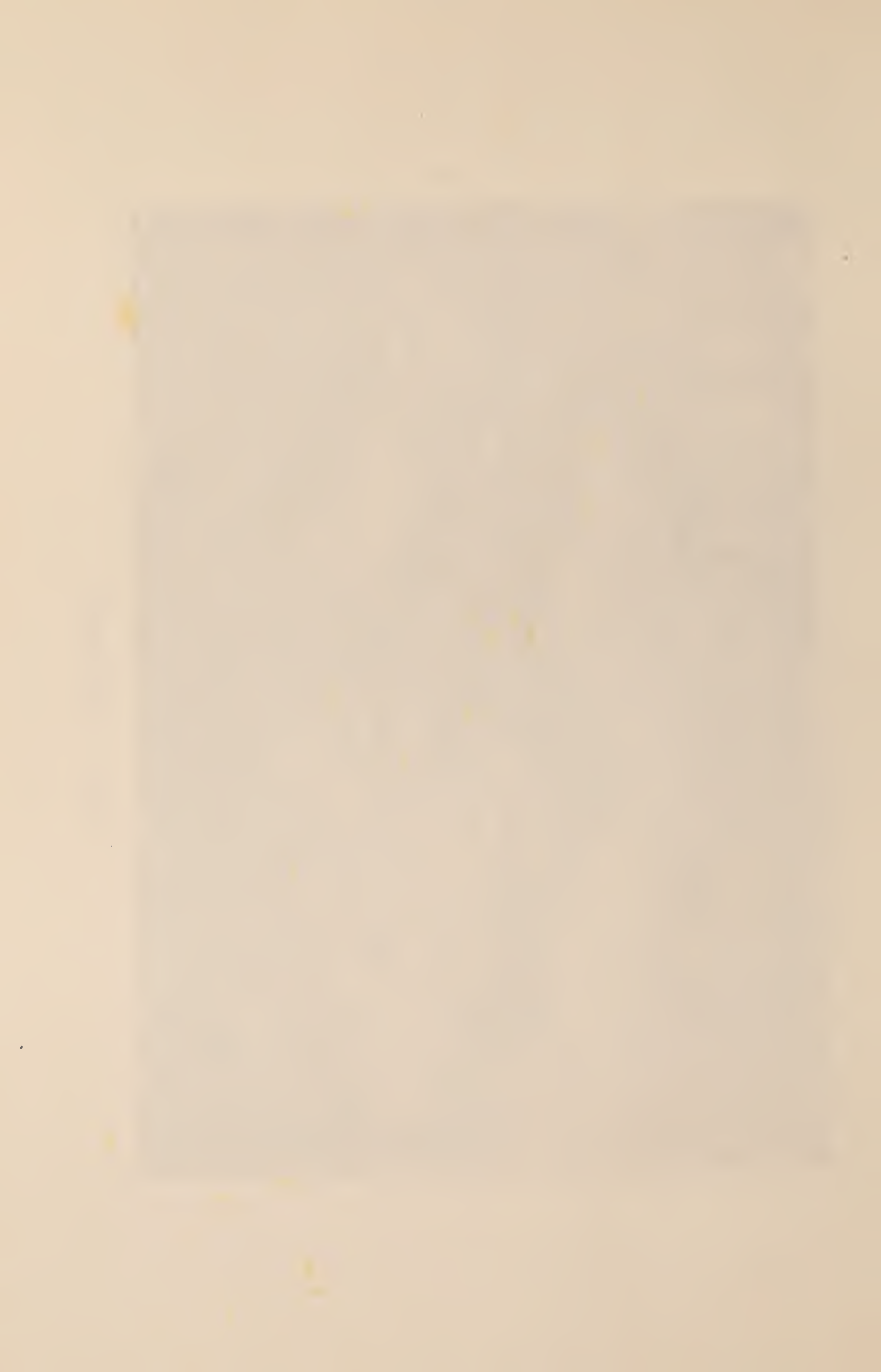
Pero esta familiaridad, digámoslo así, con su presencia, lejos de desvirtuar la profunda y casi indecible emoción de mis primeras entrevistas, me confirmó siempre en el hecho de estar, aun bajo el aspecto simplemente humano, en presencia de un hombre superior y extraordinario, de una personalidad sobrenatural si así pudiera decirse.

Oh milagro de la continuidad pontifical, de esa dinastía sagrada, de esa soberanía de la que Gerbert, al contemplar los medallones de los Papas en San Pablo Extra-muros, decía que "es más fecunda en hombres superiores que ningún poder electivo y más estable que ningún poder hereditario"!

¡Gloria, honor, amor y veneración al Vicario de Cristo en la tierra!



Capri. — (*Panorama*)





Roma.—*Tumba de Cecilia Metella sobre la Antigua Vía Apia*



Atardeceres en Roma

(Abril de 1.950)

— 1 —

Pocos espectáculos de tan suave y delicada belleza como los atardeceres de Roma.

En el mar Tirreno, en las proximidades de Capri, la visión de ese disco colosal, al rojo vivo, que se hunde lentamente en el agua entre los resplandores de incendio que hacen del horizonte y del piélago insondable un solo mar de llamas, sobrecoge el espíritu y nos pone de rodillas delante del Supremo Hacedor cuya grandeza y poderío hacen resaltar aún más si cabe nuestra insignificancia y pequeñez.

El pasaje del Exodo, cuando los israelitas que han visto arder el monte y estremecerse la tierra al paso de Jehová dicen a Moisés: "háblanos tú no sea que muramos", se viene sin quererlo a nuestra mente.

Los atardeceres de Roma, por el contrario, inundan el alma de una paz y una serenidad infinitas; alejan del espíritu hasta la más leve sombra de inquietud y nos ponen en presencia del más bondadoso y amable de los Padres.

— 2 —

Los romanos, catadores exquisitos de las bellezas de su urbe, tienen dos sitios predilectos para gozar de todos los encantos de las puestas de sol: el *Janículo* y los miradores del *Pincio.*

La sola ascención al *Janículo* predispone ya el alma y abre sus ventanas a las más puras emociones estéticas. Allí, antiguas escaleras de piedra, bancos toscos y una vieja encina —la famosa encina de Tasso— a cuya sombra el poeta, vecino a la muerte y a los póstumos honores, gustaba entregarse a sus recuerdos.

Una inscripción en mármol consagraticio que comienza:

"All'ombra di questa quercia
Torcuato Tasso
Vicino ai sospirati allori e alla morte....",

A la sombra de esta encina
Torcuato Tasso
Próximo a los ansiados laureles y a la muerte,

suscita de repente en el caminante la presencia del hijo preclaro de Sorrento, y aun la de ese gran santo, Felipe Neri, quien en aquellos mismos parajes aprendió sabiamente a hacerse niño con los niños por amor a Cristo:

"Fanciullo coi fanciulli
Sapientemente",

concluye la inscripción.

Superada esta primera rampa, llamada comunmente "Rampa de la encina", se presenta a nuestros ojos una amplísima avenida bordeada de árboles —esos maravillosos y característicos pinos italianos abiertos sobre el paisaje como verdes parasoles gigantescos— y prados celosamente cultivados que le sirven de marco al monumento en bronce a Anita Garibaldi y al imponente monumento al "condottiero" en la parte más elevada del Janículo.

— 3 —

Amplios miradores a todo lo largo del paseo permiten a miles de turistas extasiarse simultáneamente y gozar sin restricciones del más completo panorama y de los encantos de las puestas de sol en la Ciudad Eterna.

El aire límpido y transparente nos dejará ver, al sudeste de

Roma, los Montes Albanos y la hermosísima región extendida a sus flancos conocida con el nombre de "I Castelli":*Rocca di Papa, Marino, Albano, Castel Gandolfo, Nemi, Genzano,* teatro antiguamente de ciudades, templos, bosques, y quintas notables cuyos nombres son familiares a las letras: *Alba, Túsculum,* patria de Catón y residencia veraniega de Cicerón; *Lavinium, Regillo, templo y bosque de Diana Nemorensis, templo de Junón Lanuvina,* etc. Al noroeste el Monte Mario, y casi en frente del Janículo el mágico color esmeraldino de *Villa Borghese* y el *Pincio* con la *Academia de Francia* y la *Trinitá dei Monti.*

El mar no se ve, es cierto, pero se le adivina fácilmente tras el puerto de Ostia en la frescura que nos envuelve y en lo tenue y liviano del aire que se respira.

Y allí, a los pies del Janículo, toda la ciudad de Roma, con su cortejo de siglos, civilizaciones y pueblos diversos; la capital espiritual del orbe cristiano, la ciudad más célebre en el mundo en su doble carácter histórico y religioso; donde cada piedra es un libro abierto y cada columna mutilada una historia....

La Roma de los reyes en una época confinante con la leyenda; la de la República hasta el año 31 antes de Cristo; la de los emperadores de los siglos primero y segundo de nuestra Era, cuando Roma llegó a ser la ciudad más hermosa y más suntuosa del mundo antiguo por sus monumentos, sus palacios y sus quintas; época de las fastuosas mansiones imperiales sobre el Palatino, la de las termas de Nerón, de Tito, de Trajano, Diocleciano y Caracalla; la de los teatros, los arcos de triunfo, los anfiteatros, los templos grandiosos.

La Roma marcada con el sello de los Gracos y de Mario, de Horacio y Virgilio, de Cicerón y los Escipiones; la Roma centro de la historia, del arte y del pensamiento, de la virtud y del derecho, de la sabiduría y de la fe.

La Roma cristiana levantada sobre los impresionantes esplendores paganos, no pocos de los cuales aún subsisten dejados allí, en frase de Chésterton, como reyes prisioneros que adornan un triunfo!; la Roma de los mártires, la Roma de los Papas desde San Pedro hasta Pío XII, abrumada con el peso de su historia, de sus monumentos, de sus tradiciones, de su gloria.

Allá, el Quirinal sobre el monte de su nombre; la torre de la Milicia; el altar de la Patria en la Plaza Venecia; la basílica Liberiana sobre el monte Esquilino; San Juan de Letrán, el Palati-

no, el Capitolio, el Aventino inmortalizado con la presencia y el juramento de Bolívar; la Vía Apia, las vías consulares: los viejos caminos de los amos del mundo por donde podemos seguirles hasta los más apartados confines, o esperar su retorno triunfante, perdidos como un átomo en el mar tempestuoso de las enardecidas multitudes que batían con su oleaje las piedras del Foro.

—*—*—

Y mientras las horas se nos pasan sin sentirlas, agobiado el espíritu por las reminiscencias históricas, el sol de la tarde, cada vez más bajo, va envolviéndolo todo en su hálito maravilloso como para aplacar el tumulto de tantas memorias y darnos en seguida una visión jamás soñada de la ciudad de las siete colinas.

Ese desapacible color característico de los edificios de Roma que va desde el amarillo claro hasta el ocre violento, se funde de repente, se unifica en la alquimia del sol que agoniza y premia nuestra espera con el espectáculo de una ciudad de leyenda hecha de nieve, de espuma o de conchas marinas teñidas con los fuegos multicolores de las albas radiosas.

Una ciudad que comienza a nuestras plantas erizada de torres cristianas, con su fronda de marmóreas cresterías y rojos tejados, y se prolonga en el espacio —sin que pueda saberse a ciencia cierta dónde termina lo real y dónde comienza lo ilusorio— con fantásticos castillos, alcázares y mezquitas de estilizados minaretes que naufragan entre las olas estremecidas de un mar color violeta.

— 4 —

Desde los miradores del Pincio, sobre la "Piazza del Pópolo", la vista se detiene fascinada en la contemplación del castillo de Santángelo, el palacio de Justicia, los viejos puentes sobre el amarillento Tíber, ahora de un blando tinte de ópalo, y la ciudad del Vaticano sobre el fondo incomparable del Janículo, Monteverde y Monte Mario.

Pero es la basílica de San Pedro la que no tarda en concentrar sobre sí toda nuestra atención: mole gigantesca enclavada más allá del Tíber, con una expresión tal de consistencia, grandiosidad y poderío que, más que para el tiempo caduco y tran-

sitorio, parece haber sido levantada para asistir desde su base al paso de los siglos y traspasar las lindes de lo eterno; la iglesia levantada sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles descuella sobre los más altos edificios de Roma —como la idea que ella encarna sobre las más altas concepciones humanas— y empieza a colorearse primero que todos ellos con los últimos rayos del sol.

La cruz plateada que corona todo el edificio y el inmenso globo de bronce que le sirve de peana, chispean espléndidamente heridos por los rayos del disco rojizo que se va poniendo lentamente tras la cúpula en un derroche de luz y color, de fausto y magnificencia indescriptibles. Y cuando ese esplendor crepuscular que transforma y embellece cuanto toca inunda por entero el edificio, trazando senderos de luz por sus flancos poderosos, poniendo a rutilar aquí un capitel, más allá una cornisa o los dibujos de la piedra, qué alegría y qué renovada emoción la que produce la perfección arquitectónica de aquella inmensa fábrica!

—*—*—

De pronto el espectáculo cambia por completo; el sol ha trocado la cegadora cauda de llamas de su veste por un halo de luz suave, indefinible, que abarca todo el horizonte y donde se confunden los tonos más diversos, especialmente el azul, el añil, el violeta, el color rosa. Y el templo no es ya esa misma mole gigantesca —expresión de fuerza y poderío de que hablamos hace poco— sino algo irreal, impalpable y etéreo, solo línea y color, que se sostiene sin saberse cómo en el paisaje circundante.

Es como una dulce llama casi blanca que tuviese la forma de la basílica....

Son los mismos contornos de la obra genial de Rafael, Miguel Angel, Bramante, Maderno y Bernini, pero estilizados, difuminados, imprecisos, como si quisiera recordarnos esta paradoja del color que al lado de la fortaleza indestructible de la *roca de Pedro,* de la firmeza y consistencia del Papado, brillan, como un símbolo de paz y mansedumbre, la dulzura y el amor, la franciscana sencillez y todas las virtudes que son características de los hombres de Dios.



Roma. — *La Fontana di Trevi*

La Fontana di Trevi

(Roma, mayo de 1950)

"Ninfa perenne dalle mille gole,
L'acqua canta le origini del Lazio".

Ninfa perenne de las mil gargantas,
Canta el agua la génesis del Lacio.

(G. D'Annunzio)

— 1 —

Roma, ciudad de las vías solemnes y austeras; de las ruinas venerables, pródigas en testimonios y en recuerdos de tremenda elocuencia; donde el fuego sagrado del genio arde todavía luminoso en columnas conmemorativas y gloriosos monumentos, en el bosque tumultuoso de estatuas con que se adornan los edificios, los parques y las plazas, es también *la ciudad de las fuentes:* de los miles de artísticas fuentes, mármoles y bronces, que nos fascinan con el ininterrumpido parloteo de los surtidores, y que tiñen con los siete colores del iris el luminoso cielo de Italia que las cobija.

En el arte olímpico del renacimiento; en el vistoso y fastuoso del barroco; en el frío del neoclasicismo, en el romántico del ochocientos, artistas como Bernini, Fontana, Maderno, Sal-

vi, Giambologna, Rainaldi, Della Porta, rindieron el tributo de su admiración a la Musa encantada del agua.

Y como una alegoría del significado y valor universal de la Roma cristiana —fuente eterna de la vida que surge de entre las ruinas de un mundo pagano— el coro pleno del agua que es su símbolo, se escucha musical y clamoroso por entre ninfas y tritones desde el *Janículo* hasta *Villa Borghese,* desde *San Pedro* hasta el palacio del *Quirinal* y desde *plaza Navona* a *plaza Términi.*

Hé aquí, para desandar la historia de Italia y revolver el polvo de remotas edades, el perfil de una de ellas: "LA FONTANA DI TREVI"

— 2 —

Monumento de incomparable belleza que colma de singular encanto y atractivo irresistible a un estrecho barrio de la urbe del medioevo, esta fuente —la más grande de Roma y de la cual se ha dicho aun que no tiene rival en el mundo— se destaca todavía más imponente y majestuosa por la sordidez del *trivio* o encrucijada donde se levanta y de la cual deriva el nombre.

Hecha de mármoles purísimos, devuelve al través de cien torrentes, sugestiva y rumorosa, el "acqua vergine" que Agripa hizo conducir a la ciudad en el año 19 antes de Cristo, y a la cual se dio ese nombre por la doncella misteriosa que, según la tradición, la hizo conocer de los soldados romanos que perecían de sed.

Obstruído por espacio de ocho siglos el canal de veinte kilómetros de largo, obra de Agripa, Roma se vio privada del beneficio de esta agua, hasta la época en que los Sumos Pontífices Nicolás V y más tarde Sixto IV repararon los daños e hicieron construir la gran pila que aún existe.

Posteriormente el Papa Urbano VIII le introdujo algunas reformas, y fue, finalmente, Clemente XII quien en el siglo XVIII, valiéndose de una idea de Bernini y del artista Nicolás Salvi, concluyó el monumento, animadísima fantasía barroca que hoy deslumbra y detiene a su vera a miles de turistas. Por que allí, a poco de estarla contemplando, cada elemento cobra vida; y es el hechizo del mar, su sonido, su profundidad misteriosa, su poder, la majestad del dios de las aguas que agita y

conmueve a los humanos cuando a golpes de tridente fabrica su camino por en medio de la barrera infranqueable de las olas y las rocas, lo que tenemos delante.

— 3 —

Un gran arco de triunfo romano con columnas y tres nichos se destaca imponente en medio de la fachada del palacio de los Duques de Poli que le sirve de artístico fondo a la fuente; en el nicho central, en forma de bóveda, aparece la colosal figura del Océano arrastrado en su carro, en forma de concha, por dos alados corceles marinos que los tritones se encargan de hacer pasar felizmente por entre los arrecifes y las ondas impetuosas.

El reposado continente de Neptuno, la noble serenidad de toda su figura que expresan visiblemente el poder soberano del hijo de Rea y de Saturno sobre ese imperio ilimitado y misterioso de los mares, contrastan admirablemente con la vida y el extraordinario movimiento que el artista supo imprimir a los grupos de tritones y caballos: mientras el tritón de la derecha conduce de las alborotadas crines un corcel y anuncia al son de su retorcido caracol el paso del dios marino, el de la izquierda, tensos el busto y los brazos atléticos, domina el ímpetu del segundo de los caballos que —al aire los remos anteriores, los ojos inquietos, dilatadas las fosas nasales y abiertas las alas— quisiera sorberse las distancias.

Una escollera extraordinariamente bien lograda se abre en dos alas para cubrir la base del edificio, mientras el agua de un hermoso color azul marino debido al reflejo del fondo del estanque, copia las nubes viajeras y el color incorruptible del cielo, o se viste su túnica de espuma a los rayos del sol.

En el nicho de la izquierda, Ceres, diosa de la abundancia, porta con gracioso ademán un cesto repleto de frutas; en la parte superior del mismo, en un bajo-relieve de factura admirable, Agripa aprueba los planos del acueducto.

En el nicho de la derecha, Higia, diosa de la salud, da de beber en el cuenco de la mano a una serpiente enroscada a su talle, y la doncella legendaria, la que ha dado nombre a la fuente, muestra a los soldados el agua salvadora.

Finalmente, en la cúspide del monumento, el escudo de los Orsini sostenido en el aire por genios alados.

—*—*—

Todo admirablemente combinado, en la "Fontana di Trevi", la escollera, la arquitectura y la parte estatuaria, se funden y se exaltan en un verdadero triunfo de vida y movimiento, correspondiendo extraordinariamente el ímpetu de las líneas con el fragoroso precipitarse del agua.

Ochenta mil metros cúbicos del precioso líquido pasan diariamente por este monumento y van luego a alimentar las fuentes de la plaza de España, plaza Farnesio, Navona, el ninfeo de Villa Julia y muchas casas privadas.

Con frecuencia se ven brillar en el fondo del estanque rutilantes moneditas. Es la ofrenda del turista, pues existe la creencia de que la fontana trae suerte y asegura al afortunado visitante el regreso a la Ciudad Eterna!. (1)

---

1) Creencia a la cual alude Natale Polci en el siguiente soneto, traducido del idioma romanesco para esta obra por el insigne humanista Pbro. D. Antonio J. López:

La Fontana di Trevi es maravilla
que, hechizando los ojos del viajero,
finge decir que para el orbe entero
Roma es un sol que sin ocaso brilla.

Corcel de espuma y luz, su casco humilla
cuanto quiera parar su derrotero,
pues azota con ímpetu altanero
los escollos y el musgo de la orilla.

Tienen sus ondas suavidad de seda,
fresco sabor, alburas de paloma
y un raro embrujo que en las almas queda.

Pues si el turista a su caudal se asoma,
al despedirse arroja una moneda...
Ingenuo augurio de tornar a Roma!



Bolonia. — *Un lago en los jardines de la Reina Margarita*



Ciudad del Vaticano. — *Guardias suizos con sus uniformes típicos*

Final de Invierno

("Marzo prepara en secreto
la Primavera". T. Gautier)
Bolonia, marzo de 1951.

— 1 —

Sobre el muro blanco, luciente, del cuarto, las cifras en colores del almanaque me recuerdan que estamos casi al final del invierno, de un invierno que fue gris, duro, inclemente.

No obstante, los días fríos, obscuros de diciembre y enero cuando a las ocho y media de la mañana apenas estaba amaneciendo y que se cerraban en noche completa a las cuatro de la tarde; las largas e interminables jornadas a cinco y seis grados bajo cero sin un solo rayo de sol, todo lo veo ahora como cosa muy distante en el júbilo de estos extraordinarios días de marzo que se van alargando lenta, progresivamente. Y en los que con las últimas luces frágiles de un luminoso atardecer viene a confundirse con frecuencia la claridad de la luna, hasta el punto que las primeras horas de la noche, más bien que noche, son como un prolongamiento suavísimo del día.

Las oleadas de frío se suceden aún. Hay niebla baja enredada en las copas de los árboles, en las chimeneas y en los campanarios, desmenuzada sobre los tejados, y el termómetro no marca más allá de cuatro grados sobre cero dentro de casa.

Pero en el huerto y en el jardín, al lado de los pinos que no pierden sus hojas en invierno, y de las cepas —sin vida aparente— retorcidas y obscuras, pequeñas yemitas en los rosales, breves hojas de un verde tierno o rojo claro; renuevos que contienen el rudimento de la hoja y de la flor en los tulipanes; jacintos con sus grumos de pequeñas florecillas rosadas, violetas o blancas y que ayer no habíamos visto, nos hablan de esa vida inmensa, escondida a nuestros ojos, que se desenvuelve poderosa y fecunda debajo de la tierra.

Es marzo que prepara ya, en secreto, las abundantes cosechas. Que mezcla los colores, que intensifica o disminuye los tonos de donde surgirán dentro de poco el oro de los trigales, el rojo espirituoso, rojo de sangre de las uvas, la blancura de lino de los narcisos, las mariposas sin vuelo de los pétalos, la carne blanca y rosada, carne de niño, de los frutos.

— 2 —

En las vitrinas y en los puestos de flores brillan como gemas los más preciosos ejemplares traídos de la primavera perpetua de Sicilia, de la Italia meridional y de Génova; y en los escaparates de las tiendas, las cartulinas con hermosos paisajes suizos, holandeses e italianos ponen su nota de alegría al lado de las tradicionales y jocundas *campanas de Pascu*a hechas de flores y de almíbares.

Y cuando el padre sol logra romper el cerco intrincado de las nubes y un vapor claro va poniendo una mano de luz a todas las cosas, entonces, como por encanto, los millares de palomas que tienen su nidos en los tejados del palacio del *Podestá* y en la basílica de *San Petronio* —avecillas que al igual de los gorriones no llevan herido su pequeño corazón con la punzada migratoria— vuelan y vuelan incansables, en bandadas, sobre el límpido cielo azulado. Y las avenidas y los parques se llenan de gentes, metidas en gruesos abrigos de lana de vistosos y alegres colores, que han salido a gozar con toda el alma del anticipo misericordioso de la primavera.

Pero el corazón del hombre es insaciable! Y ahora, en las postrimerías de marzo, echamos de menos la nieve.... Era tan bello ver llenarse el cielo sereno de confetis de almíbar, de copitos de algodón, de gusanillos de seda que se buscan para evi-

tarse, que se persiguen para huirse en el momento del encuentro, y que de pronto, como fatigados de sus juegos de niños, se precipitan agrupados sobre las copas de los árboles, sobre las chimeneas, los tejados, sobre la negrura de la tierra. Y la tierra agradecida de este presente del cielo, dulcifica su entraña, se hace menos sórdida y se va tornando toda blanca, de una blancura inefable.

— 3 —

Marzo 19, festividad del glorioso Patriarca San José

Hoy he tenido una grande, una inmensa sorpresa!

Como de costumbre al levantarme, después de dar gracias al Todopoderoso que se ha dignado concederme un nuevo día de vida; de pedirle como Ronsard:

"Et que le jour naissant sans l'offenser se passe",
Y que el día que nace sin ofenderle pase,

he abierto la ventana de mi cuarto, amplio, aireado, sencillo, pero mucho más grande de lo que suelen ser las habitaciones en Colombia, situado espléndidamente en un tercer piso sobre el inmenso jardín de lo que fuera un antiguo convento.

Desde la ventana, empinándome con la vista sobre las chimeneas y los tejados, gozo a todas horas del más sorprendente espectáculo: la colina situada al suroeste deBolonia.

Es ésta una serie de eminencias que se levantan, a veces unidas, a veces independientes las unas de las otras, como una larga fila de medias esferas y que el buen gusto boloñés ha utilizado para levantar, entre el verde de los pastos y la frescura de los árboles que reinan allí como señores y dueños, casas de reposo, quintas de recreo, monumentos y una de las más hermosas basílicas que existen en Italia, el templo de la "Madonna di San Luca".

Desde mi cuarto puedo ver en los días claros, sin ayuda de gemelos, los contornos de las quintas, sus colores blancos, rosados y gualdas; los caminos que se alejan serpenteando con gracia infinita por entre las avenidas de pinos y abetos; el gigantesco monumento a "Los Caídos", héroes de guerra, con sus podero-

sas columnas de orden corintio, y toda la cúpula de la basílica que por su estilo me recuerda la de San Pedro en Roma; por su estilo y porque por encima de la Madonna di San Luca, como por encima de la basílica Vaticana, despliega cada tarde el sol la apoteosis de sus luces....

Cuántas veces he creído encontrarme, no en la ventana de mi cuarto, sino en los inolvidables miradores del Janículo y del Pincio!.

En torno de las quintas, diseminados aquí y allá, recogidos a veces en hermosos bosquecillos o alargados en hileras sobre el filo de la colina, son los pinos y sauces, *los pinos itálicos* que cantara Darío, los que colman de gracia y de vida el paisaje!

Los hay de tronco largo y liso, recién pulido, cuyo encanto principal es la copa tupida, inmensa, campana con música de pájaros, son los llamados "pinos ombrellos": Los hay en forma de tiendas movibles, superpuestas, como las araucarias.

Los hay que se elevan bajo el arco del cielo como llamas; los hay que, redondos, compactos al partir de las raíces, se van luego estilizando, adelgazando hasta alcanzar alturas increíbles como una torre gótica.

A la hora del *tramonto;* cuando detrás de la colina violeta el sol va plegando lentamente, como al final de una fiesta que no nos resignamos a dejar, el abanico de sus galas, los árboles cobran vida. Los he visto una y cien veces, a los que están allá más altos sobre el filo de la loma, ponerse de repente en movimiento como un ejército en orden de batalla iluminados de través por los últimos rayos de la tarde.

Los he visto agitar, delante de las casas en sombras, el oleaje de sus ramas como un enjambre de luciérnagas vegetales. He visto entre los grupos de pinos puntiagudos, al resplandor rojizo del sol que se filtra por en medio de las ramas, encenderse la luz de una hoguera gigante alrededor de la cual vivaquearan los guerreros entre un bosque de lanzas.

Y he visto, finalmente, sobre el flanco en descenso de la loma, esa larga fila de pinos jóvenes, desiguales, de copas redondas que se apoyan las una en las otras, fingir una larga y majestuosa caravana de camellos que suben lentamente, al impulso de la brisa, la pesadumbre de los fardos.

— 4 —

"Pero y la grande, la inmensa sorpresa que ibas a contarnos?

—Ah, excusadme, la había casi olvidado!

Como a la santita de Lisieux que quería ver la nieve, símbolo de pureza, el día de su toma de hábito no obstante no ser época de nieve, también esta vez Nuestro Señor ha querido satisfacer mis infantiles anhelos.

Ha debido nevar toda la noche porque esta mañana, festividad de San José, al abrir la ventana me ha costado trabajo reconocer la habitual fisonomía de mi jardín y mi colina.

Sobre la cúspide, en el lugar del monumento a "Los Caídos", veo ahora un inmenso peñasco completamente blanco. Sobre las laderas, la nieve finge cascadas de espuma que se deslizan dejando aquí y allá pequeños oasis de verdura donde los pinos de ayer son hoy jazmineros florecidos.

Como en los días más crudos de invierno, nieve compacta sobre los campanarios y tejados; estalactitas en las extremidades de las ramas.... Solo el espectáculo del patio es diferente: como además de la nieve ha habido lluvia, ésta ha logrado hacer surcos profundos que dejan al descubierto la veta negra, sinuosa de la tierra, y la nieve ha perdido su forma para convertirse en fragmentos compactos, lechosos, de un cristal gigantesco que se hubiese hecho trizas no sabemos en qué región ignorada del cielo.



Sorrento. — (*Panorama*)



Roma. — *Terraza de la Basílica de San Pedro y cúpula de Miguel Angel*



Roma. — *Castillo de Santángelo, Basílica de San Pedro y el Tíber.*

Italia, un pueblo que canta

(Bolonia, abril de 1951)

— 1 —

Tenía yo por entonces nueve años. En compañía de otros amiguitos de escuela y con las pocas monedas que nos daban en nuestras casas los sábados por la tarde, alquilamos una volqueta de las que servían para la construcción de una carretera privada y por espacio de una hora alborotamos la quietud pueblerina con nuestras voces de niños.

Imagináos uno de aquellos pueblecitos, como los que describe Azorín de la España lejana, en que todas las horas de todos los días son lo mismo; donde todos los días a las mismas horas pasan las mismas cosas, y os explicaréis el apresuramiento con que se abrían puertas y ventanas, y la mirada alegre, aprobatoria, casi de agradecimiento de las gentes que nos miraban pasar.

Era lo imprevisto, lo pintoresco, lo alegremente sano que al menos por unos instantes se imponía a la densa, a la monótona, a la melancólica atmósfera de todos los minutos.

Pero la zarzuela de la tarde tuvo a la mañana siguiente el epílogo de un drama. Después de la misa de ocho, oída en comunidad, regresamos a la escuela; el señor Director estaba furibundo.

—"Los jovencitos que cantaban anoche por las calles den un paso al frente".

Nosotros dimos el paso que nos destacaba, indefensos, en medio de los compañeros de grupo, y con la cabeza baja, humillada, escuchamos un discurso enderezado a destruir para siempre nuestros "tempranos brotes de salvajismo".

Vino luego el consabido castigo: dos horas aquella mañana de rodillas, la cara contra el muro, y por espacio de una semana, *arresto* a la salida de la escuela y escritura doscientas veces de la frase "no volveré a dar nunca una nota de mala educación"

— 2 —

Este episodio de infancia ocurrido en una pequeña población de nueve mil habitantes, en donde habitaba mi familia de manera transitoria, lo he recordado muchas veces sonriendo durante mi ya larga permanencia en Europa.

Quizás el señor Director tenía razón.... No obstante me gustaría verle la cara si llegase a presenciar una salida de escuela o colegio de estos alegres muchachos de Italia!

Llevan en los ojos el claro azul del cielo patrio y de los mares mediterráneos; en la piel y en los cabellos el tono encendido del grano sazonado por el aire y el sol de los campos, y en los labios siempre un canto. Impedirle esta expansión aquí a un niño, sería encadenar lo mejor de su espíritu.

Pero no solamente cantan los niños. Los sábados por la tarde, los mozos universitarios reunidos en grupos van y vienen por las calles o se posesionan de los parques, y cantan dulcemente acompañándose unos a otros con la flauta y la dulzaina en cuyo manejo son habilísimos.

Luego te sucede que vas por una cualquiera de las vías; y alguien que camina detrás canta con voz bastante perceptible un fragmento de alguna ópera conocida; te vuelves con disimulo, y estás en presencia de un hombre maduro cuya edad puede fluctuar entre los cincuenta y los sesenta años.

Y esa voz suave, melódica, que sale de aquella ventana entreabierta, de un almacén, que viene de lejos en alas del viento? Es la voz de una dama.

Agrégale a esto el escenario de ciudades alegres sembradas de parques con lagos y barcas, con largas avenidas bordeadas de

pinos y álamos, de abetos, cipreses y mirtos; con prados donde juegan los niños vestidos de vivos colores mientras el aya de toca blanca o la madre hacen costura sin perderlos de vista.

Agrégale a esto la tersura del aire, el cielo, el mar, las colinas sonrientes, las fuentes caprichosas, las estatuas semicubiertas de yedra, y tendremos que Italia donde la fantasía brota y se inspira como una agua viva en pleno sol es un *pueblo que canta!*

Y los músicos ambulantes? Los encuentras lo mismo en las vías principales que en las tortuosas y sugestivas callecitas del medioevo de las viejas ciudades. Son estas las calles preferidas de los músicos ciegos....; quién toca la guitarra, el violín, el acordeón o la flauta. Otros, los que no han perdido la vista o pueden disponer de un *cicerone,* llevan delante de sí una especie de viejo piano con ruedas que inunda las calles de música mediante el movimiento de un manubrio.

Estos artistas callejeros no piden limosna, al menos con palabras; confían el secreto de sus achaques y miserias a un cartelito que llevan pendiente del cuello, y en cambio de tu óbolo te llenan el alma de música y te dicen con todo el corazón: "auguri, signore, grazie, tanti auguri", felicidades, señor, gracias, muchas felicidades!

— 3 —

Antes de la última guerra el canto para Italia era solo la expresión de su música interna, el reflejo natural y espontáneo de un pueblo que se siente artista, grande y próspero. En los momentos actuales, en el vórtice inmenso de una vida como ésta, el canto para Italia es casi un acto heroico....

En la mayoría de las grandes ciudades los barrios semiderruídos por los bombardeos están todavía ahí, a la vista, tétricos, desnudos, escuetos.

Se ha reconstruído mucho, quizá más que en ninguna de las naciones afectadas por la guerra, con fe, con tesón, con optimismo!, pero fueron tan grandes los desastres; iglesias reducidas a escombros, sectores enteros consumidos por las llamas.

Aún puede leerse aquí en Bolonia, en letras negras precisadas por una flecha, las direcciones de los refugios antiaéreos; improvisados refugios en los sótanos de los grandes edificios, úti-

les a veces solo para entregar, hacinadas, indefensas, centenares de víctimas al poder destructivo de las bombas.

Y en los hogares cuántos sitios vacíos; cuántos seres queridos desaparecidos o muertos. En un periódico de antier he leído el caso de un soldado italiano retenido prisionero en Etiopía; repatriado por los ingleses, creía hasta la hora de su liberación que la guerra no había aún terminado. De regreso al hogar encontró a su esposa casada de nuevo; después de una ausencia de diez años hasta sus padres le habían tenido por muerto....

— 4 —

Nación extremadamente pobre, abocada a un gravísimo problema de superpoblación (la Península debe colocar cuarenta y seis millones de habitantes en un territorio cultivable que es aproximadamente la tercera parte de Colombia), resplandece sin embargo por doquiera cierto calor de bienestar, intenso amor al trabajo y mucho de buen gusto. Entre nosotros, pongamos por caso, una carnicería es una carnicería; es decir, un sitio repugnante donde todo chorrea sangre desde los delantales de los empleados hasta el umbral y los marcos de la puerta de entrada. Sería raro no ver merodeando en torno de ella los perros famélicos y los enjambres de moscas.

En Italia las carnicerías podrían servir de salas de recibo. Tienen generalmente —las pequeñas— una sola puerta de entrada y dos vitrinas a la calle; en dichas vitrinas, en medio de macizos de flores, se ven, en bandejas elegantes, pequeñas muestras de las carnes que pueden comprarse en el interior del almacén colgadas sobre los rutilantes azulejos de las paredes.

No faltan tampoco las listas de precios que simplifican la compra a las amas de casa, ni los cuadros de arte o relieves en madera de soberbios ejemplares del ganado vacuno, lanar, caballar, según la especialidad de la *macelleria.*

Y qué decir de los puestos de flores o de las vitrinas en los animados sectores comerciales, si hasta en las más modestas tiendas los objetos nos atraen con encanto irresistible tocados de esa graciosa, pintoresca y refinada coquetería decorativa innata en todo italiano?

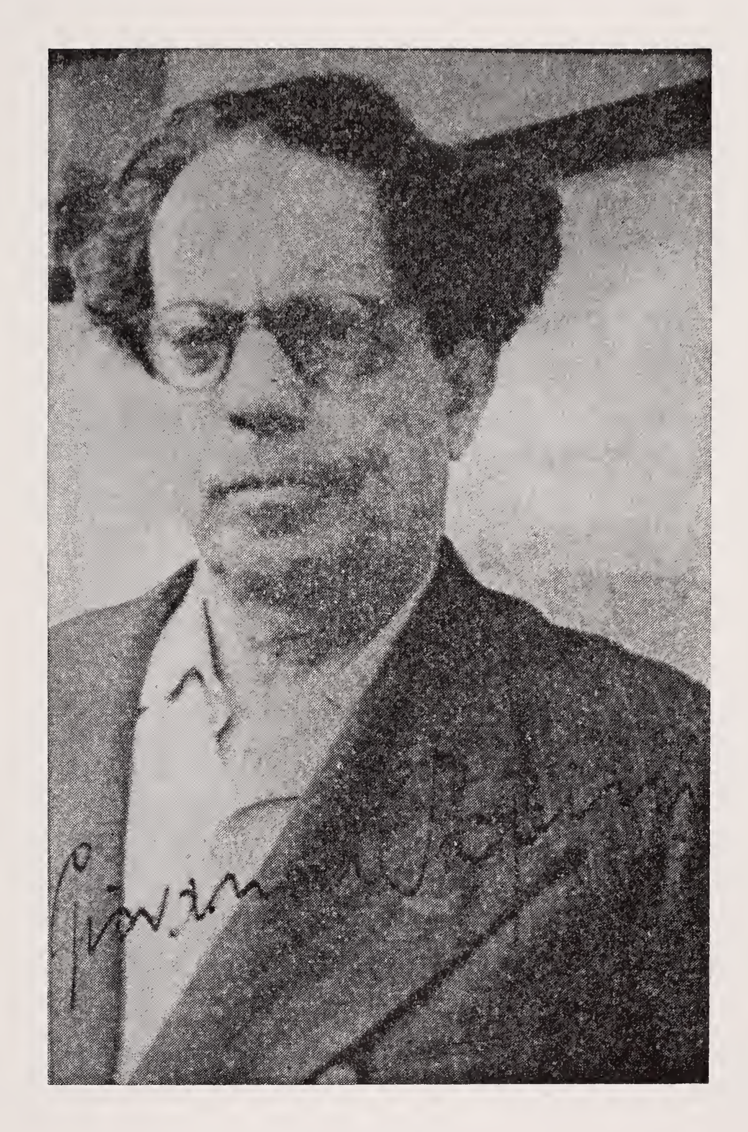
Nación privilegiada, enriquecida con la más fina, aguda y exquisita sensibilidad, Italia es ciertamente un pueblo que canta;

cuya atmósfera natural es el arte, porque la belleza, el sentimiento, el gusto artístico están en el aire que se respira, lo mismo en las academias que en los suburbios.

— 5 —

Italia! Ni siquiera los horrores de la última guerra fueron capaces de cambiar tu fisonomía. Hoy, como ayer, tus mujeres despiertan a sus hijos al son de la música y tus museos son templos donde se venera imperecedera la memoria de Leonardo, Tiziano, Rafael el divino, el tempestuoso Miguel Angel, Maderno, Bernini....

Y en pleno siglo veinte, en el ángulo de una callejuela del medioevo, al pie de una hornacina donde sonríe misericordiosa la *Madonna* con el Niño Jesús en los brazos, un viejo y ciego artista nos hace soñar con sus canciones y su música en las mejores épocas de tu pasado gloriosísimo.



Giovanni Papini

Una entrevista con Giovanni Papini (1)

(Bolonia, mayo de 1951)

Escenario —El hombre— Cómo llegó Papini a Cristo— Conceptos sobre literatura americana etc.

— 1 —

Encontramos al maestro en Florencia, ciudad que lo vio llegar al mundo y que guardará un día, reverente, sus cenizas en la iglesia de Santa Croce, el panteón florentino, al lado de Miguel Angel, Galileo, Fóscolo, Alfieri, Machiavelli y Rossini. La amarga tristeza de no poseer las cenizas de Dante, muerto en el exilio, ha hecho a la Atenas de Italia más noble y generosa en el culto hacia los compatriotas ilustres.

Florencia, hemos dicho! Levantada entre un cerco armonioso de colinas decoradas con quintas, estatuas y parques; con los

(1) Próxima a ver la luz pública esta obra —algunos años después de la entrevista que aquí se relata— el autor se ha visto dolorosamente sorprendido con la noticia de la publicación, por parte de Papini, de un libro de contenido heterodoxo titulado "Il Diavolo".

El autor de "Itinerario Espiritual" rechaza los errores de la obra mencionada, y pide fervorosamente a la Divina Providencia que Papini, que tan hondamente cristiano se muestra en este reportaje, vuelva sobre sus pasos, acate humildemente el fallo de la IGLESIA, única depositaria de la religión revelada, guardiana de la fe y maestra infalible de la verdad, y se haga, una vez más, digno del fervor admirativo del pueblo cristiano.

soberbios edificios, monumentos y palacios donde se funden en su aspecto más genuino la austeridad medioeval y la serena y fuerte elegancia del Renacimiento. Partida en dos por las aguas del Arno en cuya orilla, "malinconico y pensoso", Dante crea y perfecciona la lengua literaria, se revela Cimabue contra los convencionalismos bizantinos, fija Giotto en sus pinturas un alto ideal humano de belleza y Lorenzo el Magnífico se destaca entre las más iluminadas figuras de príncipes mecenas, difícil pensar en un escenario mejor, más lleno de clásicos recuerdos de ciencia, de cultura, de arte, para abordar la máxima personalidad literaria de Italia en el momento presente: GIOVANNI PAPINI.

En el número 10 de Vía Guerrazzi; a la sombra de tilos frondosos, alejada del estrépito y tumulto de las calles principales, está la residencia del maestro. Es un pequeño y encantado paraíso esta morada de Papini en medio del inmenso paraíso de Florencia; ni bocinas de automóviles ni chirrido de hierro viejo de los tranvías.

Aquí el espíritu puede entregarse sin temor a recorrer la parábola de sus propios pensamientos.

Y hénos por fin delante del maestro.

— 2 —

EL HOMBRE PAPINI

Cabellera tempestuosa, fisonomía pensadora y austera, alto, gigantesco, con una mirada que fija y detiene al visitante más osado, la primera impresión delante de Papini que nos espera en su cuarto de estudio junto a la amplia ventana bañada por el sol, es abrumadora, desconcertante.

Esperábamos encontrarnos delante de un hombre envejecido, Papini acaba de cumplir el nueve de enero setenta años, y que casi ha perdido la vista después de más de medio siglo dedicado a las letras, y señalado por no menos de sesenta volúmenes que traducidos a veintiocho lenguas han hecho triunfantes el giro del mundo. Y hénos aquí, en cambio, delante de un Papini todavía fuerte y vigoroso, iluminada la única pupila sana por una luz viva, deslumbrante, reflejo de un cerebro infatiga-

ble. Sin que pueda explicarme el por qué, esa luz ha traído a mi memoria el penacho de fuego que suele verse a veces sobre la cima tormentosa del Vesubio en la serena trasparencia de las noches napolitanas.

Esta brusca corteza externa; este aspecto imponente, majestuoso, dominante del maestro, unido a un carácter batallador, franco, sincero, hiriente a veces, rebelde siempre contra todos los absurdos preestablecidos, y el fondo humanamente autobiográfico que se refleja en cada uno de sus libros, explican fácilmente muchas páginas de la vida de Papini. Explican, por ejemplo, el que su paso haya sido una lucha continua, aun contra sí mismo, siempre en busca de *la verdad;* el conocimiento de una misión que es preciso cumplir; el doloroso aislamiento, en muchos de sus años, de grupos artísticos y cenáculos literarios.

Dueño de vasta cultura; de un estilo tumultuoso donde sopla amargo y cáustico, ardiente y profundo, dulce y grave, el deseo de vivir y de obrar, de construir y de destruir, no importa qué ídolos se vengan al suelo ni qué poderosos protectores se puedan trocar en encarnizados enemigos, como polemista, como crítico, como buscador de la VERDAD ABSOLUTA, Papini ha tocado los límites del heroísmo!

A éste Papini crítico y polemista, Italia le debe la renovación del sentimiento del arte; el mundo, la valiente e ininterrumpida defensa, desde el día de su conversión hace treinta años, de los más altos valores humanos y cristianos. El ha enseñado a la juventud a huir de toda hipocresía de carácter y de vida. Con su obra que representa una fuerza, un apostolado, una voluntad, una aspiración colectiva, Papini ha creado un orden de cosas más bello, más elevado, más verdadero.

Ahondando luego un poco, como se hace en Roma, en Pompeya, en Siracusa, en donde quiera que haya inapreciables tesoros artísticos sepultados bajo vulgares o engañosas apariencias, se descubre la otra fase de Papini: el hombre todo bondad y corazón. Tras la corteza amarga y áspera, tras el ímpetu polémico, el creador de "Cento págine di poesíe" está allí dentro, en lo más íntimo, donde todo es luz, suavidad, emoción.

Tal es el hombre Papini que ahora tenemos delante de nosotros en este dulce escenario familiar que pocos han visto y conocido.

— 3 —

ÇOMO LLEGO PAPINI A CRISTO

Hay en la vida singularísima de este escritor un hecho capital que polariza y eclipsa todo lo demás: *su conversión.* Porque Papini católico ha sido el factor determinante de la nueva tendencia literaria de Italia y del mundo; porque su conversión dio una actualidad estrepitosa y resonante al problema de la fe reputado en nada por las universidades y los doctos durante el siglo diez y nueve.

Después de la publicación de algunos artículos de periódico contra la Iglesia como "Los cristianos no existen", Papini recibía de Giuliotti, un amigo de letras, católico, esta carta: "Es necesario que tú te conviertas; es necesario para tu alma y es necesario para las almas de los demás. Muchos en el tenebroso caos que los envuelve, esperan una palabra grande, fuerte, alta, cristiana, para encontrarse.. Este silencio puede ser roto por tí pero primero es necesario que caigas de rodillas.

Házlo porque solo esta humildad es grandeza; todo lo demás es nada y miseria".

Estas palabras resultaron proféticas y no se apartan un instante de mi memoria en esta entrevista con Papini.

—Maestro, me atrevo a decirle pasada ya la primera impresión desconcertante: en la historia de las grandes conversiones desde San Agustín hasta Newman, siempre ha habido para aquellos espíritus, con más o menos intensidad, un drama común de deseo insatisfecho, de desasosiego, de inquietud, de anhelo perenne hacia lo trascendente y lo divino; este drama se individualiza y se concreta solo en la manera como se desenvuelve y se termina.

Podría usted, por tanto, decirme algo respecto a aquel hecho culminante de su vida que dio origen en su tiempo a tan diversas y aun tendenciosas interpretaciones?

Papini no responde de inmediato. Lo veo plegarse sobre sí mismo, reconcentrarse y recoger, uno a uno, los recuerdos dolorosos o infinitamente dulces de sucesos ocurridos hace ya treinta años. Piensa acaso en las largas horas de lucha consigo

mismo, en las vigilias de desasosiego e inquietud que precedieron a la resolución definitiva. O quizás en el penoso aislamiento de aquellos primeros años de convertido cuando los viejos amigos lo miraban con desprecio y los nuevos con incredulidad y con sospecha.... O en la calma infinita que invadió su corazón al escribir el postrer capítulo de la "Historia de Cristo", que es como el acta de fe del catolicismo de Papini: tras el largo y fatigoso peregrinar, he aquí por fin el arribo a la serenidad y a la paz en el seno de la Iglesia católica, único refugio seguro en la tierra para los grandes espíritus por el amor sin límites y el invencible rigor lógico que la sostienen.

—Fue a través de un lento y doloroso proceso sentimental y lógico, que tuvo su culminación en las postrimerías de la primera guerra mundial, como se me abrieron los ojos a la luz, nos confiesa, finalmente, Papini.

Después de un largo período de paz, del 1872 al 1914, en el que el hombre sin Dios parecía poder bastarse suficientemente a sí mismo, los desastres de la primera guerra mundial vinieron de repente a convulsionarlo, a destruirlo todo. Delante del caos; en presencia de aquella inmensa e inhumana carnicería, un interrogante sin respuesta taladraba día y noche mi cerebro: por qué existen las guerras; por qué el odio es un sentimiento hasta tal punto suicida y fratricida y cómo remediarlo? Con los acuerdos políticos, con programas, con sistemas, con todo aquello que es simplemente coercitivo, externo y por lo tanto terreno?

Pero el interrogante permanecía sin respuesta, porque la razón y la experiencia me enseñaban de inmediato que las causas de la guerra no están en factores externos, en motivos ajenos al hombre; están en el hombre mismo! En la naturaleza humana egoísta, agresiva, voluptuosa, enemiga del dolor y del sacrificio....

Para acabar con las guerras era preciso cambiar al hombre; pero cómo? La respuesta llegó por fin tras muchas noches de angustia. El remedio era uno solo: de lo contingente pasar a lo eterno; de lo externo en el hombre, llegar a su alma e inundarla de persuasión, de amor, de convicción. Era preciso, en una palabra, tornar al libro de los libros, al Evangelio!

Este libro yo lo había leído varias veces, como intelectual, y aun lo había defendido contra Nietzsche en "El crepúsculo de

los filósofos"; pero es solamente ahora cuando le encuentro su verdadero significado, el de transformar el corazón humano. No había comprendido que en Cristo y solo en Cristo puede encontrar el hombre su verdadera conversión, transformar el alma, renacer a la inocencia y la bondad como le fue dicho a Nicodemus.

Y es en el Evangelio, continúa con énfasis Papini, donde yo encuentro una de las mayores pruebas de la divinidad de Jesucristo. Porque esa revolución espiritual que el Evangelio preconiza y esa doctrina tan sublime que contiene, no pueden ser fruto de la naturaleza humana pervertida; al contrario, están ordenadas a corregirla y elevarla. Luego no pueden proceder sino de Dios.

—Y la idea de escribir la "Historia de Cristo,", cómo nació, cuál fue su origen?

—Esa obra compuesta no para el clero ni para los que ya estaban en posesión de la verdad, sino para almas trabajadas por las mismas angustias de mis años de juventud, nació del deseo expansivo de hacer partícipes a los demás de la buena nueva, del tesoro encontrado. Fue una inspiración repentina; se necesitaba un artista, un poeta, un literato que llevase de nuevo y de una manera nueva el Evangelio a la juventud, a las universidades, a los doctos, a los hombres desorientados de aquel tiempo, y me dí de lleno a la obra sin calcular los resultados ni pensar en mis fuerzas.

Mis demás obras, después de la "Historia de Cristo", han estado encaminadas a dejar a mi muerte un mundo mejor; y en cambio....

Para interrumpir el penoso silencio que se ha hecho ante este desnudarse del alma de Papini, consciente de una verdad que no puede ser desmentida pero que el mundo hoy más que nunca destrozado por los males de la guerra no quiere conocer, cambio rápidamente de tema.

— 4 —

LO QUE NO HA DADO AMERICA

—Hace algunos años una de nuestras revistas colombianas

divulgó por toda la América Latina un artículo suyo titulado "Lo que no ha dado América". Ese artículo fue muy diversamente comentado y aun tildado de injusto, porque se nos exigía en él que diéramos en menos de cuatro siglos lo que Europa ha producido en tres o cuatro veces ese tiempo y en condiciones muy diversas.

Papini sonríe.

—Lo sé, me dice. Aquello fue una especie de bomba literaria y sus ecos llegaron hasta mí en numerosas cartas de protesta. Lo más curioso es que de aquellas personas que me escribieron, la mayoría desconocía el texto completo del artículo; habían leído simplemente extractos y resúmenes de él. A esto se debe que la intención que lo animaba no hubiese sido suficientemente comprendida. Siempre he sido un gran admirador de la América Latina en todos los órdenes. Y si emití aquellos conceptos fue, no con ánimo de ignorar o desconocer los grandes cerebros de que los países latinos se enorgullecen, sino como un llamamiento y un estímulo para que la América produzca ese hombre genio que todos esperamos; a que tiene derecho después de cuatro siglos de emancipación y que, de no producirlo, la harán aparecer siempre inferior a las naciones europeas de las cuales ha recibido la religión, la cultura, la lengua.

—Maestro, la última pregunta: cuál es su mejor libro?

—Responder acertadamente a esa pregunta es casi un imposible. Usted recordará que para Cervantes "Don Quijote" figuraba en segundo plano, después de "Persiles y Segismunda", una obra de la que hoy nadie se acuerda. Lo que sí puedo decirle es que una de las obras que he escrito con más amor es "Cartas a los hombres, del Papa Celestino Sexto" publicada en 1946. Tambien la "Vida de Miguel Angel y su tiempo" del 1949, y "Las locuras del poeta" del 1950.

—Tiene alguna nueva obra en preparación?

—Sí. Tengo ya casi concluído un voluminoso libro de más de mil páginas que se titulará "El juicio universal". La vista me permite apenas trabajar, pero la misión del escritor es ardua y solo concluye con la muerte cuando se siente la responsabilidad de tener una pluma en mano....

—*—*—

La entrevista ha terminado. De regreso a Bolonia, el silencio del compartimiento donde me encuentro completamente solo y el adormecedor movimiento del tren, me sirven admirablemente para renovar los pormenores de la escena vivida hace pocos minutos.

De repente ante los ojos de mi imaginación aparece una plaza solitaria con una palma y una torre medioeval a la derecha, y los arcos sencillos y robustos de la iglesita de San Pietro in Víncoli a la izquierda. Y me veo de nuevo, como tantas otras veces, delante de una de las más celebradas obras de arte que se encuentran en Roma: el Moisés de Miguel Angel!

El heraldo de Dios acaba de bajar del Sinaí y clava los ojos fulgurantes sobre los hebreos idólatras.... La apostura, la mirada, la gran barba bíblica, todo en esa obra es de una grandeza suprema.

Después de ver el Moisés de Miguel Angel con ese mentón dominador que parece desafiar el porvenir; alto, erguido, inmenso, prepotente, fácilmente se concibe que el conductor del pueblo escogido hubiera tenido por escenario la vastedad del desierto ilimitado y terrible, que hubiera habido a su lado zarzas que ardían sin consumirse, humeantes cumbres sinaíticas, pueblos de pasiones tornadizas y violentas como las mareas oceánicas....

Después de ver a Papini fieramente enhiesto contra todos los vientos malsanos —con esos rasgos fisonómicos que delatan aun a simple vista la existencia de una indomable voluntad— se adivina sin esfuerzo que es este y no otro el hombre que por más de treinta años se ha enfrentado a todo y lo ha sacrificado todo: su tranquilidad, la amistad de viejos amigos, sus antiguas convicciones, para defender los más altos valores de la humanidad y del cristianismo.

Papini ha sido en el caos del siglo veinte, digámoslo de nuevo para que cale y se grabe muy hondo, el principal despertador y renovador del sentimiento del arte; un crisol de lava; la llama viva que ha señalado siempre el paso de la verdad: unido a ella después de su conversión y a ella enderezado aun en las equivocaciones y tanteos de sus años de juventud.



Bolonia. — *Suantario de Nuestra Señora de San Lucas* (*Atardecer*)



Pisa. — *Torre inclinada y fachada de la Catedral*

Nieve en Bolonia

(Divagaciones en torno a Leopardi)

"La poesía del dolor está en Leopardi templada por el arte"
(Unamuno)

(Diciembre de 1951)

— 1 —

Son las nueve y algunos minutos de la mañana.

Afuera, un día pálido, iluminado a trechos por esa claridad fugitiva, irreal de los celajes de invierno, lucha débilmente con la niebla que lo envuelve entre sus brazos de sombra.

El frío muerde aun en el interior de la estancia insuficientemente caldeada y la obscuridad me obliga a aproximar la silla al cristal de la ventana para poder continuar la lectura. Al hacerlo veo pasar de través, arrastrados por el viento, numerosos corpúsculos blancos, muy tenues, livianos, como fragmentos de harina o de lana; el espectáculo me distrae unos instantes y sin que alcance a explicarme su origen me engolfo de nuevo en mi trabajo.

Hace ya varios días el profesor L. Giusso, catedrático de Literatura italiana y de Estética en la Universidad de Bolonia, vie-

ne ocupándose de *Giacomo Leopardi,* y he querido aprovechar esta mañana de domingo para ordenar aquí, en la ciudad predilecta del poeta, los apuntes de clase y mis impresiones personales a la luz de un crítico tan sagaz y certero como Mario Sansone.

Del estudio comparado de uno y otro he podido deducir que han sido necesarios muchos años: desde cuando el vate entregó su espíritu al Creador el 14 de junio de 1837 en una pequeña población a los pies del Vesubio, para que empiece a verse claro alrededor de una obra literaria hoy nuevamente de moda en los cenáculos de Europa.

— 2 —

Historiemos un poco:

Fruto del racionalismo cartesiano y del empirismo inglés de Bacon y de Locke, el "Iluminismo" penetra en Italia en 1748 y su difusión se hace cada vez más amplia y eficaz hacia los últimos años del siglo.

Qué pretendía ese nuevo sistema que hacía morir *la bella letteratura,* el mundo espiritual de la Arcadia, y se servía de las letras como de un instrumento de batalla para difundir las más tremendas y disolventes ideas?

Era la embriaguez de libertad, la fe ciega en la razón humana "una e inmutable", poseedora de toda la verdad, creadora de las leyes y principios que regulan la vida del hombre. Era el desinterés por los problemas metafísicos; el odio hacia el pasado —que no es más que la "decadencia progresiva"—, y por ende la exaltación del salvaje libre aún del influjo de la civilización y de la religión tradicional, que venían a echar por tierra —ab immis fundamentis— todas las instituciones empezando por aquellas que habían sido consideradas hasta entonces como más sagradas.

Fueron cincuenta y más años de *mecanicismo,* de *cientifismo* presuntuoso, de endiosamiento del hombre "biológica y espiritualmente perfecto", de negación absoluta de lo sobrenatural; al cabo de los cuales, sumido en el desencanto, con el sabor del fracaso en los labios, perdida ya la fe ciega en las fuerzas de la razón humana, atenaceado por aquella ansia tormentosa y

la punzada de un vago dolor que serán características del espíritu romántico, el hombre vuelve de nuevo a interrogar las razones vitales de su propio destino y busca por todas partes un Dios que colme las ansias de infinito en que se consume inútilmente.

No era solo la crisis de un régimen. Era el precipitarse en el abismo una concepción de la vida juzgada infalible que dejaba tras sí, además de perturbaciones en el orden social, político y económico, un caos inmenso en las conciencias y en el alma una profunda y desolada inquietud.



Es la historia dolorosa del pensamiento en casi toda Europa, desde el Renacimiento hasta el Iluminismo, y pocos son los escritores que escapan a su influjo. Que a la postre, sin el sentido trágico de la realidad, alcanzan de nuevo a comprender que por encima de nuestra limitada capacidad humana hay un Ser omnipresente que lo dirige y lo gobierna todo; que la historia es el desenvolvimiento en eterno progreso de fuerzas ideales; que la naturaleza es algo más que un conjunto de fuerzas mecánicas, cuyo verdadero sentido solo puede ser explicado por Aquel que es su autor.

En la mayoría, a la embriaguez de libertad, a la orgía racionalista, sucede el *Pesimismo.*

— 3 —

De esclarecido abolengo y escaso de fortuna, de ingenio precoz, dotado de imaginación excepcional; sin haber encontrado en el hogar la expansibilidad tierna e indulgente de que tenía necesidad su corazón rico de afectos; rebelde a todo yugo; hecho un erudito —sin más guía que sus propias aficiones— a los diez y ocho años, y herido ya de un terrible mal de la vista que le impedirá para siempre buscarse alguna profesión, el conde GIACOMO LEOPARDI es la esponja que recoge, acrecentados, los zumos amargos del siglo....

Por eso su voz apenas escuchada tiene tan profunda resonancia en toda Europa, y el poeta es considerado de inmediato como uno de los espíritus más significativos en la pléyade de los mayores valores del Romanticismo.

— 4 —

El pensamiento leopardiano

En la imposibilidad de contenerse dentro del ámbito del pensamiento iluminístico que desaparece, y atraído por la nueva sensibilidad del siglo que comienza, el espíritu de Leopardi fluctúa entre un modo todavía racionalista de entender la naturaleza, la historia, la realidad del hombre y del mundo, y la nueva exigencia finalística y romántica.

Y mientras que en Giambattista Vico, en Fóscolo, el problema del fin y del significado de la vida, el dolor humano, el eterno drama del bien y del mal, promueven un excepcional esfuerzo de reconstrucción y de superamiento, Leopardi, más a-amargado quizás, menos expansivo y enérgico, desenvuelve de allí, especialmente en "Le Operette Morali", una desolada y lúgubre meditación que lo separa cada vez más de sus semejantes y lo confina en una soledad amarga, incurable.

Dado a traducir en afirmaciones generales y teóricas su propia experiencia de la vida; inconsecuente muchas veces, en la cúspide de la personalidad leopardiana no es, por tanto, el *intelectual puro,* como pretenden algunos, lo que debe buscarse; sería empequeñecerlo!

Y si vamos a tratar de seguir su pensamiento a través de las "Obritas Morales" ya citadas, puestas justamente en el Indice por el letal pesimismo que destilan, y de la poesía filosófica e histórica, es solo para recoger las palpitaciones más secretas de su ánima y ponernos así en condición de sentir mejor su verdadera poesía.

Teoría del Pesimismo

Dos son los puntos fundamentales de la doctrina de Leopardi expuesta en fases sucesivas y de manera fragmentaria en las obras antedichas: una afirmación escéptica por la cual es imposible al hombre encontrar ya jamás la felicidad, después que han transcurrido esas dos épocas de *ignorancia* y por consiguiente de grandes ilusiones que son la infancia y juventud. Y

una concepción materialista de la vida que se mueve, según él, independiente de toda fuerza superior y divina, en un eterno y mecánico movimiento.

Del primer supuesto, el poeta deduce que la Verdad, que la Razón vienen a ser el origen de todos nuestros males. Feliz el hombre primitivo creador de mitos, siempre esperando cosas inauditas, apariciones maravillosas, como viven los niños. En cambio la razón solo ha servido para hacer huír la mariposa del encanto, para llevarnos con fuerza incoercible contra la horrible verdad: el sufrimiento.

Del segundo supuesto, lejos los ojos de *aquel bello y aquel sublime* que son como la esencia de la filosofía cristiana, cuando nos da a conocer la causa verdadera de todas nuestras penas y nos conforta con la esperanza de una vida futura bienaventurada; cuando nos dice que sin un bien infinito —capaz de producir en nosotros la paz y la tranquilidad— la voluntad y el deseo del hombre permanecerán siempre en angustiosa espectativa, con la misma ansia de felicidad insatisfecha, Leopardi concluye, hundido en un hosco fatalismo: "todas las cosas las mueve un arcano y terrible poder que no crea sino por el gusto de ver sufrir y morir; toda la historia de la civilización no es más que el descubrimiento progresivo de nuestra fatal e ineluctable infelicidad".

De aquí una profunda meditación dolorosa, un alejarse de todo, un atribuir a factores externos esa infelicidad que el poeta llevaba solo en sí; un permanecer de frente al mundo, atónito, extraño, con el rictus de una inmensa tristeza en los labios...

— 5 —

El Poeta

Para librarse de sí mismo, para aplacar, en parte al menos, la trágica urgencia romántica que lo ligaba al nuevo siglo, Leopardi cantó con un sentimiento propio y de una manera original, personalísima, en una métrica propia: Un gran río de sentimientos a donde van a parar, y en ello está el principal mérito de su obra literaria, los fluctuantes problemas de su vida moral e intelectual, no superados u olvidados, sino disueltos, hechos materia de poesía.

En la cúspide de la personalidad leopardiana no es por tanto, digámoslo de nuevo estrechando aún más el círculo, el aporte al pensamiento filosófico de Italia lo que debe buscarse. Es el poeta, es el sentimiento del poeta el que aparece plenamente; y si se estudia a Leopardi bajo otros aspectos, debe ser solo para llegar a una más profunda comprensión de este sentimiento que es de los más delicados y complejos de toda la poesía del siglo diez y nueve.

—*—*—

ESENCIA DEL SENTIMIENTO EN LO MEJOR DE LA POESIA LEOPARDIANA: estilo y motivos de inspiración.

En presencia del eterno, irremediable dolor que su errónea concepción de la vida cree hallar por todas partes, el tierno corazón del poeta se colma de una piedad vivísima hacia sus semejantes a quienes considera tan desgraciados como él. Necesidad expansiva de cantar los males de la humanidad; llanto, nostalgia de un bien perdido para siempre, compasión dulce y fraterna para todos aquellos a los que se siente unido por la común y eterna desventura, he ahí los elementos esenciales de una poesía escrita en fórmulas de extraordinaria pureza musical.

Limpidez realística, riqueza de sentimientos, temas sencillos. La lluvia que golpea sutilmente mientras un nuevo sol dora los campos ("La vida solitaria"); el pueblecito que retorna a su trabajo después de la tormenta ("La calma después de la tempestad"); el campesino que regresa con un canto en los labios en la tarde del domingo ("La tarde del día de fiesta"); el pájaro solitario, el ocaso de la luna. Temas comunes, temas elementales si se quiere, pero que cantados por Leopardi adquieren psicológicamente una seriedad dolorosa como si fuesen elegías de todo lo creado.

Canta el "Infinito", pero no aquel que llena nuestra alma de una arcana religiosidad, que nos da vivo el sentimiento de participar de una inefable armonía cósmica, sino como soledad inmensa y misterio torturante, indescifrable.

La gran poesía leopardiana no impreca, no maldice, pero se hunde en una tristeza desolada. Es un llanto sumiso y quieto como el de un niño sin madre....

De esta manera de entender *la realidad,* nacen las características de la obra que ha inmortalizado a Leopardi, contenida especialmente en los "Idilios" de la primera juventud y en aquellos de sus "Cantos" del 1828 en adelante que son como un retorno en la psicología del poeta a los sentimientos de la añorada adolescencia: fervor de imaginación, intensidad de sentimiento, sutil levedad en el diseño, extrema sencillez, música interior.

Lo restante de su obra, las composiciones irónicas y satíricas, allí donde el genio no siente a sus semejantes unidos a la común y eterna desventura, permanecen sustancialmente fuera de la gran poesía leopardiana. Amargadas, resentidas, hay en ellas algo falsamente poético, como de vuelo cansado.

— 6 —

Poeta del pesimismo?

En rigor no debería aplicarse a Leopardi este calificativo demasiado genérico con que suele designársele.

Leopardi no fue un poeta filósofo ni cantó jamás como filósofo el *humano y eterno dolor.* Y allí donde hace elemento de poesía sus conclusiones teóricas, como ocurre en la poesía de estilo y en la poesía satírica, rápidamente el poeta traspasa el objetivo inicial con razones polémicas o simplemente demostrativas.

Es lógico pensar que si como pensador no alcanzó a concretar sus reflexiones a la luz de un sistema coherente y organizado, no pudo como poeta hacer de aquel mundo filosófico ,esencialmente fragmentario, la materia exclusiva de su canto.

La Prosa

Exquisitamente literaria, modelada conforme a la estructura de las lenguas clásicas —los primeros estudios individuales de Leopardi fueron de filología—, la prosa de "Le Operet-

te", del "Epistolario" etc., constituye un tipo singularísimo que ha permanecido luego aislado, sin ulterior influencia en la literatura italiana, fiel trasunto de esa naturaleza esquiva, extraña, original, del genio leopardiano.

—*—*—

En resumen: dijimos al principio de este artículo que han sido necesarios muchos años para que empiece a verse claro alrededor de la obra literaria de Leopardi.

En efecto, apenas si se dejan oír ya aquellos panegiristas eruditos que veían en el escritor recanatense al intelectual puro. al filósofo de escuela; juzgar su obra por lo que ella represente en el campo de las letras como aporte al pensamiento filosófico de Italia y del mundo, sería empequeñecerla.

Su filosofía, sin organicidad ni coherencia, es la de los materialistas del siglo diez y ocho y por ende inaceptable desde el punto de vista moral y cristiano. Para Leopardi, como para muchos de sus contemporáneos, la vida del hombre no tiene más guía que *la razón* con prescindencia absoluta de lo sobrenatural; el mundo es un universo mecánico, y el hombre, una máquina de apetitos elementales dominada por el egoísmo.

No es el filósofo! Es el artista "apasionado, amoroso, triste, pero a la vez elegantísimo y perfecto en su estilo" —como dice Dn. Juan Valera— que libre del fardo del raciocinio meramente especulativo logra elevarse a la gran luz del puro contemplar, el que permanece y permanecerá siempre en la gloria de los escogidos.

Es el altísimo y emotivo poeta que, dueño de uno de los sentimientos más delicados y complejos de toda la poesía del siglo 19, tendido como una antena sonora entre el Romanticismo y el Idealismo, supo hacer suyo el dolor de la humanidad para verterlo como un gran río de sentimientos en una métrica sencilla, exquisita y cada vez más perfecta que participa del soleado esplendor latino y de la diáfana trasparencia del arte helénico.

Cabe pensar: si a tal altura logró elevarse esa alma grande pero extraviada de camino, bañado por la luz de la verdad y en alas de la fe Leopardi hubiera producido una obra de ca-

racteres tan eternos como la realizada por el autor de la Divina Comedia.

— 7 —

Y mientras estas consideraciones en torno a *una nueva visión de Leopardi* van cobrando cuerpo en mi mente, sin darme cuenta de ello mis ojos van un instante del libro a la ventana y quedo deslumbrado!

La superficie del jardín, las copas y los ramajes de los árboles, las chimeneas, los tejados, la colina, todo ha comenzado a vestirse de blanco.... Es como si los geniecillos traviesos y burlones de un cuento de infancia se hubiesen complacido en teñir de sapolín en un instante hasta donde alcanza nuestra vista.

Nieva sobre Bolonia! Esa infinidad de corpúsculos blancos cuya verdadera naturaleza yo, hijo venturoso de un país de eterna primavera, no pude identificar en el primer momento, ha aumentado ahora de tamaño y sus componentes ya no giran de través. Caen verticalmente, por millares, como pedacitos de un extraño algodón que buscase afanoso su centro de gravedad, y se van depositando aquí y allá, sobre el caballete de una casa, sobre un saliente del muro, sobre el verdor de los ramajes.

.. ..

Son seis horas de nieve constante, al cabo de las cuales un sol, tímido al principio, viene a vestir con nueva y resplandeciente claridad el imponderable espectáculo: la superficie de un jardín de maravilla donde solo se imponen los tonos verdes y blancos; el añil de una fachada, los rojos ladrillos de los muros, el armiño milagroso con que se visten los tejados y el albo capuchón de espuma con que tocan airosas sus graciosas cabecitas las chimeneas boloñesas.

Es la hora del júbilo; oigo voces que cantan!

Los gorriones, bulliciosos, picotean un copo de nieve que vuela hecho trizas como un cristal roto por la mano de un niño, y bandadas de palomas giran gozosamente en el espacio o se detienen un instante sobre el tapete de un tejado; y son allí, rosa-

das y blancas, nuevos grumos de nieve traspasados por el fuego de los atardeceres luminosos en que arden ahora las cumbres.

Es una de esas horas de dicha en que nos sumergen, de que nos inundan a veces las cosas creadas —como participación de la belleza y de la felicidad increadas— y que las pobrecitas almas sin fe, *las almas leopardianas,* son incapaces de hallar.

Y mientras mi corazón canta con el Salmista: "Del Señor es la tierra y toda su plenitud, el mundo universo y cuantos seres habitan en él", mi imaginación me lleva de nuevo a Asís —al jardincillo de Santa Clara empinado como un balcón sobre el valle de Espoleto, risueño, dorado de mieses— y leo una vez más, en el armonioso italiano del medioevo en que fueron compuestas, aquellas sublimes estrofas del inspirado "Cántico de las Criaturas" del padre y señor San Francisco:

Altissimu, onnipotente, bon Signore
tue son le laude, la gloria e l'onore
e onne benedictione.

.. ..

Laudato sii, mi Signore, cum tucte le tue creature,
spetialmente messer lo frate sole
lo quale iorna et allumini noi per lui;
et ellu é bellu e radiante cum grande splendore,
de te, Altissimo, porta significatione.

Laudato sii, mi Signore, per sora luna e le stelle;
in celu l'ai formate clarite et pretiose et belle.

Laudato sii, mi Signore, per frate vento,
et per aere et nubilo et sereno et onne tempo,
per lo quale alle tue creature dai sustentamento.

.. ..

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
para tí la alabanza, la gloria y el honor
y toda bendición.

"Loado seas, mi Señor,
por todas tus criaturas,

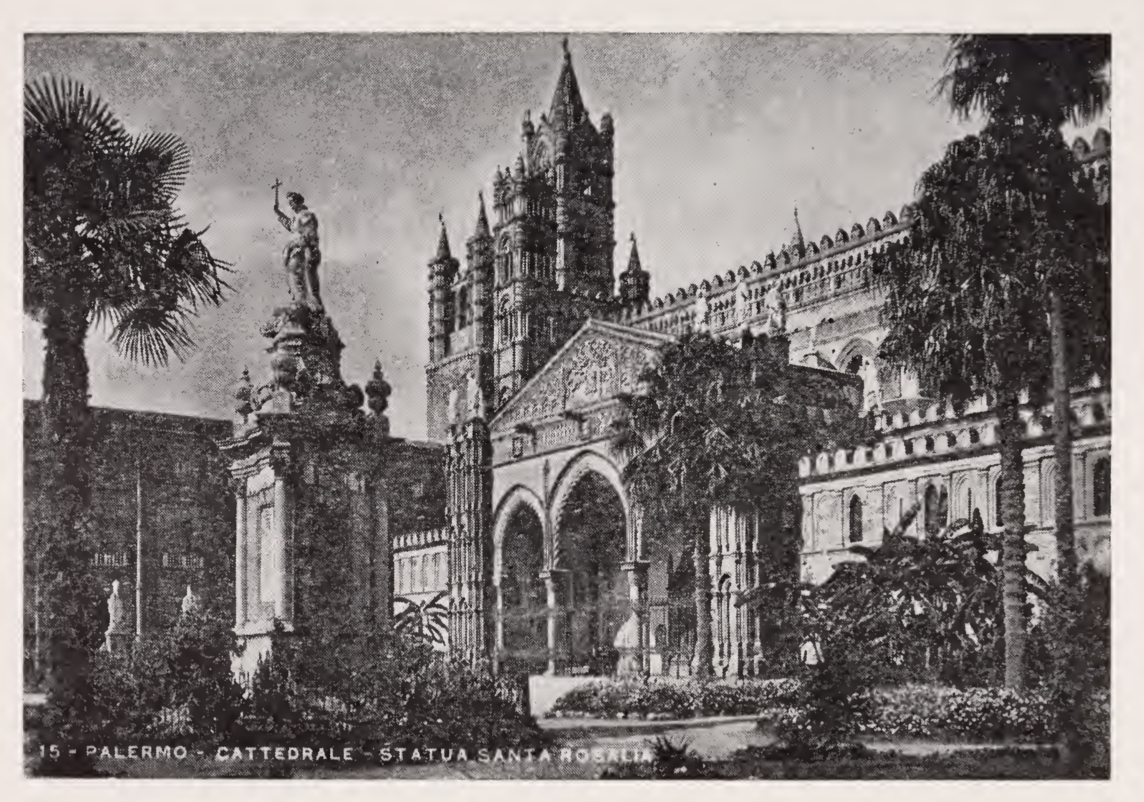
especialmente por el hermano sol
que hace el día y por el nos alumbras,
y él es bello y radiante con grande esplendor;
de tí, oh Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas;
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire nublado y sereno y todo tiempo,
por los cuales a tus criaturas das sustento". (1)

---

(1) Versión de Fray Enrique Aguilar, O. F. M.



Palermo. — *Catedral y estatua de Santa Rosalía*

Monte Pellegrino

(Palermo, Sicilia, enero de 1951)

— 1 —

Esta gigantesca eminencia pétrea llamada por Goethe *el más bello promontorio del mundo,* es una característica montaña calcárea que cierra al noroeste el golfo de Palermo.

Ligado a la historia de la primera guerra púnica, pues por espacio de tres años (247-244) dio albergue inexpugnable a los soldados de Amílcar Barca, el monte Pellegrino, el monte *Heirkte* de los antiguos, es aún más notable por haber sido durante muchos años el único testigo de la larga penitencia y los ayunos de Sta. Rosalía, hija del Duque Sinibaldo —señor de Quisquina y nieto de Guillermo Segundo, de la familia real de Carlomagno—, que ajena a los halagos de la Corte demoró en una húmeda cueva hasta la hora de su muerte ocurrida en el año de 1.166.

Fiel a los llamados del Esposo divino, esta tierna y delicada criatura menosprecia las vanidades de la tierra y se refugia primeramente en los bosques de la Quisquina, feudo de su padre a cuarenta millas al sudeste de Palermo. Una inscripción latina, de la propia mano de la virgen palermitana, puede verse todavía en la gruta que le servía de vivienda:

Ego Rosalia Sinibaldi
Quisquinae et Rosarum domini filia

Amore Domini mei Jesu Christi
In hoc antro habitare decrevi.

Años más tarde, posiblemente para huir de las personas que llegaban hasta ella, atraídas por la fama de su santidad, la joven abandona la Quisquina y se refugia en el monte Pellegrino, inculto e inaccesible especialmente por la parte que da al mar.

Allí la santa ora, sufre, medita y espera el momento de volar al encuentro del que ama su alma.

—*—*—

Desconocido el lugar exacto de su muerte, el cuerpo de la santa permanece ignorado por espacio de 458 años. Pero Dios que exalta a los humildes y glorifica los cuerpos de sus santos, permite que algunos ermitaños, advertidos por apariciones milagrosas, encuentren los restos venerandos que portados a Palermo hacen cesar la terrible peste que por aquella época diezmaba la población.

Desde entonces la santa fue nombrada oficialmente, por el Senado y el pueblo palermitanos, Patrona de la Isla, y el monte Pellegrino vino a ser la *meta sacra* a donde arriban diariamente los devotos romeros de Palermo y de toda la Sicilia.

— 2 —

La gruta donde la santa meditaba y oraba —actualmente convertida en capilla sin quitarle nada de su grandeza e imponencia salvajes— es de un efecto inolvidable! Es un recinto natural en la roca viva, al pie de una pared enhiesta, cortada a pico, con capacidad para unas sesenta personas. Bloques inmensos, como puestos allí por mano de gigantes, le sirven de techo y de paredes; y en el centro una cúpula, igualmente natural, le da al conjunto un colorido extraordinario.

Dentro de la ermita, a la izquierda, se encuentra el altar del Santísimo Sacramento; y debajo, en una bellísima urna, una preciosa estatua de Sta. Rosalía de tamaño natural y en mármol blanco, obra del florentino Gregorio Tedeschi, con corona, manto y zapatillas de oro, regalo del rey Carlos Tercero de Borbón.

La santa, yacente, en actitud extática, la cabeza apoyada blandamente sobre la mano derecha, pone el oído a un llamado divino, al "Venid benditos de mi Padre a recibir la recompensa que os está preparada desde el principio del mundo".

Una lápida con inscripciones en alemán y en italiano nos recuerda, a la entrada de la gruta, el paso de Goethe cuando el seis de abril de 1787, como uno de tantos romeros, buscaba posiblemente en el monte Pellegrino "luz, más luz" para su espíritu, receptáculo insondable de emoción y de belleza!

— 3 —

Desde la cima, habitada solamente por pastores que recogen con el tañido familiar del esquilón o con gritos peculiares las ovejas, el espectáculo es verdaderamente impresionante!

Hacia el oriente, el profundo mar azul ahora cruzado por un gigantesco buque mercante cuya potente máquina se escucha a distancia; grupos de pescadores que desde sus lanchas arrojan una y otra vez la red; pequeños cristales líquidos, aguas de lluvia, que espejean silenciosos el contorno del cielo en el cuenco de la peña; árboles solitarios que salen de entre las junturas de las rocas y se inclinan peligrosa, obstinadamente, sobre el desfiladero pelado, enhiesto; aves de extraños graznidos que se columpian sobre el abismo, y en el confín lejano *el Etna,* centinela insomne de tan bellos paisajes, y *las Islas Eólicas.*

Hacia el sur, superando las ríspidas faldas en que se asientan el monasterio y el santuario, conjunto de rocas y pinos: pequeños pinos como nuestros cipreses, y extrañas rocas escalonadas casi simétricamente, de un color de mármol antiguo con filigranas en negro trabajadas por el tiempo, que dan la sensación de un viejo e inmenso cementerio abandonado.

Vistas de cerca aquellas rocas calcáreas llenas de aristas, de orificios, de corales y de conchas marinas, dan la idea de haber estado mucho tiempo sepultadas en el agua como si el mar hubiese cedido este pequeño paraíso a los privilegiados hijos de Palermo.

—*—*—

A sus pies —entre las vegas de la "concha de oro"— con sus barrios antiguos de estilo morisco, la histórica y populosa capital de Sicilia, superados ya casi todos los desastres de la última guerra, espera confiada el porvenir.

Dotada de un clima dulcísimo, esplendente de luz y color, en su inmensa bahía que rivaliza en belleza con las más celebradas del Mediterráneo, barcos con banderas de todos los lugares de la tierra entran y salen.

Los aviones cruzan su límpido cielo en todas direcciones, y la tierra, siempre verde, se colma de cosechas trabajada por un pueblo que fiel a sus tradiciones sicilianas "ora, labora y canta"; así se explica fácilmente la frase de Goethe: Sicilia es el granero de Italia!

¡Salve Sicilia, armonía del cielo, del mar y de la tierra, Isla embrujada, la razón y el por qué de toda la belleza de Italia!

— 4 —

—"Rosso di sera, per domani bel tempo si spera", la tarde rosada presagia un bello día, dice a nuestro lado, mientras descendemos, uno de los numerosos acompañantes cuya mano abierta señala —más allá del violeta de los cerros y de las montañas angulosas, de un azul esfumado— el reino de las nubes donde el aire condensado que el sol rompe y penetra a su antojo toma el aspecto de torres, de castillos y de montes que se agrupan para descomponerse; que se descomponen para agruparse de nuevo en mil formas diversas.

En verdad este cielo, el de la Isla más grande del Mediterráneo, no corresponde mas que a un solo estado de alma: *el del gozo!*

—*—*—

Con pesar nos alejamos de un sitio donde quisiéramos pasar el resto de nuestra vida y al que posiblemente no volveremos ya jamás... (1).

---

(1) Leyenda con que el municipo de Palermo recuerda en el monte Pellegrino el paso de Juan Wolfgang GOETHE:

> "In questo speco —sacro alla vergine Patro—
> na di Palermo—il di VI aprile 1787—
> Volfango Goethe—si fermaba a contemplare—
> la semplicitá primitiva—del santuario—e
> le forme elette del venerato simulacro—"
>
> En esta gruta—consagrada a la virgen Pa-
> trona de Palermo—el seis de abril de 1787—
> Wolfgang Goethe—se detenía a contemplar—
> la sencillez primitiva—del santuario—y las
> artísticas formas de la venerada imagen.

SEGUNDA PARTE

Itinerario Espiritual de Francia

ITINERARIO ESPIRITUAL DE FRANCIA

(Julio 7 a agosto 30 de 1951)

— 1 —

INTRODUCCION

Hubo un tiempo en la historia religiosa de Francia —quién no lo sabe— en que su nombre y el de hija predilecta de la Iglesia eran sinónimos.

De algunos años para acá un crudo paganismo se ha enseñoreado de las costumbres de esa nación privilegiada, del que habrá de salir victoriosa —los franceses son demasiado nobles para hacer traición por mucho tiempo a sus antepasados y a sus grandes destinos—; pero no será sin luchas y sin angustiosas y lentas tansformaciones.

Para resurgir, Francia cuenta con una reducida minoría de católicos, un veinte por ciento, pero de verdaderos católicos!

Formados en medios adversos, entre la persecución solapada del Estado, el monopolio de la enseñanza, la más descarada pornografía en el cine y en las lecturas, estos pocos católicos son a la hora presente, en el panorama religioso del mundo, como esas piedras que arrastradas por la furia de las aguas, golpea-

das aquí y allá contra las rocas, aparecen al fin libres de escorias, depuradas y tersas sobre la cima de un peñasco, entre los juncos de los islotes o sobre la franja dorada de las arenas en la playa.

En caso de una persecución, Dios no lo quiera, Francia tendría para presentarle al Señor un puñado de trigo escogido, una élite admirable de mártires.

Para resurgir Francia cuenta con un clero admirable!

Un clero ilustrado, y lo que es más aún, un clero que ama y busca el sacrificio. Hay que ver, en las parroquias rurales especialmente, la penuria en que viven y la pobreza con que aquellos ministros del Señor van vestidos; pero hay qué ver también el rostro alegre y la dignidad con que portan sus harapos.

Finalmente, y esta es la razón principal, Francia habrá de resurgir porque así como en la frase de San Ambrosio a Sta. Mónica no se podía perder un hijo que había costado tantas lágrimas, de la misma manera no se podrá perder para siempre una nación con la que el Señor y la Virgen Santísima han tenido al través de los siglos tantas dilecciones....

Y cómo no, si el solo hecho de visitar los grandes santuarios de Francia es volver a pasar por un camino por donde han transitado muchas veces el Salvador y su bendita Madre. Y la Virgen, lo sabemos por experiencia, no abandona fácilmente los lugares escogidos para su servicio.

— 2 —

"NOTRE DAME DE LA GARDE"

Para seguir paso a paso ese camino, el itinerario espiritual de Francia, dejamos un día las costas de Italia, y puestos nuestro corazón y la proa del barco en el santuario de *"Notre Dame de la Garde"*, arribamos a Marsella con las primeras luces de un siete de julio.

La Urbe

Con seiscientos mil habitantes y el primer puerto de Francia, Marsella, no obstante su inmenso comercio, es para el tu-

rista o el peregrino que toca a sus puertas una ciudad mística, perfumada con el recuerdo de la familia de Betania que, según la tradición, fue allí trasportada milagrosamente en un bajel sin remos ni timón en el que sus perseguidores la habían condenado a muerte segura.

El Santuario

De cara al Mediterráneo, entre el tibio cobalto del cielo provenzal, sobre la abrupta y rocosa colina que atalaya la ciudad, al sur de "Puerto Viejo", una inmensa basílica, adelgazada por el espacio y la distancia, eleva hasta las nubes una gigantesca estatua de la Virgen y acentúa ese sabor de misticismo de que está embalsamado el aire de Marsella. Es el santuario de "Nuestra Señora de la Guardia", una de de las más antiguas y más célebres metas de peregrinación del mundo católico; su origen se remonta al siglo XIII.

Para sustituir de un modo digno los modestos oratorios de los comienzos, incapaces de contener el número siempre creciente de romeros, la piedad de Francia colocó en 1853 la primera piedra y consagró en el 1864, seis años antes de que estallara la guerra franco-alemana, la inmensa basílica actual.

Vista de cerca, bañada en esa luz meridional que suaviza y mitiga las aristas y que enciende un resplandor sobre cada brizna de piedra o de mármol, esta casa de Dios, estilo romano-bizantino, es de lo más extraordinario que podamos jamás imaginar.

Su cúpula nos recuerda de inmediato algunas que hemos visto brillar bajo los ardientes rayos del sol en la Tierra Santa. Sobre la torre, una imagen gigantesca, diez metros de altura y cuatro toneladas de peso, de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, se diría más bien, vista a distancia, una flecha de oro lanzada hacia el azul.

Un pórtico romano da acceso a la iglesia superior sobre cuya puerta de entrada se lee la inscripción: "Félix coeli porta", al lado de un mosaico que recuerda el misterio que la iglesia conmemora: La Asunción.

Si la cripta o iglesia baja llama la atención por la excesiva sobriedad de su ornato y estructura, la iglesia superior es, por el

contrario, un poema de luz y color por la gran riqueza ornamental, por la calidad y proporción de los materiales empleados: mármol blanco de Italia, mármol rojo de Brígnoles, pórfido, granito oscuro de Córcega. Mientras que en el interior triunfa la armoniosa oposición de los mármoles estatuarios con los mármoles rojos jaspeados de amarillo, afuera el azul-verde de la colfatina se eleva con vigor sobre la blancura de los muros, lo que rompe admirablemente la monotonía de la fachada y la hace visible aun a gran distancia coloreada por el sol.

Sobre el altar mayor hay un tabernáculo que es un monumento de riqueza y de gusto, y una preciosa imagen de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos. Es extraordinario el contraste entre la actitud majestuosa, casi hierática de la Madre, y el gesto afectuoso del Niño que se levanta a medias, graciosamente, y nos abre los brazos en un gesto de cordial bienvenida.

Amplios vitrales ponen una luz tamizada, suave, sobre los plintos de mármol, sobre los capiteles de bronce cincelados como piezas de orfebrería, sobre las columnas poderosas, sobre los altares; y hacen resaltar el monograma de la Virgen cien veces repetido y los símbolos inspirados en las letanías lauretanas y en las figuras del Antiguo Testamento.

— 3 —

Buena prueba de la fe y devoción que se le tiene a Nuestra Señora de la Guardia son los miles de exvotos que vemos por doquiera, especialmente de soldados y marinos, y que hablan elocuentemente de horas dolorosas, de dramas en medio del mar o en las batallas, de tragedias de familia... Aquí, espadas, cruces de honor, espuelas de oro, estrellas de almirante; allá, pequeños barcos con las velas desplegadas, mantos de novia, relicarios con esquelas que solo la Virgen ha leído.

—*—*—

Empinado sobre las costas azules y las tierras de sol del mediodía de Francia, la tierra cantada por Mistral; tierra de ciga-

rras como una parcela de la antigua Grecia, donde el olivo, el naranjo y las viñas avanzan hasta el mar por entre campos de trigo que son como cendales de oro, el santuario de Nuestra Señora de la Guardia es en verdad uno de esos *lugares altos* donde sopla el espíritu, como en la frase de Barrés.

Así hemos pensado al descender, impresionados por el fervor religioso de los romeros que van y que vienen; heridos de un hondo sentimiento de amor a la Virgen bendita que ha invadido nuestra alma en aquel sitio escogido quizás desde la eternidad, en la mente divina, como sede de la devoción a la Madre del Verbo Encarnado.





Aviñón. — *Palacio de los Papas*

Notre Dame de Fourviere

(9 y 10 de Julio)

— 1 —

Visitada ampliamente Marsella, nuestro itinerario espiritual nos señala otro santuario, el de "Notre Dame de Fourviére" en los alrededores de Lyón, y hacia allá dirigimos nuestros pasos a través de las históricas ciudades de Nimes y Aviñón.

Por Aviñón se diría que los siglos han pasado en silencio, con sandalias de plumas, para no despertarla de su sueño legendario. Es como un santuario misterioso de acceso imposible, como una ciudad sellada. Se diría una nueva Pompeya rescatada intacta de entre las ruinas de algún cataclismo.

Por doquiera calles estrechas del medio-evo, conventos y capillas antiquísimos, casa señoriales, silenciosas como tumbas, y dominándolo todo, el vasto palacio de los Papas, fortaleza del siglo XIV que forma un solo cuerpo con la iglesia metropolitana, residencia desde 1305 a 1409 de siete Papas y dos Antipapas.

Es tal el sello arcaico y medieval de la ciudad, que las nuevas y modernas avenidas, entre ellas la que une la Casa Municipal con la estación del ferrocarril, en lugar de armonizar con el conjunto desentonan desagradablemente.

Aviñón impresiona: no se olvida fácilmente una ciudad que une al sortilegio de tantos monumentos históricos, el encanto del Ródano inmenso, pletórico de aguas, mensajero de frescura y de vida.

— 2 —

Nimes, antigua capital del Imperio romano en las Galias y patria del escritor Alfonse Daudet, es célebre por las huellas que en ella dejaron los antiguos amos del mundo: el Foro de Augusto, *la Maison Carrée,* la Fuente, el Coliseo, reproducción casi exacta del de Roma, y acaso mejor conservado que éste.

Como por Aviñón, por Nimes los últimos siglos han pasado en silencio, sin señales ni historia.

Y hénos ya aquí en la célebre y populosa ciudad de Lyón.

Bañada por las aguas de dos grandes arterias fluviales, el Ródano y el Saona, Lyón ostenta con honor el título de tercera ciudad de Francia, no solo por la industria y el número de habitantes, sino también por la hermosura de los bulevares sombreados por frondosos árboles a todo lo largo de las riberas de sus ríos; por sus edificios, entre los cuales descuellan la catedral, de estilo gótico, y la Casa Municipal; por sus inmensas y elegantes plazas públicas como la de Bellecour.

El Santuario

Allende los dos ríos; en la colina y sobre los restos de un antiguo foro romano, *viejo foro* levantado en el año 43 antes de C. y del cual derivan su nombre la colina y el santuario, lanza sus flechas de mármol y bronce hacia el inmenso espacio azul la basílica de Notre Dame de Fourviére, en el propio sitio donde los "mártires de Lyón" escribieran con su sangre una de las más bellas páginas de la historia de la Iglesia en las Galias.

Vista con veinte años de antelación por el santo cura de Ars quien adivinó al autor, Pierre Bossan, y la magnificencia de la obra, la actual basílica, feliz sucesión de los viejos santuarios encadenados entre sí desde el siglo XII, es hija de un voto del piadoso pueblo lionés durante los horrores de la guerra franco-alemana del 1870.

Francia invadida, Lyón amenazado, las miradas se vuelven hacia la antigua capilla de Fourviére mientras los labios pronuncian: "hacemos voto de prestar un generoso concurso a la construcción de un nuevo santuario en Fourviére, si la Santísima Virgen nuestra Madre Inmaculada, preserva del enemigo la ciudad y la diócesis de Lyón".

Y la Virgen Santísima, como había escuchado a su pueblo librándolo del cólera en 1832; de los amotinamientos de 1834; de la inundación en 1840, escuchó este nuevo clamor de sus hijos, y los soldados alemanes no intentaron siquiera un solo paso para franquear los límites de la diócesis. Pasado el peligro, el pueblo se dio por entero a la obra con indecible entusiasmo, unificado en la comunidad de sacrificios y de esfuerzos.

Cuando los pesados vehículos que transportaban materiales para el nuevo santuario desfilaban por las calles de la ciudad, narran las crónicas, llovían de las ventanas las flores sobre ellos y eran acompañados con plegarias y con cánticos. Y mientras los obreros, artistas de renombre y humildes artesanos, comenzaban la penosa jornada poniéndose en la presencia de Dios e invocando el auxilio de María, Pierre Bossan dibujaba de rodillas los lineamientos de la obra en la pobreza de la celda donde su estado de salud lo tenía recluído....

— 3 —

Comparado con el santuario de Notre Dame de la Garde, en Marsella, el de Fourviére es quizás menos monumental, pero mucho más armónico, más acabado y perfecto; todo él es fruto rigurosamente fiel de un ideal, de un sueño de belleza largamente acariciado y puesto en práctica sin traición y sin desmayos.

No hay palabras con qué expresar la emoción que se siente después de haber permanecido unos minutos entre el oscuro túnel del funicular, al encontrarnos de repente en la cúspide del monte, a plena luz, delante del pórtico majestuoso de la basílica.

Vista por fuera como una preciosa ciudadela enmarcada por las torres que le dan agilidad y movimiento, bañada en la clara luz del sol levante; o como una enorme masa que se destaca con líneas obscuras entre la magna apoteosis del sol que se oculta, el santuario de Fourviére es en todo momento, según el sueño de Bossan, la *Turris Davídica,* la ciudadela santa de la Reina de los cielos y de Lyón.

En el interior, por el contrario, de columnas delicadas pero firmes, de elegantes capiteles, de vitrales luminosos, de mármo-

les ricos y variados, de grandes mosaicos historiados que narran las glorias de María en los fastos de la Iglesia universal, todo ágil, esbelto, centelleante de luz y de vida, es la *Domus Aurea* que cantan nuestras letanías; es el palacio de la más grande de las Reinas y de la más pura de la Vírgenes!

Con dulce complacencia, como va la abejita tras la flor, nuestra mirada busca la suya allá sobre el altar central donde, en medio de pedrerías y de mármoles raros, se eleva graciosamente sobre un ciborio de bronce la blanca imagen de la *Madonna* con el Niño Jesús en los brazos.

— 4 —

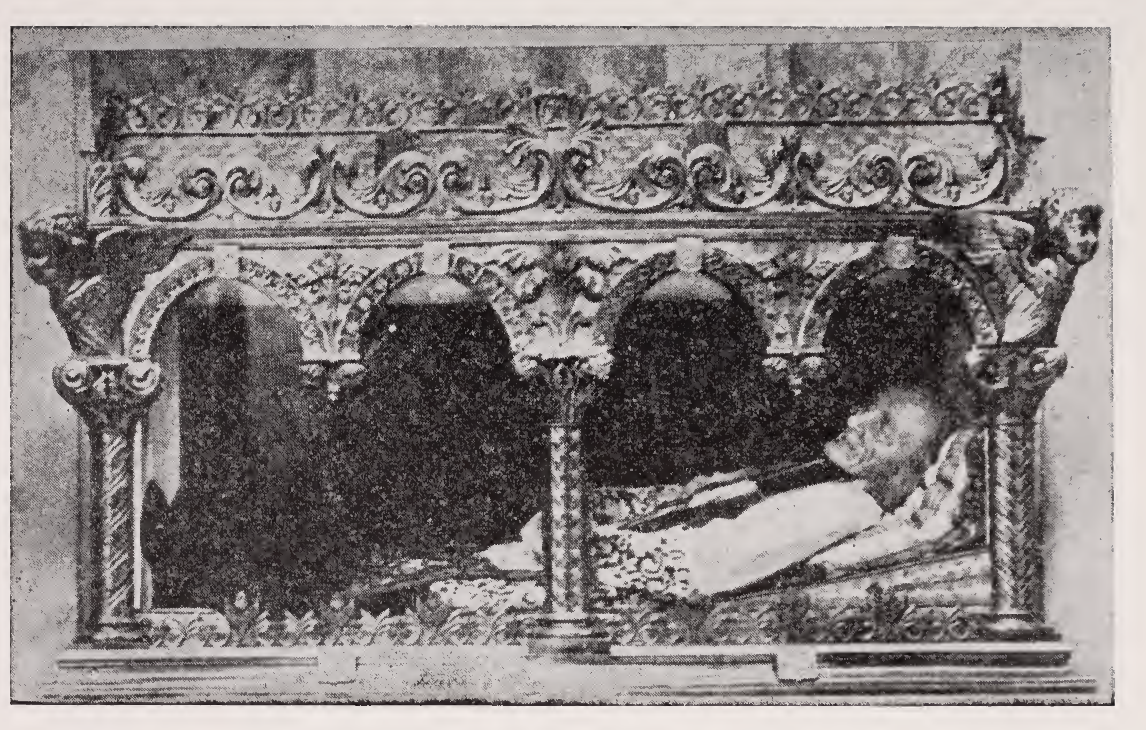
En la cripta, el alma se sumerge en una extraña mezcla de recogimiento y misterio; es como el Antiguo Testamento de cuya sombra y figura se pasa luego a la luminosa realidad del Nuevo, representado en la iglesia superior.

—*—*—

Tal es, a grandes rasgos, esa maravilla de arte y de gusto que se llama la basílica de Fourviére, y que hizo un día escribir a Renán: "ni aun en la antiguedad habíamos visto que se llevara tan lejos el respeto por las cosas divinas".



Ars. — *La Basílica*



Cuerpo del santo Cura, en su sarcófago.

ARS

(Julio 11)

— 1 —

Hora y media de viaje en pulman es suficiente para pasar de Lyón a la humilde aldeíta conocida en el mundo entero merced a las heroicas virtudes del Padre Vianney, y hecha centro de peregrinación desde los días mismos del santo.

Con profundo estupor nos preguntamos al mirar aquellas blancas casitas de pueblo desparramadas al desgaire; las calles estrechas, el pacífico ambiente que reina, las vacadas, los rebaños a las puertas mismas de la villa, qué es lo que ha podido atraer hacia Ars desde 1818, época en que el Padre Vianney tomó posesión de la Parroquia, los millares y millares de personas que no han cesado jamás de visitarla desde entonces.

Porque por esa aldehuela tan quieta y recogida ha pasado toda Francia! Sus calles estrechas vieron apretujarse en la época del santo una multitud innumerable, heterogénea, de pobres y ricos, de creyentes e incrédulos, de pecadores y justos, de seres humildes y personajes de renombre: sabios, literatos, hombres de Estado, Cardenales y Obispos.

Qué venían a buscar aquí los hombres?, acaso una ciudad populosa, erizada de monumentos, una refinada Florencia o una sabia Bolonia?; acaso un ilustre personaje de rancio abolengo, un héroe, un potentado?

No! El mundo venía entonces tras las huellas de un santo; y los que más tarde hemos venido tras las huellas de aquellos felices contemporáneos, hemos venido a embriagarnos con el sabor de las virtudes, a envolvernos en la estela luminosa que dejan a su paso los santos.

Porque esa muchedumbre tan variada y compacta, siempre renovada y cada vez más férvida, desnuda de intereses humanos, venía solo a contemplar los rasgos demacrados de un nuevo Juan Bautista, su mirada profunda que sondeaba las conciencias; a oír esa voz que a veces áspera y ruda, a veces colorida y poética, desarrollaba los pensamientos más sublimes y hacía nacer en el alma sentimientos de arrepentimiento, de amor a Dios, de fe y de confianza, y en los ojos una fuente de lágrimas.

Y ese estupor que ha embargado mi alma sube de punto cuando pienso que por estas mismas callejas desfilaron un día Monseñor Dupanloup, el Padre Hermann, Monseñor de Ségur, el Cardenal Bonald, como humildes alumnos de una escuela en que el maestro era el más humilde de los curas de aldea.... Que por aquí pasó el orador más elocuente de su tiempo, el *Padre Lacordaire,* que acababa de dejar al pie de su púlpito, el de Nuestra Señora de París, la élite intelectual de Francia, para saber por sí mismo con qué hondas, sublimes y tremendas resonancias brota la palabra divina de los labios de un santo!

— 2 —

El Santuario

En Ars, a diferencia de otros lugares célebres, no se podría hablar en capítulo aparte de la ciudad y del santuario, por que allí todo es santuario. Y no podría ser de otra manera; es tan pequeña la villa, y tan grande, tan grande la sombra del santo que se inclina sobre ella! Además, el talento y el buen gusto franceses han sabido conservar de tal manera la antigua fisonomía de la aldea: la iglesia, la Casa Rectoral, el Asilo de la Providencia, con los mismos mobiliarios, como en los días del santo, que allí nada ha cambiado; y Ars es al cabo de 132 años justamente aquello que el peregrino ha venido a buscar: un

verdadero relicario donde todo trae a la mente las heroicas virtudes del siervo de Dios.

La iglesia antigua

Con un respetuoso temor franqueamos los muros de la humilde iglesita, a cuyo recinto pueden aplicarse sin hipérbole las palabras que el Padre Vianney empleaba para hablar de una de sus capillas laterales: "ah!, si se supiesen las cosas que aquí han ocurrido, nadie osaría jamás poner sus pies en este sitio!".

En efecto, cuántos Saulos han encontrado en tan estrecho recinto su camino de Damasco; cuántos Agustines la verdadera paz del alma después de una vida de inquietud y de felicidad insatisfecha. Cuántas curaciones milagrosas, y qué de favores de lo Alto, apariciones de la Virgen, de Sta. Filomena, San Juan Bautista, el Angel Guardián del santo.

A la entrada, a nuestra izquierda, lo primero que encuentra el peregrino es la capillita de los "Santos Angeles", vivo testimonio de la ardiente devoción que el párroco de Ars profesaba a los ángeles custodios, y en especial a su ángel guardián; hablaba a menudo de ellos y sobre este tema nos ha dejado uno de sus más conmovedores sermones.

Los ángeles, por su parte, velaban sobre el santo con especial protección. "Si no fuera por ese gran dragón que has puesto a la puerta de la iglesia, alusión a la estatua de San Miguel, le dijo el demonio un día por boca de una posesa, hace ya mucho que te tendríamos en nuestro poder".

Viene luego la capilla de Santa Filomena, virgen y mártir de fines del siglo primero o comienzos del segundo, y cuyos restos, por los cuales se pudo deducir también la edad, 12 a 15 años, fueron encontrados en 1802 en las catacumbas de Santa Priscila en Roma. El Padre Vianney, el primero en Francia, le elevó una capilla y se hizo caballero de su culto; y la santita correspondió de tal manera que el Padre podía decir bien pronto desde el púlpito: "tened confianza en ella, esta semana ha obrado catorce milagros"...

Sigue luego el púlpito, una de las más venerables reliquias de la iglesia. Es esa pobre cátedra el Monte Sinaí de donde el Santo dejó oír aquellas famosas instrucciones contra la blasfe-

mia, la profanación del domingo, el baile, deberes de los padres para con los hijos, el juicio final y donde él, ordinariamente tan pacífico, con ese exterior que hablaba sólo de mortificación y penitencia, se transformaba por completo. El rostro se le encendía, dicen los contemporáneos; los ojos lanzaban llamas, y la voz y el sentimiento eran a veces grito, a veces gemido y torrentes de lágrimas.

Cuántos incrédulos, cuántos grandes pecadores que al principio quedaron sorprendidos, desconcertados, confusos, ante aquel predicador y aquella extraña oratoria, acabaron luego por llorar con él y por decirse: "si es de mí, si es por mí que ha estado hablando".

Su palabra producía en las almas la estupefacción, la confusión, el deseo irresistible de arrojarse a sus plantas y confesar sin dilación los pecados cometidos.

También el Padre Hermann y el Padre Lacordaire predicaron desde el púlpito de Ars; el Padre Lacordaire un día de pentecostés después de vísperas. Comentando al día siguiente su impresión, el humildísimo párroco decía a sus feligreses: "Yo no me atrevo ya a presentarme en mi cátedra; estoy como aquel príncipe que después de haber prestado al Santo Padre su caballo ya no osó montar jamás en él".

Debajo del púlpito se encuentra la tumba donde estuvo sepultado el cuerpo del santo desde el 16 de agosto de 1859 hasta el 17 de junio de 1904. Sobre esa lápida sepulcral se han arrodillado millares y millares de fieles; ella fue durante cuarenta y cinco años el lugar de cita de cuantos en Francia creían en Dios.

— 3 —

Capilla de San Juan Bautista

A ella se refieren, precisamente, las palabras del santo Cura: "Ah, si se supiesen las cosas que aquí han ocurrido, nadie osaría jamás poner los pies en este sitio". En efecto, allí sucedieron

cosas prodigiosas! El santo vio a menudo grandes desfiles de bienaventurados, y la tradición local recuerda aún cómo un día, durante la Misa y del lado del Evangelio, el buen párroco recibió la visita de San Juan Bautista.

También en esa capilla el Padre Vianney fue alabado, a su manera, por el demonio, el cual por boca de una posesa le reprochaba el levantarse demasiado temprano y no estar así de acuerdo con su *muceta de canónigo que le exigía velar por la salud;* el predicar con demasiada sencillez; no aceptar a su edad la jubilación como tantos otros, y hacer un examen de conciencia demasiado prolijo a los penitentes.

En el confesionario de esta capilla el santo fue visto dos veces en éxtasis; en una de ellas y por espacio de más de una hora, su cuerpo apareció resplandeciente y todo alrededor inundado de claridad.

Costado derecho de la iglesia, la sacristía.

También la sacristía es un santuario! Dos veces la Virgen Santísima se dignó visitar en ella al párroco de Ars, y el espíritu Santo estuvo diariamente iluminando con sus luces a aquel que de estudiante fue un día despedido del Seminario por incapacidad intelectual.

Porque el Padre Vianney había colocado en aquel ángulo venerable de su iglesia el confesionario para los grandes pecadores, y porque sobre esa credencia, en la cual hemos colocado ahora nuestro rosario y la pluma estilográfica, el santo estuvo escribiendo por espacio de doce años sus sermones para los domingos y fiestas.

Sigue la capilla dedicada a la Virgen María. En ella la Madre bendita estuvo un día departiendo con el Padre Vianney en el momento de la acción de gracias después de la Misa; en otra ocasión la estatua se animó, cobró vida y habló a un empedernido francmasón que se convirtió en seguida.

Después de la capilla de la Virgen, en orden descendente, hallamos el sitio de los famosos "Catecismos de adultos", y la capilla del Ecce Homo, donde el santo encontraba cada día nuevas energías para sufrir él también e inmolarse en provecho de las almas.

La nueva iglesia

Formando un todo armónico con la vieja iglesita, la moderna basílica actual se yergue imponente, orgullosa de los famosos maestros que en ella pusieron sus manos y entre los cuales recordamos a Pierre Bossan el arquitecto de "Notre Dame de Fourviére".

En esa primer capilla, a la derecha, expuesto a la pública veneración en un suntuoso monumento, reposa el cuerpo del santo. El bajo-relieve del altar reproduce la ceremonia de su ordenación sacerdotal en el Seminario Mayor de Grenoble en 1815: Alguien hace notar a su Excelencia Monseñor Simón, el Obispo consagrante, que se le había molestado por bien poca cosa, una sola ordenación. El anciano Obispo contempla un instante ese diácono de ademanes sencillos, de rostro ascético, al que no acompaña ni un amigo, ni un pariente, y responde con voz grave: "no es demasiada molestia para ordenar a un buen sacerdote".

Dos ángeles prosternados asisten a la ceremonia y cada uno porta una banderola; en la una dice *Caridad,* en la otra *Castidad,* dos virtudes que son por excelencia el ornamento de un sacerdote católico y que el Padre Vianney hizo brillar con tan extraordinario resplandor.

— 4 —

La casa rectoral

Como la antigua iglesita, también la casa cural está toda perfumada con el recuerdo y las virtudes del Padre Vianney. Este patio que ahora atravesamos recuerda, por ejemplo, que fue aquí donde el santo empezó a padecer las primeras persecuciones del demonio por los años de 1824 y 1825. Para privarle de las pocas horas de sueño que se concedía, el demonio daba fuertes golpes contra la puerta de entrada como si se tratase de un feligrés urgido de la presencia del párroco para auxiliar a un mori-

bundo; y luego ni rastros sobre la nieve, ni feligrés ni enfermo alguno.

Este primer cuarto a la derecha, servía al Padre Vianney de comedor y de cocina. Allí están para consuelo y edificación del peregrino que quiere revivir en Ars hasta los más nimios pormenores de la vida del santo, los modestísimos platos de su uso, la marmita en que él mismo cocinaba patatas para una semana.

En dicho cuarto ha sido también expuesto el lecho al que el demonio puso fuego, según declaración del santo, y una plancha de hierro que éste acostumbraba poner sobre el colchón para dormir. Sobre la plancha y sobre el lecho pueden aún verse perfectamente las señales del fuego.

El dormitorio

Es este el rincón más venerable de la casa rectoral. Allí recibió el párroco de Ars muchos favores de lo alto, visitas de la Virgen, de Santa Filomena; allí están todavía visibles las huellas de sangre dejadas por su cuerpo, cuando después de haberse azotado con todas las fuerzas y no pudiendo ya casi sostenerse, debía apoyarse contra el muro; allí debió soportar desde 1824 a 1859 los asaltos del demonio que ardía en diabólica ira de ver aquellos prolongados ayunos, aquellas vigilias, aquella dureza del lecho, aquellas maceraciones, aquel arrebatar para el cielo las almas que el espíritu de las tinieblas tenía ya por suyas.

Durante treinta y cinco años ininterrumpidos, el Padre Vianney se vio muchísimas veces arrancado del lecho por manos invisibles y tirado por tierra; vio su pila de agua bendita desprenderse del muro y volverse mil pedazos arrojada en medio del cuarto; a su disciplina que tomaba la forma de una serpiente, y al demonio mismo que en la forma de un murciélago inmenso giraba en la noche sobre su cabeza mientras las paredes se tornaban completamente negras....

No pocas veces después de una formidable algazara en la escalera, en su cuarto, en el patio, en el granero, una voz aguda, estridente gritaba: "Vianney, Vianney, comedor de trufas, tú serás nuestro, vah, tú serás nuestro, si ya te tenemos!

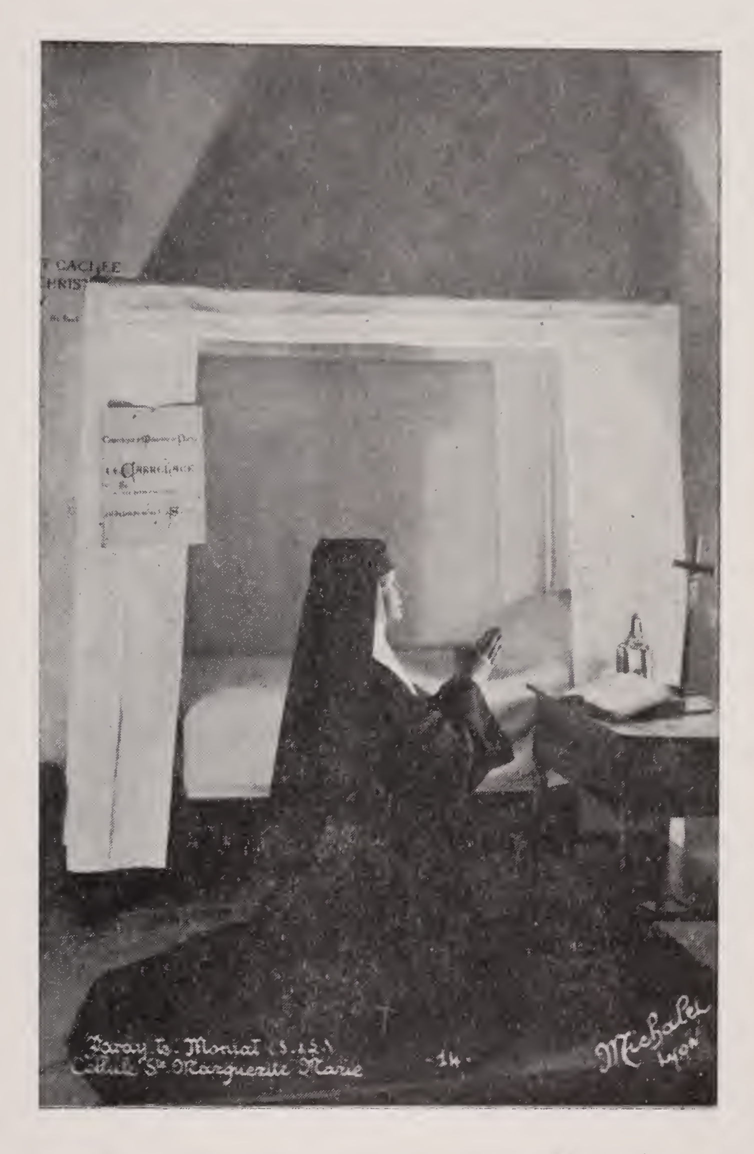
Y esos gritos eran extraños y horribles dicen las personas que los escucharon.

— 5 —

Por esta comunicación constante con lo sobrenatural; por este odio y persecución implacable del demonio, y muy especialmente, por su estrecha unión con Dios, con la Virgen María, con los ángeles y bienaventurados, pocas vidas de santos nos recuerdan, de manera tan viva, los maravillosos relatos en que se nos narran episodios de los padres del desierto, de los monjes de la Tebaida en el Egipto.

Es ésa, precisamente, una de las facetas más admirables en la vida del párroco de Ars y de las menos comentadas: Que en medio del mundo, asediado a toda hora, de día y de noche, por una multitud innumerable, su vida de oración, de renunciamiento y de penitencia, su constante vivir en la presencia de Dios en medio de un trabajo agobiador, su amor a *la soledad,* de la que no le permitió gozar la obediencia, lo colocan con honor entre aquellos primeros eremitas; lo unen con lazos misteriosos a un San Pablo, primer ermitaño, a un San Antonio, a San Hilario, a San Pacomio.

Si hasta parece que hubiera sido escrito para él, para esa muerte suya que fue más bien el anticipo de un sueño, este candoroso y sublime final: "Y cuando a un solitario le llegaba la hora de morir, un león venía a cavarle una fosa con las uñas. El santo varón conocía por aquella señal que Dios le llamaba a su seno, e iba luego a besarles las mejillas a todos sus hermanos; después, bañado de júbilo el rostro, se tendía sobre el duro camastro para dormirse en el Señor".



Paray-leMonial. — *Celda de Santa Margarita*

PARAY-LE-MONIAL

(julio 12 y 13)

— 1 —

Sitio predestinado y privilegiado entre todos los de la tierra de Francia. Foco de una inmensa irradiación espiritual; lugar bendito, "ciudad querida del cielo", como lo afirma S. S. León XIII, *la pequeña gran ciudad del Sagrado Corazón* coincide en un todo con el ideal que de ella nos habíamos forjado siempre en nuestra mente.

Levantada entre un paisaje donde todo es moderado, discreto, de líneas veladas y suaves; con sus calles sinuosas y estrechas; con reliquias de antiguos monumentos históricos; mansa, transparente, sin ruido, como las aguas del "Bourbince" que la riegan, Paray-le-Monial tiene todo el encanto penetrante y confidencial, evocador y místico de las viejas ciudades...

Apropiado escenario de un designio providencial, en su recinto es como si todas las cosas visibles enmudecieran para dejar paso a las cosas invisibles. El viento mismo es allí tan manso y suave que acaricia las hojas sin doblarlas y sería incapaz de apagar una llama.

Hay algo más: se diría una ciudad que nos es conocida desde hace muchos años; en la que hubiéramos pasado parte de nuestra vida, en la que hay cosas y personas que nos son familiares.

Santa Margarita María

Elegida para la realización de un plan sobrenatural larga y amorosamente preparado. Hecha, más que de carne y sangre, un compuesto del amor y de la misericordia infinitos, según sus propias palabras, hay entre Santa Margarita y el Sagrado Corazón una comunicación tan estrecha, un vivir de la santa en la presencia "siempre actual, sensible y continua de Nuestro Señor", que no hay manera de enumerar las confidencias, éxtasis, visiones, revelaciones, gracias excepcionales de todo orden recibidas a través de su vida incomparable.

Con profundo recogimiento tratemos de descorrer un poco el velo de los inefables y amorosos misterios que en la intimidad de esta modesta capillita de la Visitación se realizaron hace ya casi tres siglos.

— 2 —

Maravillosa Historia de las grandes revelaciones

27 de diciembre de 1673, fiesta de San Juan Evangelista

Ante el Santísimo Sacramento expuesto; detrás de esta misma antigua reja de coro que nosotros podemos tocar ahora, el divino Salvador deja reposar largo tiempo a Santa Margarita sobre su pecho; le pide el corazón para devolvérselo luego hecho una viva llama caldeado en el horno de su corazón adorable; la hace depositaria de sus secretos y le precisa la misión para que la tiene destinada: heraldo y víctima a la vez, ella deberá ser el apóstol de la *Reparación Universal* y la primer reparadora al mismo tiempo; la pequeña llamita humana que hará arder el mundo en el fuego de caridad en que se consume el Hijo de Dios.

Hé aquí algunas de las patéticas, íbamos a decir increíbles, palabras escuchadas por la santa en aquella primera gran revelación:

"Mi divino Corazón está de tal modo apasionado de amor por los hombres y por tí en particular, que no pudiendo ya con-

tener en sí mismo las llamas de tan ardiente caridad, es preciso que las expanda por tu medio y se manifieste a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que ahora te descubro.

"Si hasta aquí solo te has llamado mi esclava, Yo te doy desde ahora el título de discípula bien amada y heredera de los tesoros de mi alma".

Un soplo de la ardiente caridad de *la Noche de la Cena* acaba de pasar por Paray-le-Monial!.

Quién no ve entre dos sucesos que diez y siete siglos separan, los lazos indisolubles que los unen, el mismo divino proceder, casi diremos las mismas palabras?

"Jesús sabía que era llegada la hora del tránsito de este mundo al Padre, y como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin", nos dice San Juan. Lava los pies a sus discípulos no obstante que El es el Maestro y el Señor. Habla de la traición de uno de ellos, y todo el dolor de Getsemaní, de la Vía Dolorosa y del Calvario viene a afligir su corazón de carne; para consolarle, uno de los suyos, al cual Jesús amaba, *estaba recostado sobre su pecho*....

"Hijitos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros.... Ya no os llamaré siervos sino amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre".

Como en Jerusalén, en Paray-le-Monial el divino Salvador tratará en esta y en las demás revelaciones de hacer comprender a nuestro limitado entendimiento humano que El, la persona eterna del Verbo, nos ama con todo su Ser divino, infinito, con un amor sin límites cuya esencia es el mismo amor suave y regalado y todopoderoso de un Dios-Hombre.

1673 a 1674

Muchísimas, innumerables son las apariciones que se realizan en el lapso comprendido entre 1673 y 1674. En una de ellas, el divino Corazón se hace visible a la santa sobre un trono de llamas, "más resplandeciente que el sol y transparente como un cristal"; en torno una corona de espinas y la herida de la lanza recién abierta para significar los sufrimientos que le infligen los pecados de los hombres.

El Señor hace saber a la vidente que quiere ser honrado bajo la figura de su Corazón de carne, que precisamentte para ello

la ha escogido; para reinar, para manifestarse a las criaturas con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracias, de santificación y de salud eterna que están encerrados en El.

En recompensa, sobre los hombres se multiplicarán las bendiciones y las gracias, porque esta devoción es como *un último esfuerzo del amor divino* que quiere reunir todas las cosas bajo su cetro dulcísimo.

1674

"Una vez más Jesús, mi dulce Maestro, se presentó a mí todo resplandeciente de gloria, sus llagas como cinco soles; me descubrió las maravillas inexplicables de su amor y los excesos de caridad a que lo ha llevado su amor por los hombres, de los cuales no recibe más que ingratitudes y desprecios".

El Amor que busca afanosamente ser consolado dice a la santa: "En compensación tú me recibirás sacramentalmente tanto como la obediencia te lo permitiere; soportarás ciertas mortificaciones y humillaciones que te habrán de sobrevenir; me recibirás de manera especial los Primeros Viernes de cada mes, y cada semana, en la noche del jueves al viernes, participarás conmigo de la mortal tristeza del huerto de los Olivos, en una agonía más terrible que la muerte".

Cómo no responder a tan dolido y emocionado llamamiento? Todos los jueves, entre las once y las doce de la noche, prosternada sobre los fríos ladrillos de su celda, la cara contra el suelo, la santa visitandina vuelve a encontrar a través de diez y siete siglos a Jesús agonizante martirizado por nuestros pecados actuales, sus verdugos de entonces....

1675, Octava de la fiesta del Corpus

Con esta aparición que nos permite apreciar todavía mejor lo inconmensurable de los abismos de la caridad divina; la sublimidad y profundidad de las incomprensibles riquezas de Cristo de que nos habla el Apóstol, llegamos también a la cúspide en la maravillosa historia de las grandes revelaciones. Hé aquí cómo la refiere la santa:

"Estando un día delante del Santísimo Sacramento, un día

de su Octava, recibí de mi Dios gracias tan excesivas de su amor que sentí en mí el impulso de pagarle amor con amor.

Entonces El descubriéndome su Corazón me dijo: "Hé aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres; que no se ha detenido ante nada para testimoniarles su amor y que, en cambio, no recibe de la mayoría más que ingratitudes por las irreverencias y sacrilegios, por las frialdades y desprecios de que me hacen objeto en este Sacramento de Amor.

Pero lo que me es todavía más doloroso, es que son los corazones que me están consagrados los que proceden así.

Por esto yo te pido que el Primer Viernes, después de la Octava del Corpus, se dedique a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando y orando para desagraviarme por los ultrajes recibidos durante el tiempo que he permanecido expuesto en los altares.

Te prometo, en cambio, que mi Corazón se dilatará para repartir con abundancia los tesoros de sus gracias sobre quienes le rindan ese honor y trabajen para que le sea rendido por otros".

— 3 —

El contenido de un mensaje

Hay sitios y aun santuarios en el mundo a los que se puede ir simplemente a mirar y a admirar.

En Paray-le-Monial, por el contrario, es preciso pasar súbitamente de lo visible a lo invisible; saber llorar y conmoverse y meditar, y unirse a esa *cierta, indudable voluntad divina aquí especialmente manifestada!*

Os acordáis de la zarza que ardía sin consumirse en el desierto ante los ojos asombrados de Moisés? Aquí la llama que arde y que quisiera abrasar a todo el mundo la produce el propio Corazón angustiado, a la vez divino y humano, de nuestro adorable Salvador que pide amor y reparación.

Del vértice de la montaña Sinaítica, de "medio caliginis", brotaban rayos y relámpagos, y la voz de Jehová cuando decía:

amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, era como estampido de trueno, como el despeñarse de muchas aguas....

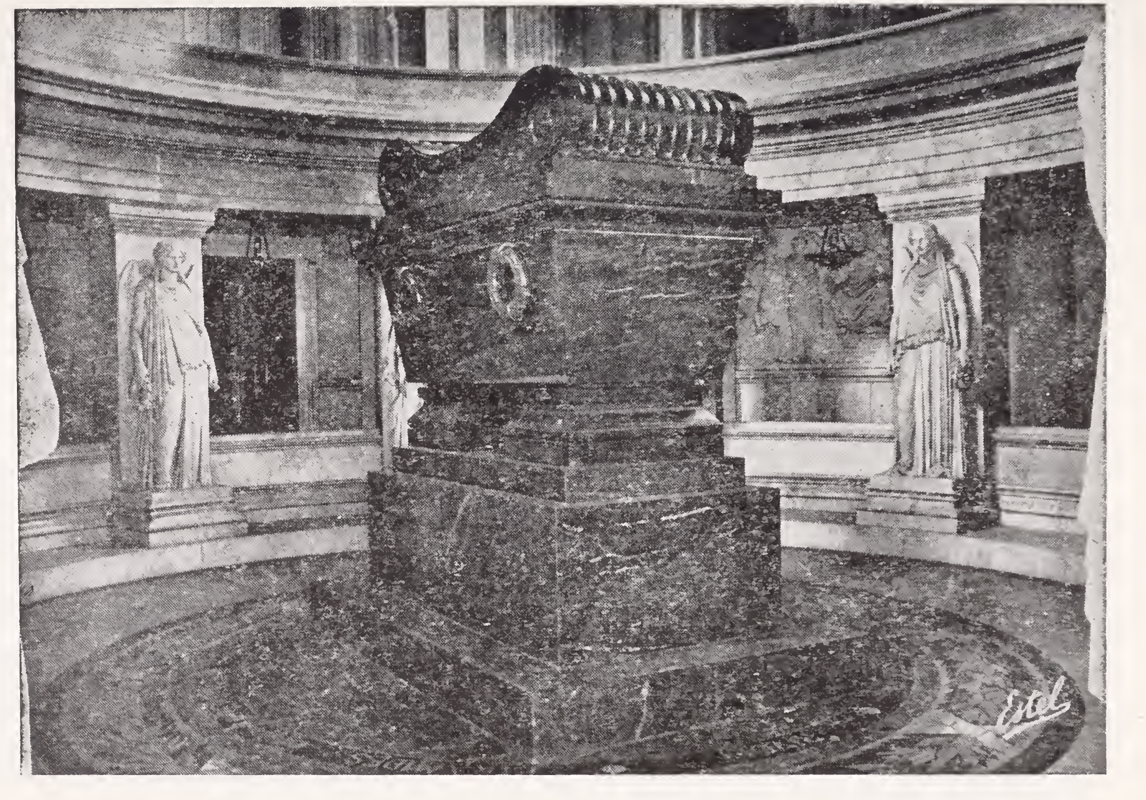
El mensaje de Paray-le-Monial tiene *un no se qué* de semejanza con el rayo! Surge imprevistamente donde menos se le esperaba; todo lo ilumina, todo lo conmueve, lo transforma y lo abrasa todo.

Tiene hasta tal punto el acento de un llamamiento supremo, de un último esfuerzo de un Corazón de Dios y de Hombre que quiere ser amado, correspondido, desagraviado, que no se puede pensar sin estremecimiento, sin terror y temblor en lo que sucederá si el mundo se obstina en endurecer su corazón, en cerrar los oídos a este que pudiera ser, ya lo hemos dicho, *un último y definitivo llamamiento!*

Jamás el Amor divino, desde el espectáculo único que va de Belén al monte Calvario a través de Getsemaní, se había revelado de manera tan patética como en Paray-le-Monial.



París. — *Vista aérea sobre Montmartre; en el centro la colosal basílica dedicada al Sagrado Corazón, monumento de la piedad universal.*



París. — *Los Inválidos*

Tumba de Napoleón: el cuerpo del emperador, trasportado de Santa Elena en 1840, está rodeado por seis ataúdes de los cuales dos son metálicos. El sarcófago rojo se apoya en un sobrio pedestal de granito verde.



La armonía de piedra blanca de Nuestra Señora de París en las márgenes del Sena.

FISONOMIA DE PARIS
y
la Capilla de la Medalla Milagrosa

(13 a 29 de julio)

— 1 —

El largo y fatigoso trayecto ferroviario que de Paray-le-Monial lleva a París por la vía de Nevers, se nos hace corto al pensar en cuanto acabamos de ver y sentir en la "ciudad del Sagrado Corazón", uno de los más grandes centros espirituales de la catolicidad, quizás todavía no lo suficientemente comprendido.

Cerrados los ojos, la capillita de las apariciones viene de nuevo a estremecer el corazón y a confundir el pensamiento.

Y tras ella, la antigua basílica, esa maravilla de la escuela romano-borgoñona, uno de los más imponentes testimonios de los esplendores clunisianos; la Casa Municipal de estilo renacimiento; la semiderruída iglesita de San Nicolás y la capilla romano-bizantina de los RR. PP. Jesuítas donde se veneran los restos del Padre de la Colombiére, director espiritual de Sta. Margarita María.

— 2 —

París

Feliz sobreviviente de uno de los períodos más trágicos y

más tormentosos de su historia. Siempre adelante en la maravillosa parábola de su desenvolvimiento; rumorosa como un enjambre con sus cinco millones de habitantes, tres en el centro y dos en la periferia, poblada de monumentos, París sigue siendo en pleno siglo veinte esa maravillosa "Ciudad Luz" a la que con ansia esperamos todos poder arribar algún día.

Llegados a ella el trece de julio por la tarde, el tronar de los cañones anuncia en la alborada del catorce que Francia se dispone a celebrar un aniversario más de la fundación de la República.

Con ojos colmados de emoción vemos desfilar por la Plaza de la Concordia y los Campos Elíseos, con los vistosos uniformes de parada, a los sucesores de los grandes ejércitos franceses: alumnos de la Escuela de Saint-Cyr, Guardia republicana, Escuela Militar, etc.

Las fuerzas de aire, mar y tierra están allí representadas en esa imponente demostración de fuerza bélica que arranca vítores y batir de palmas a la multitud, y que hace circular más apresuradamente la sangre por las venas cuando se piensa en los hechos de gesta de este país privilegiado.

— 3 —

Hablar de la fisonomía de París, de esa extraordinaria acumulación de monumentos, de personas, de historia veinte veces centenaria, de memorias tan gloriosas y de esfuerzos tan magnánimos que son como el patrimonio mismo de la civilización universal, es una empresa irrealizable! "Ce n'est pas une ville, mais un monde", escribía hace ya cuatrocientos años Francisco Primero a Carlos Quinto.

Con más habitantes ella sola que algunas naciones de Europa, el alma de París se ha visto agitada a lo largo de su historia por grandes avenidas de pasiones, de nobles sentimientos, de verdades y de errores. Crisis de cólera, de entusiasmo, de revuelta, de debilidad y de capricho, de ardores de triunfo y de desastres inauditos, son el balance a través de los siglos del alma ardiente y generosa de ese pueblo apasionado, inventivo

por naturaleza, sagaz por necesidad, aguijoneado por el estímulo de que ningún camino hay sellado a la actividad y a la inteligencia combinadas.

En nuestros días París ha sido llamado con frecuencia la moderna Babilonia. Con más afluencia de turistas que Atenas y que Roma y afectado de ese mal del siglo, la última guerra con su secuela de olvido de Dios, amor desenfrenado a los deleites, de indiferencia o desprecio ante los más nobles sentimientos, el epíteto no es completamente inadecuado.... París tiene, acrecentados, los males de las ciudades populosas!

Por fortuna al lado de ese París que se divierte hay un verdadero París que es admirable. El París que cree en Dios, que trabaja y que ora; que eleva en todo momento en los centenares de iglesias y capillas su corazón y sus manos a Dios para detener la cólera divina.

A ese París lo hemos encontrado en la gran catedral de Nuestra Señora, y en Montmartre, en la Magdalena y en San Sulpicio; y lo hemos visto también orar en el propio corazón de la vieja ciudad, en la capillita de las Hijas de San Vicente de Paúl de la *rue du bac* que es como el Lourdes de París.

— 4 —

Relato de las Apariciones y el Santuario.

Fue el diez y ocho de julio de 1830, veintiocho años antes de posar su planta virginal en la roca de Massabielle perdida en las estribaciones pirenaicas, hacia las once de la noche, cuando el otro París se divierte....

Ante los ojos transportados de una humilde novicia de sencillez evangélica, de alma trasparente, de heroica fidelidad, la Reina de los cielos y de la tierra permanece de manera visible, por espacio de más de dos horas, en la capilla, y hace depositaria a la vidente de sus secretos y mensajes.

La Virgen estaba sentada muy junto al altar en la silla del Padre Director, y Sor Catalina postrada a su lado, las manos

puestas sobre las rodillas de la Virgen. Una inscripción grabada sobre el mármol del pavimento conmemora tan precioso recuerdo.

Fue la primera aparición y a ella siguieron varias más. El veintinueve de noviembre del mismo año, a las cinco y media de la tarde, mientras la novicia hacía su oración acostumbrada, la Santísima Virgen se dejó ver de nuevo, tal como nos la representa la medalla milagrosa: de pie sobre el mundo, traspasada de la claridad que brota de todo su sér, las manos como dos ascuas vivas de donde parten los rayos que vivifican y animan el universo entero con sus gracias. Sobre la cabeza, como la más resplandeciente aureola, esta inscripción: Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a Vos.

—*—*—

Una inmensa sensación de blancura y de pureza nos envuelve al penetrar en el precioso recinto de la *rue du bac*. Todo allí es cándido, de una blancura inefable, para recordarnos que estamos en los dominios de María: las paredes y la bóveda del templo, las columnas de mármol, el Viacrucis, los altares.

En la nave lateral, a la derecha, el altar con la magnífica estatua, obra de Réal del Sartre, que reproduce la actitud de la Virgen en una de sus apariciones cuando, como Corredentora y Mediadora entre Dios y los hombres, toma el mundo en sus manos, lo acerca a su corazón sacrosanto para purificarlo, calentarlo, completarlo, y lo ofrece en seguida al Señor con todo cuanto en él hay de grande, de bueno y de santo! Allí los sufrimientos de los enfermos, los largos días sin pan y sin techo de los pobres, el desvelo de los educadores, la consagración sin alarde de las madres, el trabajo de los obreros, la oración sin palabras de las almas humildes; las acciones más grandes y las menos trascendentales realizadas bajo la mirada de Dios a impulsos de la caridad de Cristo.

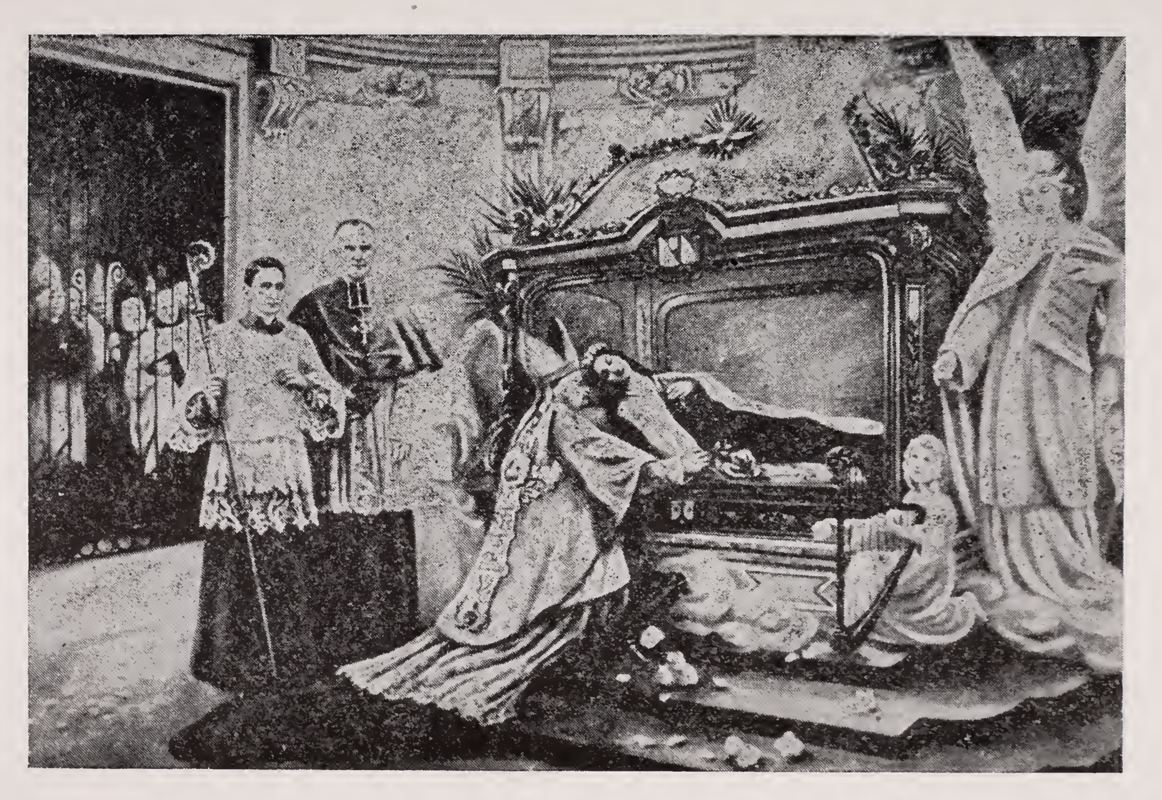
En la parte inferior del mismo altar se venera el cuerpo de la vidente, hoy Sta. Catalina Labouré, encontrado intacto des-

pués de cincuenta y seis años de permanencia en una húmeda tumba.

A continuación, siempre a la derecha, el altar de San Vicente de Paúl; en valioso relicario se conserva allí el corazón del santo, ese tierno corazón que por espacio de tantos años ardió sin consumirse en las llamas de la más ardiente e incomparable caridad.

Vecino al altar de San Vicente hay algo muy caro a la piedad del peregrino: es la sillita de madera forrada en raso azul, la misma que según la tradición ocupara la Virgen María por más de dos horas en su primera aparición del diez y ocho de julio de 1830.

En la nave de la izquierda pueden admirarse los altares del gloriosísimo Patriarca San José y de Sta. Luisa de Marillac, fundadora, con San Vicente, de las beneméritas Hijas de la Caridad.



Lisieux. — *Tumba de Santa Teresita del Niño Jesús en el interior de la capilla del Carmelo.*

LISIEUX

(30 y 31 de julio)

— 1 —

Comparado con la vida agitada y tumultuosa de París, Lisieux, en plena Normandía, es un delicioso remanso donde el alma alcanza la medida precisa de paz y sencillez que se requieren para penetrar por el caminito de la "infancia espiritual", de la confianza y del total abandono en la divina Providencia, bases del verdadero amor a Dios que Sta. Teresita del Niño Jesús nos dejó como el más precioso legado.

Tierra de santificación, tierra de milagros, alto lugar de la cristiandad, todo en Lisieux nos habla de la santa por excelencia del siglo XX! Como una blanca visión su figura inconfundible se nos aparece en la trasparencia del agua, en la pureza del aire, en el óvalo perfecto y en los ojos azules, profundos y límpidos de sus coterráneas; en la hermosura de las rosas que visten los jardines, en el recogimiento y estático mutismo de los peregrinos que invaden las calles....

Todo allí nos habla de sus dichosas cualidades humanas, de su precoz virtud, de los años de intimidad familiar, de la perfección de la novicia y de la profesa; de esa vida rápida, brevísima, ignorada; tan increíblemente fecunda y tan manifiesta hoy a los ojos de los hombres, verdadero mensaje de Dios a las almas de buena voluntad.

— 2 —

Los franceses que viven como ningún otro pueblo orgullosos de sus santos, guardan celosamente los objetos que a estos pertenecieron y que permitirán al peregrino contemplarlos y estudiarlos en su ambiente, en su propio terreno; buena prueba de ello Ars, Paray-le-Monial: Lourdes con tantos recuerdos de Sta. Bernardita.

En Lisieux es esto precisamente lo que más nos atrae. Intacta puede verse en el extremo norte de la población, hacia Trouville, "Les Buissonnets", la hermosa casa que la santita habitó con su padre y sus hermanas desde la edad de cuatro años hasta los quince, cuando Nuestro Señor le permitió por fin ingresar al ansiado convento del Carmelo, para ser desde ese sitio el apóstol por excelencia en el mundo entero por la oración y por el sacrificio.

Allí la chimenea donde la pequeña acostumbraba dejar sus zapatos, la noche de Navidad, en espera del aguinaldo del buen papá Noel.... Allí el sitio preciso donde, a la edad de nueve años, mereció que una preciosa estatua de Nuestra Señora se animara, avanzara hacia ella y le sonriera para curarla de una gravísima enfermedad que la tenía a las puertas del sepulcro; más allá el lecho, sus muñecas y juguetes de infancia. En el jardín, el pesebre que Teresita acostumbraba organizar para Navidad, y un conmovedor grupo estatuario en el propio sitio donde Monsieur Martín recibió, en una tarde de Pentecostés, la solicitud del permiso paterno para ingresar al convento.

En la capilla del Carmelo, a la derecha, la austera reja de coro de las religiosas, detrás de la cual la santa de Lisieux tanto oró y gimió por la conversión de los pecadores; del mismo lado derecho de la iglesia, hacia el centro, la capillita lateral donde se veneran sus despojos mortales. Una hermosísima estatua yacente, de tamaño natural, reproduce en cera la actitud de Teresita en el momento de su muerte: mientras la mano izquierda oprime sobre el pecho el crucifijo de sus votos, la derecha deja escapar una rosa de oro regalo de S. S. Pío XI por medio de Su Eminencia el Cardenal Vico, legado pontificio en Francia en 1925, con motivo de la reciente canonización de

la Santa.

Todo el conjunto decorativo de la mencionada capilla está basado en la doctrina de la "infancia espiritual", su gran secreto, su mensaje y el verdadero fundamento de la santidad teresiana. Allí mismo puede venerarse la verdadera imagen de la "Virgen de la sonrisa", la misma que en la casa familiar de "Les Buissonnets" se animó milagrosamente y avanzó hasta la niña para curarla.

También la catedral de San Pedro; las viejas y estrechas callejas; el cementerio de la población donde reposó el cuerpo de la santa hasta su retorno glorioso al convento; la gran basílica teresiana, exvoto de la piedad universal a la más grande taumaturga de los tiempos modernos, son como inmensos mosaicos sobre los cuales se desenvuelve ante los ojos atónitos del peregrino el radiante y consolador poema de la vida y misterios de la sierva de Dios. Todos aquellos parajes nos están diciendo, con el más elocuente de los lenguajes, que la santidad no está fuera de la vida corriente sino que la incluye y se coloca al alcance de todos....

— 3 —

—Váis a Lisieux? nos dijeron en París algunas personas que se enteraron de nuestro viaje; allí solo encontraréis ruinas y desolación, una ciudad destruída en sus tres cuartas partes por la última guerra y que ha perdido todos sus encantos!

Esta manera tan profana de referirse a ese alto lugar de cristiandad, de santificación y de milagros que es la patria adoptiva de Sta. Teresita, no dejó de lastimar nuestra sensibilidad especialmente cuando nos dimos cuenta, por nuestros propios ojos, de que en medio de las ruinas —como faros de luminosa esperanza— se erguían incólumes precisamente todos aquellos monumentos con los cuales nuestra piedad de peregrinos había soñado tantas veces: el Monasterio del Carmelo donde reposa el cuerpo de la santa; "Les Buissonnets", el cementerio parroquial, la basílica etc.

Esa visión fue suficiente para lanzarnos con un nuevo ím-

petu a la oración, al amor y a la confianza en la divina Providencia, virtudes capitales de Sta. Teresita; a convencernos de que el dedo de Dios está allí, y que el que llega a Lisieux ha llegado a uno de esos pocos sitios en la tierra donde la verdadera santidad que es pureza, humildad, mortificación, celo y fervor incontenibles por la gloria de Dios y el bien de las almas, ha alcanzado su más alta cumbre.





Biarritz. — *Roca de la Virgen*

París - Lourdes

(1 a 23 de agosto)

— 1 —

Lentamente, como para ir acostumbrando los ojos del cuerpo a la luminosidad increíble del cielo de Lourdes, y los ojos del alma a esa otra luz más enceguecedora y viva —lo sobrenatural— que allí, en la "ciudad del milagro", se hace casi material y palpable, vamos recorriendo los ochocientos cincuenta y cinco kilómetros que separan la ciudad capital del más célebre santuario mariano del orbe católico.

En Blois, ventana abierta sobre la maravilla verde del valle del Loira, "Ville des rois", como la llama Ronsard; sobre la piedra silenciosa de sus calles, de prodigiosa animación en otras épocas, el paso rotundo del caminante del siglo XX, la bocina automovilística, suenan casi como una profanación... En silencio, para no impedir a los viejos monumentos que nos hablen su lenguaje de siglos, recorremos los largos corredores, los salones del imponente castillo, el Versalles de los Valois, donde vio la primera luz el rey Luis XII, donde fue asesinado el duque de Guisa y donde se cerraron para siempre los ojos de Catalina de Médicis.

De Tours, la vieja y amorosa capital turenense, el corazón del "Jardín de Francia", hacemos nuestro centro de operaciones para visitar uno a uno los incomparables castillos del Loira,

mansiones de la Edad Media, época del Renacimiento, época clásica; que van desde la plaza fuerte hasta la morada principesca, y que nos permiten seguir sin interrupción el renovarse y sucederse de los estilos a través de 7 siglos.

De allí partimos para visitar la tumba de Ronsard; la semiderruída abadía de San Martín; la Casa Madre de las Rvdas. Hermanas de la Presentación y el sepulcro de su santa fundadora; y aun, para hacer un poco de ministerio como capellán de una "colonia de vacaciones" en el castillo de "La Gagnerie", en los alrededores de Semblancay.

— 2 —

Bañada por las aguas del Loira; sombreada de tilos, de sauces y pinos, tapizada de flores y verdes praderas; con el dédalo de callejuelas y barrios que hablan de viejas edades; con su majestuosa catedral Saint-Gatien, la de los encajes de piedra y los vitrales inestimables; con los monumentos a sus hombres ilustres: Descartes, Rabelais y Balzac; sus bulevares y sectores modernos, Tours, no obstante las grandes pérdidas sufridas en la última guerra, sigue siempre saturada del encanto fascinante que le es proverbial e indiscutible.

Allí demora también, no lo olvidemos, uno de los cinco santuarios más visitados a todo lo largo de la Edad Media y tan famoso como Santiago de Compostela: el sepulcro de San Martín. Es el legionario romano que por amor a Cristo renuncia a las vanidades de la tierra, y cuyos días de padre y pastor alternan admirablemente entre una vida apasionada y activa de misionero, y la ruda y ascética de los monjes de las peñas de Marmoutier (1).

Burdeos, 21 de agosto

Por la vía de Poitiers y Angulema nos encontramos desde ayer en la capital de la Gironda, la cuarta ciudad de Francia,

(1) En la actualidad, pensionado para niñas a cargo de las Damas del S. Corazón.

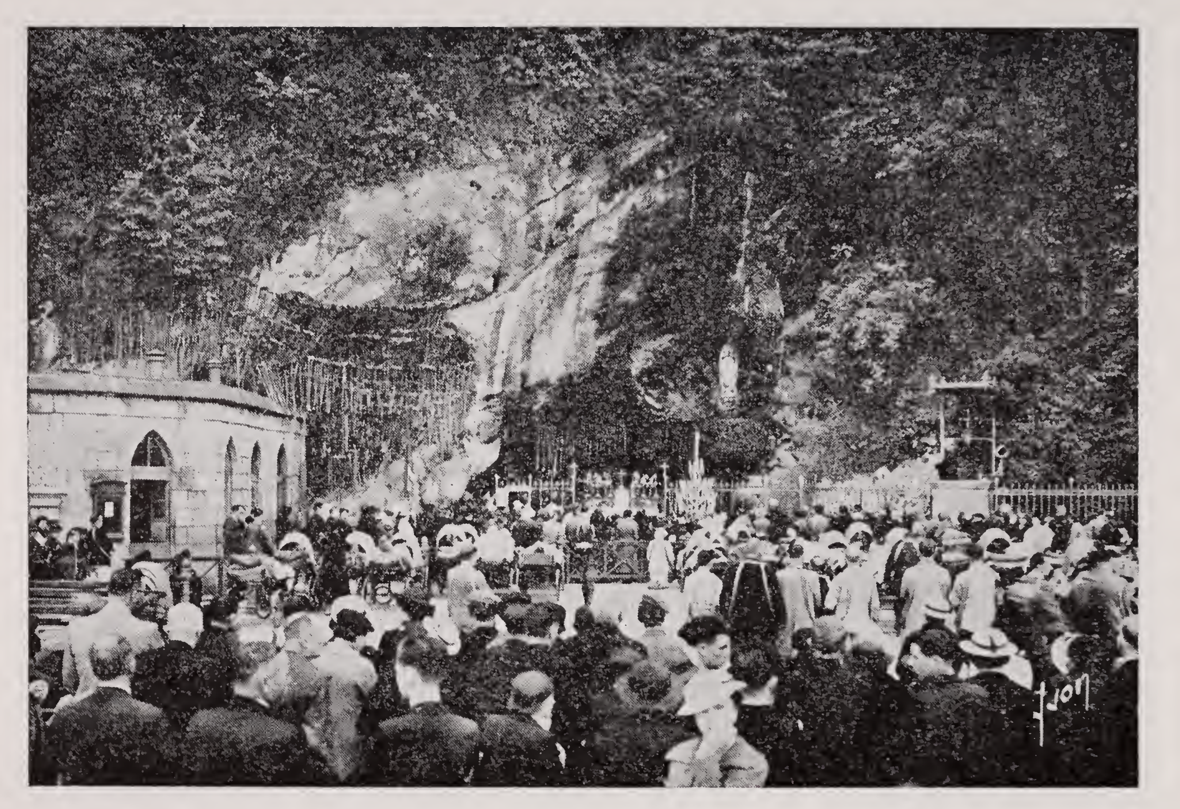
magníficamente situada a orillas del Garona que la pone en comunicación con aguas del Atlántico.

Hemos pasado las horas visitando su inmensa y venerable catedral, las viejas iglesias, y el espléndido monumento levantado por sus conciudadanos al más célebre de los girondinos, a Montaigne, en el claustro de la facultad de Filosofía y Letras.

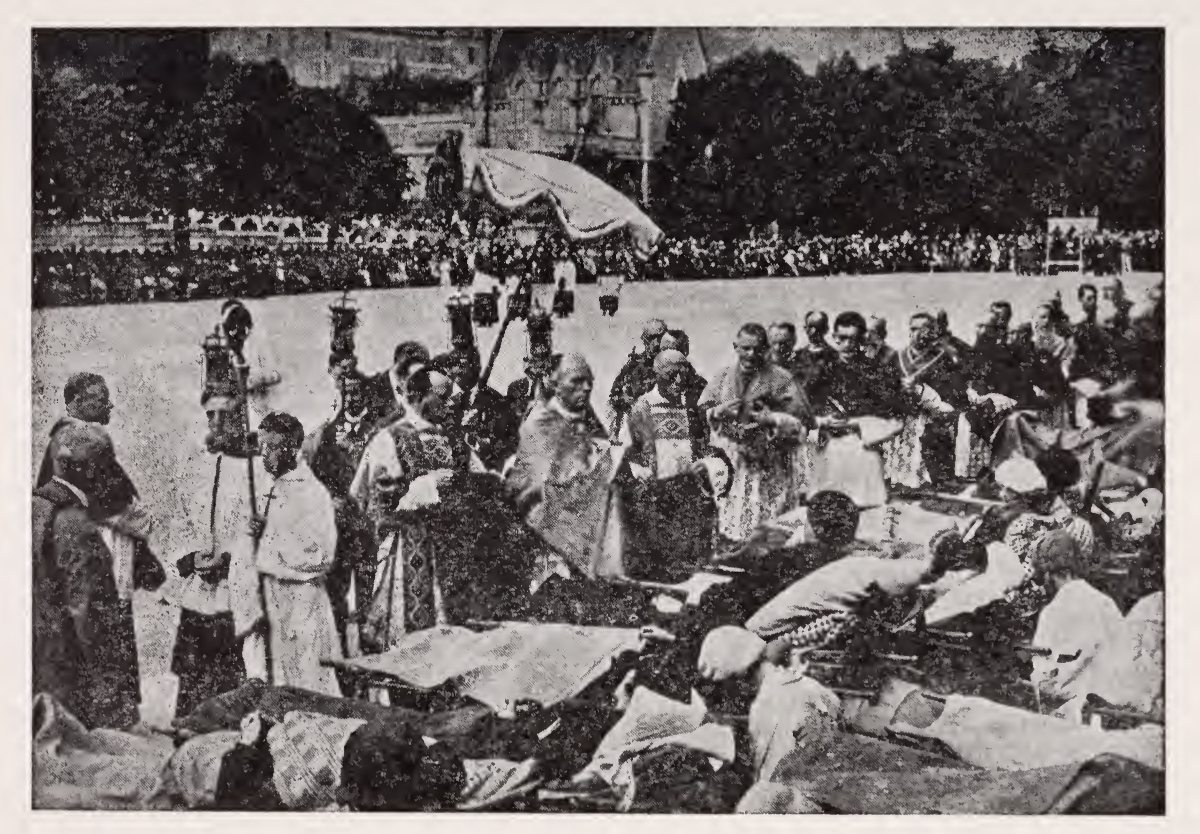
22 y 23 de agosto

Los días veintidós y veintitrés de agosto nos permiten apreciar en su justo valor la hermosura fascinante de las poblaciones portuenses Biarritz y San Juan de Luz, balnearios de fama internacional, en la costa vasca francesa; Bayona, ligada estrechamente a sucesos históricos de la América española en tiempos del rey Fernando VII, y la alegre y pulcra ciudad de Pau, en las orillas pobladas de fresnos y alisos del Gave, con su castillo de estilo atormentado y magnífico donde vio la primera luz el rey Enrique IV, y con los Pirineos azulados al fondo.

Pero el pensamiento de que mañana, Dios mediante, habremos llegado a Lourdes, a la ciudad de Aquella a quien aclamamos constantemente en las letanías lauretanas: "Causa de nuestra alegría", "Puerta del cielo", no nos deja sosegar. Las horas se pasan eternas, inacabables, en espera del momento más larga e intensamente deseado después de la visita a Tierra Santa y a Paray-le-Monial.



Lourdes. — *Ceremonias religiosas delante de la gruta donde la Santísima Virgen se apareció a Sta. Bernardita Soubirous.*



Lourdes. — *Bendición con Nuestro Amo a los enfermos en la gran explanada.*

LOURDES

(24 a 30 de agosto)

— 1 —

Hay en la categoría de libros inmortales, una inspirada obra del genio de San Agustín que lleva por título "La Ciudad de Dios".

Es una maravillosa y prolongada antítesis, donde se ponen en confronto esos dos principios universales que desde la mañana del paraíso se disputan el mundo: el bien y el mal, Dios y el príncipe de las tinieblas; "esas dos sociedades o congregaciones de hombres, de las cuales la una está destinada para reinar eternamente con Dios, la otra para padecer eterno tormento con el demonio" (Ciudad de Dios, Libro XV, Cap. I)

Por una que pudiera parecer extraña paradoja, el recuerdo de ese libro se nos ha venido a la memoria precisamente en Lourdes, en ese microcosmos que es la "ciudad de la Virgen Santísima".

A poco de haber franqueado los andenes del ferrocarril, nos llama la atención un sinnúmero de jóvenes de uno y otro sexo que con el clásico uniforme de los excursionistas franceses, pantalón corto, camisa caky o sweater de mangas cortas y boina vasca, invade calles, bares y cafés. Hubiéramos querido que se tratase de una peregrinación, pero no! La magnífica situación de Lourdes, llave de los Pirineos, levantada en un sitio

pintoresco a la entrada del "valle de los torrentes", hace de ella uno de los más activos centros de excursiones hacia la montaña. Cuando cae la nieve o en los meses de primavera y verano, es decir casi todo el año, la parte alta de Lourdes se llena de gentes que quieren divertirse, indiferentes a los prodigios estupendos que en los cuerpos y en las almas se realizan a diez o quince minutos de distancia.

Otro aspecto desolador de Lourdes lo constituye el comercio de *tipo judío* que allí lo invade y lo domina todo, dándole a la población un matiz avaro y sórdido como el que debía presentar el templo de Jerusalén en los días del Señor.

Los abarrotados almacenes, incapaces de contener los inmensos surtidos, se prolongan como pulpos hasta el medio de la calle, dificultan el tráfico y distraen la atención de los peregrinos que han ido allí con la mirada puesta más allá de las pequeñeces de la tierra.

Y como éstas cuántas cosas más! Cada paso que damos es como si dobláramos, ya leída, una nueva página del libro inmortal que hemos mencionado.

— 2 —

El Santuario

Pero si existe la ciudad de Lucifer, existe también la ciudad de Dios que aquí, mejor que en ninguna otra parte, domina y eclipsa a la primera.

Ignoramos el camino del santuario, el Lourdes de la Virgen, pero un hilo misterioso, el mismo que guió un día a Bernardita y cuyo incesante rumor hemos venido escuchando, nos atrae confiados. Es el Gave clamoroso, coronado de espuma a causa de las represas junto al puente, pero que luego se pacifica y se amansa para darnos delante de la gruta el espectáculo único de unas aguas absortas y límpidas como las aguas desconocidas de las montañas, que reflejan silenciosas los contornos de la Basílica —ascua de oro iluminada por los grandes reflectores— o el bosque de cirios cuya llama inextinguible traduce

las acciones de gracias de los peregrinos, tantas indecibles esperanzas, el soplo todopoderoso de una plegaria unánime y nunca interrumpida.

Estamos en la ciudad de Dios, en los dominios de María!

Un inmenso recinto, un paraíso, *la explanada más bella del mundo* en la que hay santuarios, grandes árboles, museos, hospitales, jardines, avenidas, monumentos: vidrieras iluminadas y mosaicos, bronces y oro, mármoles y granitos pirenaicos en los edificios monumentales; cielo azul, espacio abierto, verdes prados, horizontes diluídos sobre las colinas. Todos los recursos de la naturaleza y de la técnica aunados armónicamente para glorificar a la Reina del cielo; y donde la gruesa verja de hierro y el río que circundan el conjunto, parece como si tuvieran la virtud de detener y apagar las voces de fuera, el estrépito de las pasiones de los hombres.

Como en Paray-le-Monial, en el Lourdes de la Virgen se siente flotar en el aire, en el silencio, en la calma que reinan —a pesar de las inmensas muchedumbres— una infinita dulzura, un llamamiento a lo esencial, a las cosas eternas.

Allí se respira la única atmósfera que conviene para apreciar, para comprender, para amar lo que en la vida vale la pena de ser amado, apreciado, comprendido: lo DIVINO!

— 3 —

Historia de las apariciones. Once de febrero de 1858

En una hermosa aldehuela perdida en las estribaciones de los Altos Pirineos; formada de casitas diseminadas aquí y allá como juguetes de niños, al pie de un gigantesco castillo levantado sobre la roca viva, inexpugnable, la monótona rutina de los días pueblerinos cede el paso a la semana del carnaval que allí, como en casi toda Europa, suele preceder a la austeridad de los días de Cuaresma.

Sin embargo, en medio de la farándula, el bullicio y el gozo aldeanos, hay una pobre familia que a las once de la mañana de aquel jueves memorable carece hasta de la leña para cocer

una mísera pitanza.

Era el hogar de Francisco Soubirous y de la buena y piadosa Luisa Castérot con cuatro hijos de los cuales la mayor, criada casi fuera de casa, en la de su nodriza donde pagaba el sustento cuidando las ovejas, se encontraba desde hacía dos semanas bajo el techo paterno a donde había sido llamada para prepararla a la Primera Comunión.

De complexión delicada, sujeta a opresiones de asma, auncuando ya había cumplido 14 años, solamente revelaba diez o doce. Criada en un paraje desierto, sin haber frecuentado jamás una escuela, inútil es decir que ignoraba hasta los rudimentos de la lengua francesa; no sabía leer ni escribir, y su lenguaje era solamente el *patois* de las montañas pirenaicas. En cuanto a instrucción religiosa, como aún no se le había enseñado el catecismo, todo se reducía a saber el Padre Nuestro, el Ave María, el Gloria y el Credo que recitaba devota, continuamente, pasando las cuentas del rosario mientras pastoreaba el pequeño rebaño.

Pero porque era débil, sencilla, inocente; limpia y pura como la nieve de aquellos risueños picachos que le eran familiares, las palabras del santo Evangelio: "Bienaventurados los humildes, bienaventurados los mansos, bienaventurados los limpios de corazón", iban a realizarse muy pronto en favor suyo.

— 4 —

—María, vé a recoger leña a la orilla del Gave, dice la madre a la segunda de sus hijas.

Bernardita, que no es otra la niña de quien hemos hablado, también quisiera distraerse y acompañar a su hermana.

—Tú no, dice la madre, porque tienes la tos y podrías agravarte.

Pero a aquellos ojos brunos, dulces y buenos que resaltan en la palidez de una carita a la que el gracioso capuchón de las montañesas pirenaicas hace más delicada y frágil, no se le puede decir mucho tiempo que no y la buena Luisa termina por ceder.

Al pequeño grupo se agrega Jeannette, una jovencita de la vecindad, y las tres, pasado el puente, se dan a la tarea de recoger pedacitos de leña sobre la orilla izquierda del río. Así, poco a poco, atraviesan la pradera, siempre siguiendo el curso del Gave, y van a dar frente a una inmensa gruta formada de tres cavidades superpuestas conocida en el lenguaje del país con el nombre de "Massabielle", es decir, roca antigua, precisamente en el sitio donde el agua de un canal que movía la rueda de un viejo molino se unía a las aguas del Gave.

Por estar aquel día en reparación el molino, solo un hililllo de agua se veía pasar por el canal; María y su amiga no tardaron en atravesarlo, contentas de poder mojar los pies en el agua; pero Bernardita debía quitarse además de los zuecos, las medias, lujo que se le permitía debido a su poca salud.

Cuando se disponía a hacerlo, he aquí que un sonido como de viento impetuoso se sintió por toda la pradera. Creyendo que se tratase de algún imprevisto temporal, la niña se puso de pie rápidamente, pero con gran sorpresa suya las ramas de los árboles, hasta las florecillas permanecían quietas e inmóviles.

—Me habré engañado, se dijo, y ya se disponía de nuevo a descalzarse cuando el mismo rumor y con el mismo ímpetu de antes se dejó escuchar.

Bernardita se alza de nuevo; y buscando por todas partes fija de pronto sus miradas en la roca. Un grito se quebró, sofocado, en su garganta; temblaba y como fuera de sí se puso de repente de rodillas.

En la parte superior de la gruta; en el rústico nicho del centro; justamente donde hoy se eleva una preciosa imagen de la Virgen María, "una joven y hermosísima Dama" —son palabras de la vidente—, vestida de blanco, anudada a la cintura una franja de color azul celeste que le cae hasta los pies desnudos, trasparentes, donde brillan luminosas dos rosas de oro, le sonríe y la mira con dulzura inefable.

La niña adivina que aquello tiene qué ser algo del cielo; hace una gran cruz sobre sí, al santiguarse, y empieza el santo rosario.... También la Dama había hecho sobre sí la señal de la cruz, y entre sus manos purísimas pasaban, una a una, las cuentas de un rosario que le pendía de la cintura, pero más que recitarlo, parecía estar atenta al que rezaba la niña.

Este primer éxtasis debió haber durado aproximadamente un cuarto de hora; terminado el rosario la visión desapareció.

Bernardita, impresionada, refiere a sus compañeras —que no han visto nada extraordinario, que ni siquiera se han admirado de verla rezando pues conocen su ardiente piedad— el suceso misterioso; pero les prohibe que lo cuenten ni aun a su madre. Las niñas quebrantan su promesa, y pensando que se trate de una ilusión o de algo diabólico los papás prohiben a Bernardita que vuelva a la gruta.

— 5 —

14 de febrero

Las compañeras han hablado.... El domingo siguiente, después de la misa mayor, un grupo de amiguitas obtiene de mamá Soubirous el anhelado permiso. Toman todas las precauciones; llevan agua bendita para ahuyentar la aparición en caso que se trate de un ser maléfico, y hacen repetir por el camino a Bernardita la consabida fórmula, el exorcismo popular: "si vienes en nombre de Dios acércate; pero si te manda el demonio retírate".

Puestas de rodillas delante de la gruta, las niñas comienzan el santo rosario. De repente el rostro de Bernardita se transfigura, su mirada se hace más viva, su boca se entreabre anhelante... "Vedla, vedla", exclama! En efecto, "la bella Señora" estaba de nuevo delante de sus ojos, como en la primera vez. Las compañeras nada ven, pero les basta mirar a Bernardita de ordinario tan humilde, tan insignificante y pequeña, y ahora trasfigurada, iluminada como un espejo que copia una belleza sobrehumana, para saber que no miente.

Una de ellas le presenta el frasco con el agua bendita y le recuerda la fórmula exorcística. La pequeña se levanta, asperja por tres veces, respetuosamente, a la visión presente a pocos pasos de distancia, y, "si venís en nombre de Dios acercáos", le dice; quería agregar, "si te manda el demonio", pero le pareció monstruoso decirlas a un Ser tan amoroso y esplendente de glo-

ria, que al recibir la lluvia de agua bendita ha sonreído y se ha acercado aún más sobre el borde de la roca; y puesta de nuevo de rodillas, Bernardita dijo hasta el fin el rosario "de lo que la Señora mostraba gran complacencia".

— 6 —

18 de febrero

En presencia de la señora Millet y de la señora Peyret se realiza una vez más la entrevista misteriosa, aunque como en las anteriores ocasiones solo visible para Bernardita.

—"Pide a la Señora que escriba en este papel lo que desea", dicen a la vidente sus acompañantes.

—"Lo que Yo debo decirte no hay necesidad que lo escriba", fue la respuesta. "Pero *házme el favor* de venir aquí durante quince días y en cambio Yo te prometo hacerte feliz, no en este mundo pero sí en el otro".

—*Aquero,* os lo prometo, dice Bernardita en su jerga pirenaica, la única que conoce y en la que la "bella Señora" se ha expresado.

Desde entonces y a pesar de la oposición de los suyos que temen por la vida de la pequeña; de los librepensadores y *sabios* del pueblo que la llaman embustera, visionaria, alucinada, cataléptica; de los esfuerzos del Procurador Imperial y del Comisario de policía Jacomet a quienes lo sobrenatural hace reír, la niña fue fiel a la cita. Y la "bella Señora", la hermosísima Dama como ella la llama, con una cortesía que maravilla, que pasma, estaba siempre a tiempo, esperándola...

El diez y nueve de febrero cuenta la niña cómo, durante la aparición, subían del río unos ruidos horribles y se oían voces confusas que le gritaban: "huye, huye, sálvate" ¡Pero la Dama se tornó severa y se hizo la calma!

En la aparición del sábado 20, el éxtasis dura cuarenta minutos; en presencia de cien espectadores, el rostro de la vidente se trasfigura de nuevo y ésta aprende palabra por palabra una oración que le enseña la Dama y que no será divulgada jamás.

En la aparición del domingo 21, delante de una muchedumbre siempre creciente de Lourdes y pueblos vecinos, la niña ha estado triste hasta las lágrimas. "La Señora se ha entristecido y me ha dicho: ruega por los pecadores", explica.

El doctor Dozous, médico escéptico pero honrado, ha venido esta vez para averiguar por sí mismo lo que él cree neurosis y alucinación.

Con gran estupor comprueba que tanto la circulación sanguínea como la respiración de la vidente son perfectamente normales, sin el menor signo de rigidez cataléptica o de persona alucinada y fuera de sentido.

— 7 —

22 de febrero, página en blanco. El Comisario de policía Jacomet ha amenazado a Francisco Soubirous con llevarlo a la prisión si su hija persiste en *fomentar el fanatismo popular.*

El martes 23, impulsada por una fuerza extraña, la joven se sobrepone a todo y recibe de "la bella Señora" tres secretos que ningún poder humano podrá jamás hacerle revelar.

Miércoles 24. El mensaje sobrenatural comienza a precisarse; la niña se vuelve hacia los circunstantes cada vez más numerosos y les dice en nombre de la Dama: "Penitencia, penitencia, penitencia".

El jueves 25, un manantial milagroso brota bajo los dedos de Bernardita, que siguiendo las instrucciones de la Señora, ha cabado un poco en el terreno pedregoso de la gruta; además escucha el siguiente extraordinario mandato: "Bebe y lávate en el agua de esa fuente y come de la hierba que crece vecina; besarás la tierra por la conversión de los pecadores".

Viernes 26, segundo y último día en blanco debido a las astucias y amenazas del célebre comisario de policía Jacomet.

El sábado 27 el éxtasis se prolonga. La Señora parece recogerse y meditar y luego dice: "Vé a decir a los sacerdotes que se debe edificar aquí una capilla".

El domingo 28, rodeada de dos mil personas, Bernardita

recibe instrucciones que no debe comunicar; lo mismo el primero de marzo. Ese día la niña reza con una camándula que no es la suya; la Señora le reclama la propia y la niña la eleva mostrándola. Los circunstantes, en estrecha comunicación de corazones y plegarias, imitan ese gesto...

El martes, dos de marzo, la Señora reafirma sus deseos de que se edifique una iglesia en aquel sitio y añade: "Quiero que se venga a este lugar en procesión".

Jueves 4 de marzo, último día de la quincena de visitas solicitada por la bella Señora. Más de veinte mil peregrinos se han congregado! Hay allí magistrados, campesinos, guardias civiles, médicos, abogados, negociantes; los vistosos uniformes del regimiento de caballería de Tarbes, de la guarnición de Lourdes; los vestidos pintorescos de todas aquellas comarcas allí representadas, esplenden en la pompa de todos los colores a los rayos de un hermosísimo día, increíble en la época del invierno. Se espera un acontecimiento decisivo; que la Visión se identifique, que diga su nombre.

El éxtasis dura más que de costumbre, pero la Dama permanece silenciosa. Quiere que se la reconozca, antes que por el nombre, por sus obras!

A partir del cinco de marzo una nieve abundante reemplaza al espléndido tiempo de los días anteriores; tampoco Bernardita ha vuelto a ver a la bella Señora.

Pero en la mañana del 25, fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen, un impulso irresistible lleva a la niña hacia la roca de Massabielle donde, dulce, luminosa, radiante, la espera la Dama.

La vidente, en el colmo de la dicha, le pregunta por tres veces:

—Señora, tenéis la bondad de decirme quién sóis?

La aparición tenía los ojos levantados hacia el cielo y las manos juntas apoyadas sobre el pecho; a la tercera interrogación de la pequeña, la Señora respondió: "Yo soy la Inmaculada Concepción". Fórmula desusada hasta ese momento en el lenguaje de la Iglesia, totalmente incomprensible para Bernardita y con la cual la Reina del cielo quiso significar que precisamente *por ser concebida sin pecado,* es Ella el prototipo de

la humanidad sin mancilla, tal como salió de las manos del Creador en la aurora del paraíso... Era la solemne confirmación dada por el cielo al dogma que la voz infalible de Pío IX había proclamado cuatro años atrás, el de La Concepción Inmaculada!

— 8 —

Dos veces más recibió aún Bernardita el divino privilegio de ver en la tierra a la Madre sin mancilla: el siete de abril cuando, entre los esplendores del éxtasis, la vidente eleva su mano izquierda hasta la llama del cirio que portaba, y la sostiene allí, la llama entre los dedos, por espacio de un cuarto de hora sin sufrir la más leve quemadura. El doctor Dozous, reloj en mano, pudo seguir todos los pormenores de tan maravilloso suceso.

La segunda y última vez tuvo lugar el 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen; Bernardita había ya hecho su Primera Comunión. La Virgen vino ese día para darle la despedida; la ternura de aquella última sonrisa la acompañará hasta la tumba.

Si leer la vida de un santo en la casa que lo vio nacer; en los sitios testigos de sus milagros, de su bondad, de una vida incomparable de renunciamientos y rigurosa penitencia, es cosa que impresiona vivamente, leer los episodios de los diez y ocho apariciones de Nuestra Señora a Sta. Bernardita al pie mismo de la gruta venerada donde la Madre del Verbo se dignó posar un día la blancura inmaculada de sus plantas; poder rezar como rezaba Bernardita; dejarnos cautivar, nosotros también, por la belleza sobrehumana de esa Señora que "je regardais tant que je pouvais", que yo miraba tanto como me era posible, dirá más tarde la santa, es algo que impresiona y agita y conmueve hasta el anonadamiento del cuerpo y del alma, hasta la voz silenciosa de las lágrimas.

— 9 —

EL POR QUE DEL HECHO DE LOURDES

Mucho más que un fragmento emocionante de la historia religiosa de Francia, Lourdes es una obra divina. De ahí su universalidad, su actualidad permanente e indiscutible...

Y sin pretender desentrañar los inescrutables designios de lo Alto, porque el Espíritu sopla donde y como quiere, lógicamente —si la causa final es la primera en el orden de la intención—, puede afirmarse por las palabras esenciales del mensaje, que la realidad maravillosa de Lourdes tiene por objeto: de una parte, precisar en la mente de los hombres, con hechos sensibles, la misión de María Santísima en la economía de la salvación universal; destacar su papel de Mediadora entre Dios y los hombres, ya simbolizado en las apariciones a Sor Catalina Labouré en la capillita de París; restaurar al lado de Cristo Mediador cuanto el pecado del hombre ha destruído; restablecer el orden, la justicia, la santidad y la paz.

De otra parte, *el hecho de Lourdes* tiene por objeto demostrarnos con la vida fulgurante de la hija del molinero Soubirous —que del ser más insignificante y pequeño se levanta y se crece, y se hace mensajera de la Virgen, y va hasta la vocación religiosa, hasta la crucifixión mística, hasta la cooperación redentora en que se inmola diariamente con el martirio del corazón y del cuerpo por la conversión de los pecadores, hasta los altares donde ha llegado a ser por la voz infalible del Pontífice "modelo de perfección universal"— de lo que es capaz la más insignificante y pequeñita de las criaturas según el mundo cuando dice *aquero* al llamado divino, cuando se entrega plenamente en las manos de María!

—*—*—

Tal es a nuestro humilde entender el intrínseco sentido de Lourdes, la razón sobrenatural de su dinamismo.

Desde este punto de vista, es evidente y claro que la fuente milagrosa aparecida al pie de los Pirineos desciende por medio de misteriosas infiltraciones de la montaña del Calvario; del río inmenso de caridad y de gracia que empezó a correr, veinte siglos hace, cuando María nos fue dada por Madre y cuando la lanza del centurión se entró providencialmente por el costado de Cristo...

Y más preciosa infinitamente y abundante que aquella agua de Lourdes que cura los cuerpos, la sangre divina del Cordero inmolado diariamente en los innumerables altares del santuario merced a las apariciones de la Virgen y a la fiel cooperación de Bernardita, no ha cesado de correr en beneficio de las almas y de llevar nuevos creyentes a los brazos amorosos de Jesús, el único que es para todo ser humano el Camino, la Verdad y la Vida.

— 10 —

EVIDENCIA DE LAS APARICIONES

Que la Reina del cielo se haya dignado, en verdad, aparecerse en la gruta de Lourdes, es algo que ya nadie se atreverá a poner racionalmente en tela de juicio. Todas las objeciones pierden su fuerza delante de este hecho extraordinario, evidente, incontrastable.

En plena época racionalista; cuando creer en Dios, en lo sobrenatural, era un signo de manifiesta ignorancia o de desequilibrio de la mente, la Virgen Santísima, en el país más afectado por el morbo del siglo, se busca la más desheredada y débil de las criaturas para que la insignificancia humana del instrumento haga resplandecer aún más la paradoja del efecto obtenido, y le encomienda una misión:

—"Vé a decir a los sacerdotes que se debe edificar aquí una iglesia. Quiero que se venga a este lugar en procesión".

Y contra todas las prevenciones humanas, el eco de ese

mensaje trasmitido al mundo por una niña débil, enferma, iletrada, repercute más allá de los mares y tiene tales resonancias en los corazones de los hombres, que las muchedumbres se ponen en seguida en movimiento hacia la roca de Massabielle; movimiento irresistible que los años no harán más que desenvolver y aumentar.

Y contra todas las prevenciones humanas, la montaña pirenaica se humilla y se abaja para dar paso a esa otra montaña de piedra y de mármol, a ese prodigio de estilo gótico de las tres iglesias superpuestas.

En realidad el dedo de Dios está allí, no puede ser más manifiesto! Dios elige lo débil según el mundo para confundir al poderoso, había dicho diez y ocho siglos antes el Apóstol.

De qué manera la mano de una niña que ha levantado esas murallas de granito y ha puesto a andar esas muchedumbres incontables, pudo realizar semejante prodigio si allí no había más que alucinación o fanatismo popular?

Otra señal de las obras divinas es la oposición soterrada o manifiesta del demonio. La vidente la ve surgir desde la cuarta aparición: "huye, huye, sálvate", dicen las voces que suben desde el Gave, en medio de sonidos horribles; "pero la Señora se tornó severa y las voces cesaron".

Y quién no ve en aquella oposición irreductible de las autoridades públicas; en aquel cercar los dominios de la gruta de guardias civiles, de tropas de infantería y de gendarmes a caballo; en aquel levantar barricadas que impidiesen el acceso de los fieles, la obra del espíritu de las tinieblas?

Por lo demás la Iglesia, la único autoridad competente cuando se trata de lo *sobrenatural,* ha dicho ya sobre el hecho de Lourdes la última palabra.

Después de un largo período de espera; de cuatro años de prudentes, serias y minuciosas investigaciones, Su Señoría Ilustrísima Mons. Laurence, obispo de la Diócesis, hablaba oficialmente: Declaramos que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, ha realmente aparecido a Bernardita Soubirous el 11 de febrero de 1858 y días siguientes, por espacio de diez y ocho veces en la gruta de Massabielle, cerca de la población de Lourdes; que estas apariciones revisten *todos los caracteres de verdad,*

y que los fieles pueden fundadamente tenerlas por ciertas".

Sin confundir los órdenes; sin erigir en dogma de fe un acontecimiento histórico que no pertenece al depósito de la Revelación, todos los Sumos Pontífices han corroborado, desde entonces, la enfática declaración del obispo de Tarbes.

— 11 —

Pero si esto no bastara, para confirmar la evidencia del hecho de Lourdes están los millares y millares de peregrinos que desde 1858 en adelante no han cesado de renovarse al pie de la gruta, lugar de cita para los católicos del mundo, punto de convergencia de la piedad universal. Según las estadísticas oficiales, a dos millones asciende el número de peregrinos arribados en el año de 1948, y a 320 el de los trenes especiales, los famosos *trenes blancos,* destinados solamente al trasporte de enfermos.

Están los prodigios de un agua, tan pequeñita cuando surgió bajo los dedos de la santa que la tierra la absorvía, y que hoy suministra regularmente 122.000 litros diarios de agua purísima.

Y el milagro permanente de las piscinas!

El extraño poder de esta agua helada, a doce grados, en la que los análisis químicos no han podido encontrar nada extraordinario, pero cuya increíble potencia germicida y curativa está allí, siempre a la vista de todos, visible y tangible!

Por las mismas bañeras de piedra; por la misma agua contaminada y helada, pasan día a día centenares y miles de enfermos, con todas las enfermedades y todas las miserias, no pocos de ellos cubiertos de llagas insufribles, y los cientos de personas sanas que quieren honrar a la Madre con un acto de fe y obedecer a sus palabras: "bebe y lávate en el agua de esa fuente", sin que jamás se haya registrado un solo caso de congestión o de contagio.

"Ninguna infección se produce, ninguna enfermedad se contrae; y cuando el enfermo no se cura, tampoco se agrava", dice textualmente al respecto el informe del B. C. M., Bureau des Constatations Medicales" de Lourdes.

Están los prodigios de caridad de los *Brancardiers* y las *Damas hospitalarias,* esas dos grandes instituciones, verdadera Orden de Caballería moderna, destinadas a servirles de manos y pies a esos pobres despojos humanos que llegan en busca de salud, incapaces los más del menor movimiento espontáneo.

Y sobre qué horrores se posan los ojos, sobre qué miserias se llegan amorosas las manos de estos héroes vencedores de sí mismos que sin una crispación en sus rostros, sin un gesto de impaciencia o desagrado, se entregan a su obra un día tras otro, de manera natural, sin afectación, con una piedad y serenidad ultraterrenas.

Están las enormes, indescriptibles *Procesiones con el Santísimo Sacramento,* cuando Nuestro Señor va visitando a su pueblo, haciendo el bien, bendiciendo uno a uno a sus hijos dilectos, los enfermos, los que sufren; y en el curso de las cuales se realiza la mayor parte de los milagros en los cuerpos y en las almas...

Las increíbles *Procesiones del Rosario,* a la luz de las antorchas y de los poderosos reflectores que, con las aguas en llamas del Gave, el río incandescente de las muchedumbres con antorchas que van y que vienen, los monumentos resplandescientes, los árboles y los edificios iluminados que se crecen y se tornan poderosos, inmensos, nos hace pensar en una de aquellas visiones que ni ojo vio ni oído oyó de que nos habla San Pablo; tal es su majestad e indecible belleza!

Están las funciones en la gruta.

Está la *atmósfera espiritual* en que se sumergen los enfermos. La mayor parte ha llegado a Lourdes a costa de inmensos sacrificios pecuniarios, de los más vivos e indecibles padecimientos morales y físicos; pasan los días y las noches en ardientes y encendidas plegarias; pero si la voluntad de N. Señor es la de que continúen por el mismo camino, "asociados a su obra de la salvación de las almas por medio del sufrimiento", el enfermo lo recibe con gusto, sin desfallecimientos en la fe, antes bien

con el gozo de una fortaleza extraordinaria que antes le era completamente desconocida.

Y está, finalmente, esa exposición única en el mundo, de que ningún otro museo así se llame El Louvre, El Prado, El Vaticano, puede hasta ahora orgullecerse: "L'Exposition des Miraculés", y donde solo se dan al conocimiento del público curaciones rigurosamente controladas, científicamente inexplicables, reconocidas como tales después de los más severos y minuciosos estudios del Bureau des Constations Médicales, formidable institución abierta a todos los médicos del mundo sin distinciones de razas ni de creencias.

— 12 —

En verdad, Lourdes es la ciudad del milagro!

Delante de la gruta, perdido como un átomo entre las incontables muchedumbres que cantan, quebrada la voz por la más honda emoción religiosa:

"Sur cette colline, Marie apparut",

Sobre esta colina, María apareció,

el simple espectador, el peregrino, quienquiera que sea, se ve obligado a exclamar que ha llegado a un sitio, el único en el mundo, donde lo sobrenatural deja de ser invisible, donde la realidad supera a cuanto pueda soñar jamás la imaginación.

Solo la Roma del "Año Santo" de mil novecientos cincuenta, podría comparársele; con la diferencia de que la realidad misteriosa y aplastante de Lourdes es diaria...

Como Jerusalén, como Roma, Lourdes es un lugar de cita para todos los católicos del mundo; allí se respira, viva y potente, la fe de los primeros tiempos. Es como un gran fuego encendido en la montaña de la vida por las manos divinas de María y las pequeñitas y humanas de Bernardita Soubirous, para servir de reparo y de guía a las almas ateridas, indiferentes o escépticas de los últimos tiempos.



Castillo de Chambord

Solitario y silencioso en medio de su inmenso parque, Chambord evoca el recuerdo de las fiestas brillantísimas que allí daban los reyes de Francia.

El Cementerio del Pere Lachaise

(Julio de 1.951)

— 1 —

Con una extensión aproximada de cuarenta y siete hectáreas, esta vasta necrópolis —la más grande de París y la más visitada— es en primavera y en verano un inmenso parque sombreado por grandes árboles, cuyos troncos rugosos tienen el mismo color y las mismas vetas sinuosas de los peñascos centenarios o de los viejos mausoleos que vemos por doquier.

En su recinto poblado de muertos ilustres, cada tumba por modesta que sea, cada monumento, es un libro abierto evocador del pasado glorioso de Francia, de ese País maravilloso que desde los más remotos siglos no ha cesado de irradiar civilización y cultura hacia todos los lugares de la tierra. He ahí, precisamente, en lo que radica el encanto fascinante del venerable cementerio, cuyas interminables avenidas hemos empezado a recorrer en esta mañana soleada de julio.

Entre la entrada principal y la capilla, alegra la vista una amplia avenida de hermosos *parterres* con monumentos a ambos lados, entre los cuales recordamos el de la familia Rochefoucauld; Francisco Arago, uno de los más grandes sabios del siglo XIX; Auber, el compositor de la 'Muette de Portici'; Víctor Cousin, filósofo, orador y escritor muerto en 1867; Visconti, el ar-

quitecto de esa fábrica inmensa que fue el antiguo palacio de Las Tullerías, hoy museo del Louvre, y la tumba donde reposaron por espacio de varios años los restos del gran compositor italiano Rossini, trasladados luego a la iglesia de "Santa Croce" en Florencia.

—*—*—

Viene luego la tumba de Alfredo de Musset:

El fino perfil griego del poeta, sus ojos insondables, su amplísima frente, han sido exquisitamente bien logrados en el busto en mármol, obra de Barre, que preside el sencillo monumento. Un sauce que sombrea la tumba, plantado en 1942, es la respuesta al deseo del vate expresado en su canto a "Lucía":

"Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un saule au cimetiére.
J'aime son feuillage éploré;
La paleur m'en est douce et chére,
Et son ombre sera légére
A la terre oú je dormirai".

"Id a plantar al camposanto
un sauce, amigos, cuando muera;
amo su dulce y tierno encanto,
amo su aspecto doloroso,
y su sombra será ligera
y hará más grato mi reposo" (1)

En la parte posterior del monumento pueden leerse estas estrofas, fruto igualmente de la inspiración de Musset:

"Rapelle toi, quand sous la froid terre
Mon ceur brisé pour toujours dormirá;
Rapelle-toi, quand la fleur solitaire
Sur mon tombeau doucement s'oubrirá.
Je ne te verrai plus; mais mon ame inmortelle

(1) Versión de Fernando Maristany.

Reviendra prés de toi comme une soeur fidele.

Ecoute dans la nuit
Une voix qui gémit;
Rapelle toi".

"Espero no me olvides, cuando en la fría losa
mi corazón se rompa tras la mortal fatiga;
recuérdame, te ruego, cuando una flor piadosa
abra sobre mi sueño final su sombra amiga.
Ya no te veré entonces, pero mi alma inmortal
regresará a tu lado con amor fraternal.

Y en la nocturna hora
acuérdate, al vibrar
un acento que llora". (1)

— 2 —

Desde la plazoleta de la capilla (2) se descubre una magnífica vista sobre París y sus cercanías.

Por entre la fina franja de bruma de las mañanas parisinas que el sol dora y disipa a su paso, dominándolo todo, los principales monumentos de la urbe van surgiendo iluminados como faros... Símbolos unos de la piedad proverbial de la católica Francia, he ahí la armonía de piedra blanca de "Notre Dame", maravilla del arte gótico levantada en el propio corazón de la ciudad. Ese otro milagro de arquitectura de torres levísimas, estilizado como una plegaria, es la "Santa Capilla" de San Luis. Esa fábrica inmensa construída sin mezquindades que hace pensar en las maravillas del Arca, en el templo de Salomón, en los esplendores del culto en las mejores épocas de la

(1) Versión del Pbro. D. Antonio J. López.

(2) Histórico sitio desde el cual Luis XIV, en la época de "La Fronda", presenció el combate trabado entre la fuerza real al mando de Turena y la de los príncipes sostenida por Condé.

Iglesia, es el "Sacré Coeur" de Montmartre, monumento de la piedad universal al Sagrado Corazón de Jesús. He ahí también las torres de San Sulpicio, de la Magdalena etc.

Símbolos otros de un pasado glorioso en hechos de armas, en hombres de letras, ved allá el reflejo de bronce de la cúpula de "Los Inválidos" donde duerme su último sueño Napoleón Bonaparte. Aquel es el Arco del Triunfo; aquellos otros, La Sorbona, la Torre Eiffel, el Panteón, postrer morada de Rousseau y de Voltaire, de Víctor Hugo y de Emilio Zolá.

Algunos de estos monumentos están ligados entre sí por un hilo conductor que es como el alma secreta de París y que recibe el nombre de "El Sena". Imponente, majestuoso, más se adivina que se ve correr el inmenso caudal de sus aguas que, como las del Tíber en Roma o el Támesis en Londres, saben de todas las tragedias de las ciudades populosas: enfermedades incurables, amores truncos, largas vigilias en las heladas noches de invierno sin pan y sin techo, que finalizan para las pobres gentes sin fe bajo las aguas sugestivas y falaces de estos ríos famosos...

— 3 —

Pero no interrumpamos nuestra marcha.

Aquí, en la quinta división, podremos ver el templo en granito de Lebrun, colega de Bonaparte en el Consulado.

En la sección destinada a cementerio israelita, las tumbas de la gran trágica Raquel y del millonario Rothschild.

En el mismo ángulo sudeste del Pére Lachaise se encuentra el mausoleo de Abelardo y Heloísa: bajo un dosel de estilo ojival aparecen las estatuas yacentes de ambos amantes, una antigua lápida borrosa y una leyenda en francés: aquí reposan las cenizas de Abelardo y Heloísa.

En la octava división, el naturalista Cuvier muerto en 1832; en la novena, Paul de Saint Victor, cuyo labrado estilo —especialmente en "Las dos carátulas"— parece tener la feliz culpa de cierto detonante greco-latinismo. En la once, entre otros, Les-

cueur, compositor y maestro de Berlioz; Bernardino de Saint-Pierre, el crítico Laharpe y Chopin.

En la vigésima quinta división, sobre una diminuta plazoleta con verjas de hierro, las dos sencillas tumbas de los escritores ilustres, príncipes de la Comedia francesa, La Fontaine y Moliere, trasladados allí en el año de 1804.

No lejos, en la vigésima sexta división, descansa en el Señor Alfonso Daudet. Un modesto pero bello monumento guarda las cenizas del notable escritor muerto en 1897: la cabeza en bronce, una columna en mármol rodeada de hojas de laurel en las que están escritos los nombres de esas obras maestras de observación, de emoción y poesía brotadas de su pluma, y además este sentido pasaje de la Imitación que resume los últimos días de Daudet: "Et plus son corps est affaibli par la souffrance, plus son esprit se fortifie par la grace interieure", a medida que el cuerpo se debilita por el sufrimiento, el espíritu se fortifica por la gracia interior.

En las divisiones 27, 28 y 29, el general Hugo, padre de Victor Hugo, el mariscal Ney, Benjamín Constant y el naturalista Geoffray Saint-Hilaire.

En las divisiones cuarenta y ocho a cincuenta y seis, Honorato de Balzac y Eugenio de la Croix, el más notable entre los pintores románticos; el historiador Michelet y Luis David, ilustre pintor jefe de la Escuela Clásica.

De las siguientes divisiones —y conste que son más de ciento con no menos de cincuenta mil tumbas, mausoleos y lápidas sepulcrales—, mencionaremos entre los personajes más ilustres, para no hacernos interminables, a Bizet, el célebre compositor autor de "Carmen"; Villiers de L'isle Adam, uno de los más grandes nombres del simbolismo; Abadie, el arquitecto del "Sacré Coeur"; el poeta y novelista Enrique de Regnier, y el Padre Rousselot, fundador de la fonética experimental.

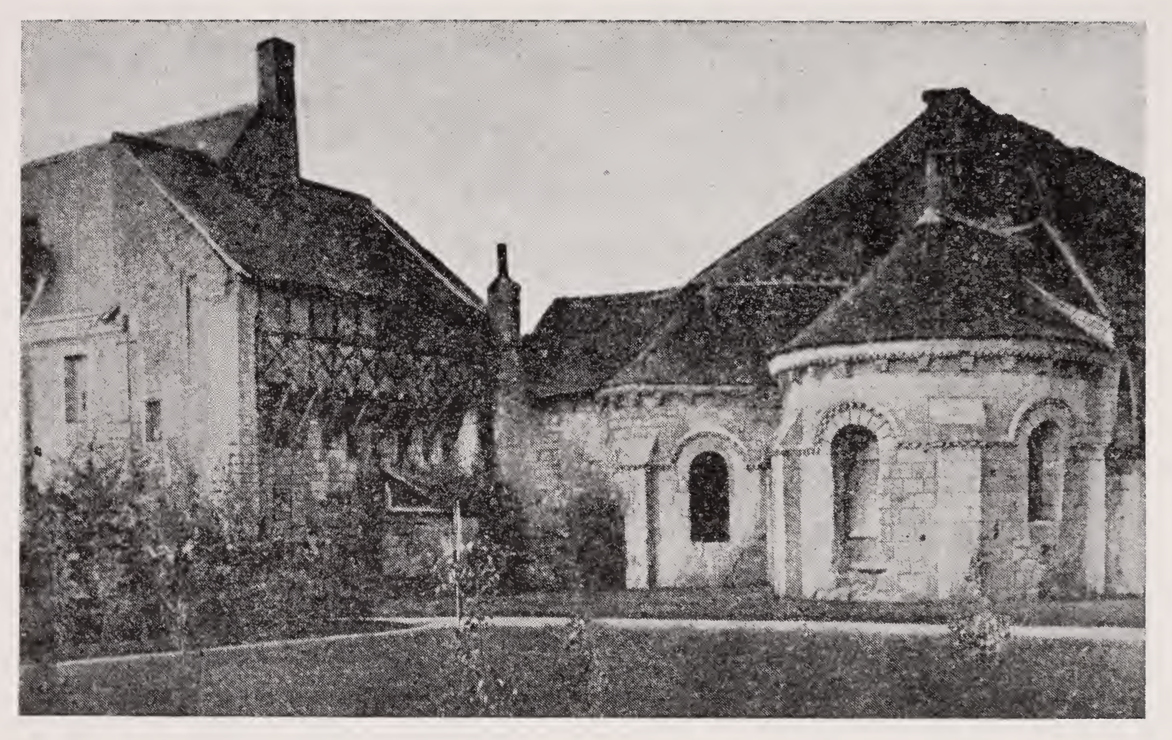
En la octogésima nona división pueden visitarse las tumbas de Oscar Wilde, muerto en Francia en 1900 y de Juan Moréas, el dulce cantor griego de los sentimientos humanos, en cuya lápida hubiéramos querido dejar grabado aquel significativo verso suyo que sin énfasis resume la brevedad de la vida que se fuga:

"C'est beaucoup et c'est l'ombre d'un reve".
Es mucho, y es tan solo la sombra de un sueño.

Desde el punto de vista artístico, el cementerio del "Pére Lachaise", de antiguos monumentos uniformes patinados por la mano implacable de los siglos, ciertamente no puede compararse con otros cementerios de renombre —el de Génova, Italia, por ejemplo— apoteosis del mármol, donde cada tumba es una obra exquisita de arte, como si se tratase de un museo más de los muchos de que se enorgullece la capital de la Liguria.

Pero vaga por sus sendas, ya lo hemos visto, tal cantidad de sombras ilustres, que cada tumba por modesta que sea, cada monumento, es un libro abierto evocador del pasado glorioso de Francia!

He ahí, exactamente, en lo que radica el encanto fascinante del viejo cementerio cuyas inmensas avenidas hemos acabado de recorrer, el santo rosario entre las manos, en esta mañana soleada de julio.



Abadía de Saint-Come en el corazón de esa Turena donde el gran Ronsard quiso vivir y descansar para siempre.

La Turena: el "Jardín de Francia"

(Castillo de "La Gagnerie", Semblancay)

Agosto de 1951

— 1 —

Tierra de claridad, de mesura y armonía en cuyos horizontes encuentra Descartes la regla de oro para fijar su pensamiento, La Turena no deslumbra al viajero que la contempla por primera vez y que lleva todavía cargadas las pupilas con la belleza tumultuosa de otros lugares de turismo.

Y sin embargo, según las estadísticas oficiales, no hay después de París y Lourdes otra región tan visitada en toda Francia por propios y extraños.

Qué filtro misterioso contiene entonces ese rincón privilegiado; de qué elementos esenciales está hecha la tersura de ese sol, la hermosura de esa tierra "molle e lieta e dilettosa", según la fórmula de Tasso, que la convierte para quienes saben comprenderla en nuevo Paraíso, en tierra prometida?

Débese posiblemente a que La Turena, provincia eminentemente francesa, alcanza sin esfuerzo una difícil perfección: la de agradar por los medios más discretos!

Sin la gama estruendosa de nuestros amaneceres u ocasos de los trópicos, la luz que la baña de una luminosidad incomparable se viste en los confines de un delicioso velo de vaporo-

sas nubecillas que dan a las lejanías tonalidades al pastel.

Sin cimas de volcanes, sin crestas de montañas gigantescas, la grata variedad de sus praderas y colinas concatenadas las unas a las otras como las partes bien ordenadas de un discurso, imprime a los paisajes turenenses la justa medida humana que los hace a nuestros ojos vastos sin inmensidad, cordiales sin inquietud, sin deslumbramientos ni opresión.

Todo allí es clásico como un verso de Racine; todo se ordena en ella a satisfacer el alma bañándola de una tranquila, dulce y pura plenitud. Su medida y armonía, reflejada de súbito en nosotros, calma las fiebres y limita los anhelos, reduce los acontecimientos a sus justas proporciones, cura los nervios y aleja los delirios. Su voz limpia y desnuda como una gota de agua dice siempre a nuestro oído la vanidad de todas las cosas de la tierra.

Cómo sorprenderse entonces que tantos escritores célebres desde Pedro de Ronsard, el príncipe del renacimiento literario francés, hasta Anatole France, Maeterlinck, León Daudet, Henri Bergson, hayan venido aquí a fijar sus tiendas y a establecer, como en el caso de France y de Ronsard, una morada para siempre?

— 2 —

Pero la Turena, reputada por la dulzura de su clima y la luz suave y tamizada de su cielo, es algo mas que alegría de los ojos y sedante cordial para los nervios; visitarla es revivir un pasado glorioso!

Camino abierto a los hombres de armas, esta provincia sabe ya, desde los amaneceres de Francia, de los hechos legendarios del rey Clodoveo, y de Carlos Martel quien detiene a su vera las invasiones de las moros.

A todo lo largo del Loira y sus afluentes que se deslizan por sobre finos lechos de arena sombreados de sauces de prodigiosas cabelleras, una serie interminable de ricas y fastuosas mo-

radas, de castillos feudales y de la época del renacimiento, lanzan hacia el cielo con la gallardía de un surtidor de agua luminosa sus torreones y fachadas. Son las antiguas residencias de reyes y señores, de personajes cuya memoria y cuyos hechos se identifican con los propios anales de la historia.

Aquí, sobre las riberas del Viena, el viejo y semiderruído castillo de Chinón —reliquia de la Edad Media— relata en lenguaje de piedra episodios de la guerra de los cien años y muestra las huellas dejadas en él por tres grandes maestros en el arte de las fortificaciones: Enrique Segundo y Ricardo Corazón de León, reyes de Inglaterra, y Felipe Augusto, rey de Francia. Aún puede visitarse la torre del homenaje, de cuatro metros de espesor, donde se alojara Santa Juana de Arco.

Hacia el noroeste, el castillo de Amboise (época galo-romana y Edad Media) ilustra una página de la historia del Renacimiento y guarda con fidelidad en sus salas reales la memoria de Luis XI y Carlota de Savoya, de Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, el rey caballero, en cuyos días la arquitectura y ornato del castillo alcanzan la mayor perfección bajo el cuidado vigilante de Leonardo de Vinci.

Esa inmensa construcción que se levanta más al sur es Chenonceaux. A mediados del siglo XVI una corte elegante animó las salas, ahora silenciosas, de este castillo bajo el reinado de Catalina de Médicis. Por él desfilaron también en su día Francisco Segundo y la desventurada María Estuardo que vivió en la Turena los únicos días de dicha de su trágica y breve existencia.

No lejos de las aguas rumorosas del Loira, Langeais, plaza fuerte situada en plena población sobre un promontorio, es una poderosa fortaleza feudal con almenas, foso, torre del homenaje y puente levadizo, levantada por Luis XI para defender a la Turena de las frecuentes incursiones de vecinos levantiscos ansiosos de botín y de conquista.

— 3 —

La Turena es, finalmente, un relicario de las letras francesas!

Cuna de Descartes, de Alfredo de Vigny, de Rabelais y de Balzac, la patria del "beau parler" no ha cesado de ejercer a través de los siglos una verdadera atracción espiritual sobre los escritores más destacados de la época; ya hemos mencionado algunos de ellos.

Hace tres siglos, Racán, discípulo predilecto de Malherbe, abrumado por la fuga inevitable de los años, saluda en la campiña turenense el abrigo delicioso

"Ou commence mon repos
Et finit mon tourment".

Donde empieza mi reposo
y tiene fin mi tormento.

Cincuenta años antes que él, el gran Ronsard, desengañado ya de las cosas de la tierra que tan tremenda fascinación ejercieran sobre su espíritu en los años mozos, da el adiós definitivo a las vanidades de la Corte, y en el retiro silencioso de la isla de "Saint-Come" repara los pasados extravíos y cultiva, al par que el jardín exquisito de las musas, las flores de su huerto.

A la sombra de su árbol favorito, ese

"Pin dont le chef étend son vert feuillage
Sur mon jardin et dessus mon bocage",

ese pino cuya copa extiende su verde follaje sobre mi jardín y por encima del boscaje, —con el breviario entre las manos alargadas y finas—, el célebre corifeo de "La Pléyade" fija los ojos en el ligero trazo de alas que palpitan sobre su cabeza, o en la dulce claridad que se filtra entre las ramas.

Pero su espíritu está ya todo embebido en el pensamiento del *más allá* porque:

"Tout est mortel, tout vieillit en ce monde.
L'air et le feu, la terre mére et l'onde,
Contre la mort resister ne pourront,
Et vieillissant, ainsi que nous, mourront".

Todo es mortal, y todo lo invade la vejez.
Madre tierra, aire, fuego y piélago, a su vez
Contra la muerte en vano queriendo resistir,
caducos, cual nosotros, también han de morir. (1)

Y allí en Saint-Come, a pocos pasos de "La Bechellerie" donde cuatro siglos más tarde Anatole France habría de morir como había vivido, en el duro madero de la incredulidad y de la desesperanza, el buen Ronsard, tranquilo y resignado porque

"On ne meurt pas, on change seulement",

No morimos, cambiamos solamente,

recibe los santos Sacramentos, da públicamente gracias al Señor "que por medio de los sufrimientos me ha despertado a la vida de la gracia" —son sus propias palabras—, y entre las oraciones de los monjes entrega al Criador el viernes 27 de diciembre de 1585 su alma purificada por el arrepentimiento.

Su cuerpo reposa contra el muro, al lado del Evangelio, en la humilde iglesita de Saint-Come, escogida por el poeta como su última morada, a la orilla de las aguas rumorosas del Loira y entre los armoniosos y nobles paisajes turenenses.

(1) Versión del Pbro. Antonio J. López.

TERCERA PARTE

Estampas Españolas



Santuario de Loyola

EN EL PAIS DE SOTILEZA

(Santander, Septiembre 1 a 5 de 1951)

— 1 —

Debo declarar, para ser sincero, que entre los sitios que con más vivo interés deseaba conocer en la madre Patria, se encuentra la Provincia de Santander y, en especial, su ciudad capital.

—Pero por qué precisamente Santander, en una nación donde existen ciudades que se llaman San Sebastián, la "tacita de plata de España", Vitoria, señorial y apacible, Bilbao, pujante y segura con sus grandes industrias, en las Provincias Vascongadas; Burgos, Avila, Segovia o Salamanca, la de rancia tradición universitaria, en Castilla la Vieja; Madrid o Toledo en Castilla la Nueva; Oviedo o Gijón con los centenares de pueblecitos marinos que se cuelgan, seductores y risueños, a todo lo largo de la costa asturiana; Sevilla, Córdoba o Granada en la parte meridional de la Península, la sin par Andalucía?

En realidad no sabría dar a esta pregunta una respuesta precisa. A no ser que la asidua lectura de los bellísimos cuadros locales de "Peñas Arriba", "Sotileza", "La Puchera", "El sabor de la tierruca", "La Leva" etc., que dieron al insigne costumbrista don José Ma. de Pereda renombre universal, me hubiesen familiarizado con aquellos paisajes de grandiosa y selvática belleza, con la música de sus acantilados y rompientes, con el a-

sombroso panorama de la bahía y de las montañas de la cordillera Cántabra y con el carácter de sus gentes.

Quizás se deba también, no estoy seguro, a que trataba de comprobar a mi manera en aquel preciado rincón de la antigua Cantabria, 'la tierra en que nací —nos dice el eximio polígrafo Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo— y cuya nostalgia siento de un modo más enérgico e invencible a medida que pasan los años y las vanidades mundanas se disipan" (1), la veracidad de las célebres teorías de Hipólito Taine según las cuales ningún genio puede librarse en la producción de su obra de arte de la influencia del medio y del ambiente.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que en la capital de la Montaña, en aquella típica ciudad de mar acogedora y sonriente, no fui un extraño; y en las calles y plazas o al doblar de una esquina, entre aquella balumba de elementos de ciudad modernísima, no dejé de encontrarme con cosas y aun con personas que me eran familiares; con antiguos conocidos en un mundo forastero.

Allí estaban, por ejemplo, y bien visibles desde la ventana de mi hotel, haciendo diabluras en los muelles sin jamás hartarse del olor del agua salada ni del tufillo seductor de las carenas, los *Muergos, Coles y Sulas,* dignos sucesores de aquellos pillastres, visitantes asiduos del *Muelle-Anaos* y de la *Maruca,* que el heroico *Pae Apolinar* trataba aunque inútilmente de desasnar...

Y por los lados del "Puerto Chico", entrando o saliendo de las lanchas que se mecen juguetonas sobre el lecho de una mar verdosa y fosforescente, los nuevos sustitutos de aquellos santanderinos "los del acento en la dicción pausada, el gesto ceñudo sin encono y aquel ambiente salino en la persona, en la voz, en los ademanes y en el vestir desaliñado" de aquel pequeño pueblo de Santander, pueblo de héroes, que con tanta nostalgia nos describe Pereda en la inigualada prosa de su gran novela "Sotileza".

Allí estaban también, en frente de ese inmenso mar Cantábrico tan suyo porque nadie le ha cantado como él, los im-

(1) Palabras de Dn. Marcelino en la sesión necrológica dedicada a Pereda en Madrid el 25 de abril de 1906.

perecederos recuerdos del maestro: la casa en que vivió la mayor parte de su vida, y el expresivo monumento dedicado por Santander a su inmortal cantor e inaugurado el 23 de enero de 1911, con discurso a cargo de Menéndez Pelayo, en uno de los más bellos paseos de que se ufana la ciudad: "el paseo de Pereda". Sobre una pirámide de piedras toscamente labradas y festonadas de yedras, y por cuyos flancos, artísticos alto-relieves en bronce reconstruyen escenas de sus mejores novelas, se alza la figura del inmortal novelista atento el oído a los rumores de lejanas rompientes y listo a trasladar a las cuartillas el fruto de su inspiración.

Y sobre el terraplén de antiguas ensenadas arrebatadas al mar en un titánico esfuerzo de expansión, de vitalidad y de progreso, la espaciosa, elegante y evocadora "Rampa de Sotileza", por la cual se llega al Paredón de la calle alta donde el "Cabildo de Arriba" celebraba sus sesiones, las al aire libre cuando el tiempo lo permitía; que si no, allí estaba la taberna del tío Sevilla, tan famosa para los callealteros como la *Zanguina* para los mareantes santanderinos del Cabildo de Abajo.

— 2 —

Desaparecido casi en su totalidad el viejo Santander, a lo cual no fue extraño el pavoroso incendio de febrero de 1941, que arrasó hasta sus cimientos la vida de 37 calles con 370 habitaciones de familia, todo lo que subsistía de las dos vetustas pueblas medioevales, el Santander de hoy, ciudad de soberbios edificios, hermosos paseos, modernos bulevares y activo comercio terrestre y marítimo, está proclamando muy en alto que no se trata allí de una población detenida en el tiempo, resignada a un vivir íntimo y sosegado, sino de una de las más renombradas capitales europeas poseída de un vigoroso afán de expansión y vitalidad!

Santander es la obra de una raza que causa admiración aun dentro de España, porque ha sido capaz de enfrentarse victoriosamente a esos dos grandes monstruos desatados, el fuego y

el mar hasta vencerlos: Al mar para arrebatarle, no solo las riquezas que éste guarda en la asechanza de sus senos misteriosos, sino las inmensas extensiones que el crecimiento urbano y el afán expansionista han ido exigiendo para levantar una ciudad sobre un territorio artificial robado al mar. Y al fuego, personificado en la explosión del "Cabo Machichaco" y en las apocalípticas jornadas de 1941 cuando desaparecieron para siempre tantas cosas que cantaban líricamente en el corazón de los *pejinos*.... Y del fuego y del mar, estos dos grandes enemigos del hombre en todas las latitudes, hicieron los santanderinos sus aliados y los factores decisivos en el engrandecimiento progresivo de su amada ciudad.

De esa ciudad intensamente cristiana que se ampara bajo el patrocinio de los dos gloriosos mártires Emeterio y Celedonio, y donde sus habitantes, celosos de su abolengo y poseedores de gloriosos recuerdos y hermosas tradiciones, ven deslizarse su vida entre el azul del cielo y del mar y el verde del paisaje montañés infinito en sus tonos, salpicado frecuentemente por la pincelada cenicienta de las viejas casonas señoriales con sus nobles fachadas y escudos heráldicos.

De esa ciudad con playas como la del "Sardinero", encanto de propios y extraños; con el palacio real de "La Magdalena"; con paseos como las avenidas de "Alfonso XIII", "Calvo Sotelo", "La reina Victoria", "Menéndez Pelayo", "Pérez Galdós", "Los infantes", "Las dos Alamedas", etc.

— 3 —

Cuna de una larga tradición cultural nutrida con numerosos nombres ilustres, no es extraño que de una raza semejante hubiesen brotado para pasmo del mundo figuras tales como don José Ma. de Pereda, Juan de Herrrera el arquitecto del Escorial, y don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Celosa, amorosamente, como un relicario de íntimos recuerdos, guarda la ciudad a espaldas de la "biblioteca Menéndez Pelayo" de la que está separada por un evocador jardinci-

llo que tiene todo el carácter de la época— la casa del sabio enclavada en la calle de Gravina.

Una lápida en la fachada de la puerta principal dice textualmente: A la gloriosa memoria de D. Marcelino Menéndez Pelayo y a la de su hermano el poeta D. Enrique —Que vivieron y murieron en esta casa— la Sociedad de Menéndez Pelayo dedica este recuerdo. XIX de mayo de MCMXXVII.

Llama la atención del visitante el buen sentido y la escrupulosidad con que los santanderinos han sabido respetar la antigua disposición de habitaciones y mobiliario, como cuando vivía don Marcelino. Allí puede verse el comedor familiar, sobre cuya mesa y al calor de la vieja chimenea escribió el sabio varias de sus más famosas obras; el sencillo aparador que soportó el leve peso de la primera biblioteca del futuro maestro con los treinta y cuatro volúmenes que la componían; la sala con la iconografía de familia; la habitación donde entregó su alma a Dios, y todas y cada una de las dependencias familiares saturadas de recuerdos personales del genio, sin excluir el famoso baúl donde guardaba aquella inestimable correspondencia, hoy en varios epistolarios de difícil consecución, con los que se ha enriquecido y no poco la bibliografía española.

— 4 —

No podía faltar tampoco en aquella ciudad agradecida y orgullosa de haber sido cuna de una de las más puras glorias de España, el monumento al sabio y al maestro. Es una magnífica escultura tallada en piedra blanca, obra de D. Mariano Benlliure, y en la que el polígrafo inmortal aparece sentado, erguida la noble y poderosa cabeza en la que la frente, amplia y despejada, despide la luz de sus geniales ideas.

Una placa en bronce recoge, al pie de la estatua, la disposición testamentaria por medio de la cual D. Marcelino legó a su amada ciudad lo que era para él más entrañable en sus bienes personales: sus libros. "Por gratitud a la ciudad de Santander, mi patria, de la que he recibido durante toda mi vida tan-

tas muestras de estimación y cariño, lego a su Ayuntamiento mi biblioteca, conjuntamente con el edificio en que se halla".

Causa asombro pensar que esos cincuenta mil volúmenes legados por Dn. Marcelino, entre los cuales se encuentran ejemplares tan preciosos como las Enneadas de Plotino, el mismo que Lorenzo el Magnífico regaló a la Reina Isabel la Católica; manuscritos inestimables con autógrafos de Lope de Vega, de Quevedo etc.., libros en su mayoría marcados con la garantía de la seleción del genio como escogidos por el propio Menéndez Pelayo, causa asombro, repito, pensar que sean la prolongación de aquellos 34 volúmenes registrados de su puño y letra, cuando contaba doce años de edad, en una cuartilla que se muestra al visitante en el antiguo despacho del sabio.

Tal es la ciudad de Santander, y tal la *"Biblioteca Menéndez y Pelayo"*, hoy centro de investigación y trabajo de los eruditos del mundo, en cuyo pórtico podría grabarse la sencilla pero muy expresiva frase de Dn. Miguel Artigas antiguo bibliotecario de la misma: "Aquí se guarda la historia ideológica de España".



Santuario de Loyola. — *Fuente de San Ignacio y entrada a la Santa Casa*

La Cruz de los Angeles

(Oviedo, 6 y 7 de septiembre de 1.951)

— 1 —

Entre las numerosas reliquias de que se ufana con razón el "tesoro" de la santa e histórica catedral de Oviedo en España, hay dos de un precio inestimable aunque bajo aspectos bien diversos.

Una sencilla cruz latina de madera, de medio metro de longitud, es la primera de las reliquias mencionadas, y se conoce con el nombre de "la cruz de la victoria". Sabéis por qué? Por que fue con esa modesta cruz en las manos como el héroe don Pelayo escribió para la historia gloriosísima de la Península, sobre los picos de las montañas asturianas, esas páginas de gesta que se conocen con el nombre de Reconquista. Os acordáis de Covadonga?...

Desde la época del rey don Alfonso Tercero, el magno, quien la portó también consigo en varias de sus campañas., dicha cruz se encuentra recubierta en gran parte de metales preciosos para evitar su deterioro.

— 2 —

Es la otra, una maravillosa filigrana de oro tachonada de

piedras preciosas, en forma de cruz griega y con unos veinticinco centímetros de longitud; tan admirablemente trabajada y perfecta, que realmente no parece haber sido hecha por mano de hombre.

He aquí cómo refiere una piadosa tradición el origen de esta cruz:

Deseoso el rey don Alfonso Segundo, el casto, de dar gracias al Todopoderoso por una victoria que acababa de obtener, hizo reunir en palacio a los mejores artífices del reino y les manifestó el proyecto que había concebido de hacer ejecutar con oro y piedras preciosas, sin escatimar la cantidad, una cruz tan perfecta como no hubiese ninguna otra en todos sus dominios.

Los artífices se miraron entre sí, pero ninguno se atrevió a acometer semejante empresa por temor de defraudar el sueño del monarca.

Mas cuando ya el piadoso rey desesperaba de poder realizar el ansiado proyecto, tres desconocidos que dijeron ser orífices árabes, se hicieron conducir a la presencia de su majestad y le manifestaron que estaban enterados de su deseo y que venían a realizarlo.

Recelosos los consejeros del Reino de que aquellos desconocidos solo anduviesen tras el oro y las piedras preciosas, les hicieron aparejar una habitación en el propio palacio del rey y allí, con centinelas de vista, los artífices se entregaron de lleno a su trabajo.

— 3 —

Y por espacio de varias semanas aquellos desconocidos fueron motivo de pasmo y admiración para todos los moradores de palacio; porque trabajaron con tal recogimiento, con tan piadosa unción en la obra a ellos encomendada, que solo se oía en el improvisado taller el ruido de los pequeños martillos que pulían las facetas de las piedras o el suavísimo roce de los hilillos de oro al trenzarse en filigranas increíbles.

Y cuando al cabo de los días la maravilla estupenda de arte que ahora tenemos ante nuestros ojos estuvo concluída, aquellos extraños personajes, sin querer recibir recompensa alguna del rey, desaparecieron tan misteriosamente como habían venido; y jamás se volvió a tener noticia de ellos.

Sea lo que fuere sobre la verdad de tan hermosa tradición, es lo cierto que la piedad popular, consciente de que algo extraordinario había en el origen de aquella reliquia tan acabada y perfecta, no ha vacilado en llamarla desde los más remotos siglos "*La cruz de los Angeles*".





Santiago de Compostela. — *Catedral, Torre del Reloj y Puerta Santa.*



S. de Compostela. — *Efigie Procesional de Santiago Apóstol.*

Santiago de Compostela

(Ciudad de piedra con alma de niño)

"A onde irá aquel romeiro
Meu romeiro a onde irá
Caminho de Compostela
Non sei s'alí chegará

(Romance popular gallego)

(Septiembre, 9 a 11 de 1951)

— 1 —

En Galicia —una de las regiones más bellas y rientes de España— con ciudades como la Coruña, Vigo o Pontevedra que tienen todo el encanto de sus playas, soberbios acantilados o hermosísimas rías; con los dispersos caseríos del interior que hablan de paz y sencillez recostados en las ondulaciones de los montes; con sus valles siempre verdes donde el laborioso, cristiano y acogedor campesino gallego vive su vida a la luz de un sol radiante, el encuentro por vez primera con Santiago de Compostela que se alza aislada, imponente y severa, arrebujada en su manto de brumas entre un escenario de altas montañas al sureste del monte Pedroso, es algo completamente inesperado!

Es sorprendente, en efecto, el inmenso contraste entre ese alegre deseo de vivir que es la nota característica de la dulce Galicia, y el espectáculo, la voz y el mensaje de esa inmensa masa de granito alfombrada de verde, la mística ciudad de Santiago, que en su pesadumbre y serenidad nos está invitando para que recojamos el espíritu y nos entreguemos a la meditación de las verdades eternas.

Porque Santiago, como muy pocas ciudades en el mundo, conserva intacto su sabor antiguo sin contrastes anacrónicos; los seculares monumentos; las casonas de piedra de típicas gárgolas y pesadas chimeneas decoradas; las calles estrechas por donde, en silencioso peregrinar, desfilaron hacia el sepulcro del Apóstol las figuras más excelsas de la historia en la Edad Media, todo concuerda con el tono general de la vieja ciudad hecho de armonía, de silencio y de estética, y que no puede ser más perfecto en las legendarias ciudades de Avila, Segovia o Toledo.

— 2 —

Debajo de los soportales de sus rúas y ante el ir y venir incesante de peregrinos y turistas que en determinadas épocas del año acuden a visitar el venerado sepulcro, la imaginación del viajero del siglo veinte reconstruye sin esfuerzo el cuadro lleno de luz y color que debía presentar la ciudad en los tiempos de sus mayores esplendores.

Y Santiago vuelve a ser para nuestros ojos asombrados esa ardorosa meta de peregrinos, de caminantes y romeros: santos, reyes, grandes personajes, Obispos, fieles y monjes: San Evermaro, San Francisco de Asís, San Guillermo, Sto. Domingo, San Vicente Ferrer, San Bernardino de Sena, Sta. Brígida de Suecia, Raimundo Lulio, Carlomagno, San Luis rey de Francia, el gran Capitán, el Cid Campeador, Juan de Austria, y casi todos los reyes de España; y con ellos miles y miles de romeros que con la llama de la fe en el pecho y una plegaria ferviente en los labios venían a postrarse en la Basílica compostelana con el mismo fervoroso interés con que entonces se peregrinaba hacia Roma o a la Tierra Santa.

Era la época en que todos los caminos llevaban a Santia-

go; la de los famosos caballeros de la Orden del Apóstol encargados de limpiar de malhechores los senderos, y refiriéndose a lo cual podía decir el futuro Papa Calixto Segundo, entonces Arzobispo de Viena: "allí se oyen todos los géneros de lenguas y cánticos de los extranjeros. Las puertas del templo no se cierran ni de día ni de noche".

Basílica Compostelana

Pero la principal atracción de Santiago para el devoto peregrino es la gran catedral, —volumen gigantesco sobre un área de ocho mil metros cuadrados que sirve de mausoleo al amigo y confidente del Señor—, y alrededor de la cual gira toda la historia de la urbe.

Situada sobre una suave pendiente en el sitio preciso de la aparición de la estrella, "Campus Stellae", que dio origen al descubrimiento del cuerpo del Apóstol y de donde deriva también su nombre la ciudad, la Basílica compostelana es no solo la más hermosa de todas las iglesias que los abades cluniacenses fundaron a lo largo de la gran peregrinación jacobea, sino también el monumento más excelso de la arquitectura románica en España.

Entre sus muchas maravillas son dignos de notarse la fachada del "obradoiro", —fachada principal del templo— obra de Casas Novoa y pieza de arte universalmente conocida como lo más hermoso y suntuoso que haya dejado el estilo barroco; el "pórtico de la gloria", monumento de fines del siglo XII, obra del maestro Mateo, labrado en piedra de granito del país y con la estatuaria toda en mármol que conserva aún restos de su antigua policromía.

Digno es también de notarse el altar mayor que se eleva sobre el sepulcro del apóstol Santiago; el retablo es de estilo churrigueresco o más propiamente barroco compostelano, en el que se combinan metales, jaspes y plata. El tabernáculo sostiene la figura sedente del santo patrono, al que ningún peregrino deja de abrazar en el momento del arribo y en el de la partida, tal es la tradición.

En la parte inferior del altar y entre los muros de la cripta primitiva, se veneran los restos del Apóstol, en artística urna

de plata de estilo románico profusamente decorada con estatuas.

Vale también la pena mencionar el "botafumerio", gigantesco incensario flotante que se balancea majestuosamente a lo largo de la nave cruzada de la Basílica, por medio de un ingenioso mecanismo de poleas, en los días de las grandes solemnidades. Lentamente al principio, pero con creciente velocidad, va y viene el incensario de un extremo al otro del crucero, describiendo en su viaje un perfumado semicírculo de denso humo blanco, mientras que la imponente procesión de sacerdotes, canónigos y prelados con capas doradas, altas mitras y báculos relucientes, va recorriendo majestuosamente la iglesia atestada de gentes y hecha un ascua de oro por la profusa iluminación.

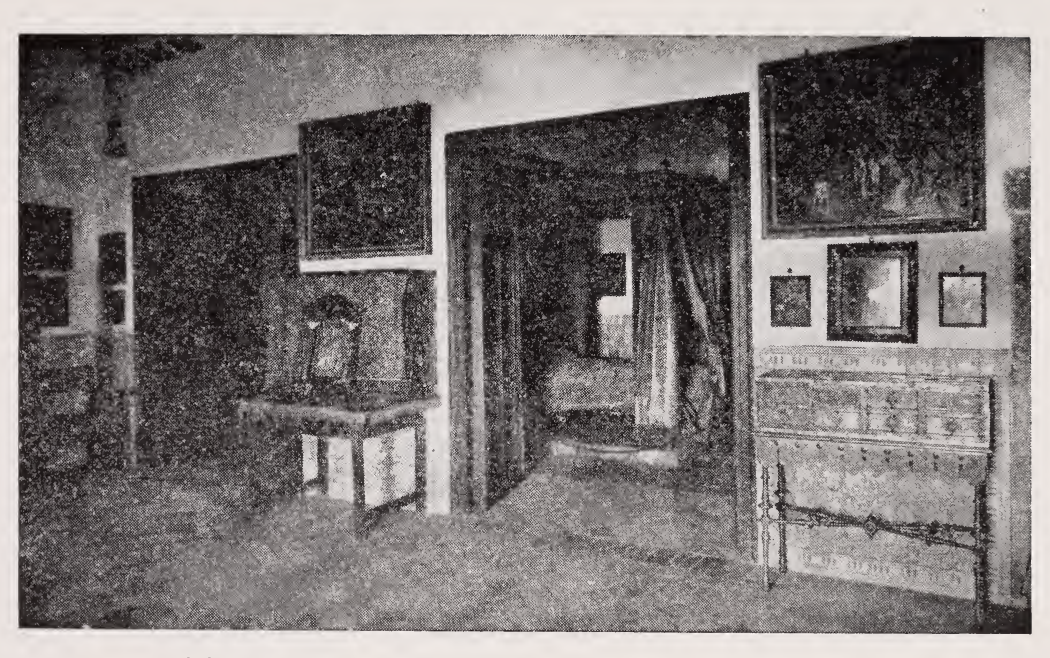
— 3 —

Para terminar estas notas santiaguesas que tienen el sabor de lo que llevamos muy dentro de nosotros, de lo que nos ha impresionado profundamente, debemos decir en honor de la verdad que Santiago de Compostela es una *ciudad multifacética, proteica*... Porque al lado de esa urbe estática y secular que aparentemente solo vive de tradiciones y gloriosos recuerdos; de esa ciudad de lluvias persistentes e implacables neblinas, de obscuros soportales y calles como encrucijadas, de hombres y mujeres envueltos en impermeables las tres cuartas partes del día, está la ciudad amable, discreta, entrañable. La cortesía, llaneza y solicitud del trato gallego; los paseos de la Alameda y de la Herradura; las arboledas de Conjo y los campos de Vidán donde el fondo verde se ilumina con el relámpago de los instrumentos de trabajo que perforan, incansables, las entrañas de la tierra.

Están el encanto de la adorable música autóctona: los *alaláas* y *muñeiras* que templan la saudade y la morriña; la dulce poesía de Rosalía de Castro y la prosa de Dña. Emilia Pardo de Bazán. Las mil y una dichosas peripecias de la vida estudiantil. En una palabra, todos aquellos halagos de que con pluma maestra nos habla Pérez Lugín en su preciosa novela de costumbres "La casa de la Troya", y que fueron capaces de encadenar para siempre a su héroe, el descontentadizo madrileño señorito don Gerardo Roquer y Paz.



Monasterio del Escorial. — *Vista General.*



Monasterio del Escorial. — *Dormitorio de Felipe II.*

Avila de los Caballeros

(Septiembre, 12 a 14 de 1951)

— 1 —

Hay ciudades señoriales, relicario de viejas tradiciones, que como Sena en Italia, Aviñón en Francia, Toledo o Sevilla en España —en anotaciones rápidas como la luz— nos hablan de remotas edades; y en las que con solo cruzar una calle o mirar un edificio, se aprende más historia antigua que en densos y pesados infolios.

He ahí precisamente lo que hemos estado ahora comprobando a través de estas pintorescas, tortuosas y estrechas callejas de Avila con inconfundible sabor a otros siglos; en los pórticos y fachadas historiados; en conventos e iglesias inapreciables por su inmenso valor arqueológico y artístico; en las altaneras y poderosas murallas que con vestigios de la dominación sarracena y de la reconquista cristiana envuelven la parte más antigua de la ciudad a orillas del Adaja. (1).

La fisonomía y caracteres peculiares del conjunto, y el ambiente tranquilo, casi conventual de la ciudad, nos trasladan sin esfuerzo a pasadas edades y nos dejan sentir sobre las losas de las calles el áureo tintineo de las espuelas de los caballeros;

---

(1) El mismo nombre primitivo de **Abyla,** trae a la memoria un célebre promontorio de la Mauritania, una de las columnas de Hércules; lo que unido a los diversos monumentos de piedra, en forma de animales que fueron hallados en la región, ha dado pie para asignarle a aquella Provincia un origen fenicio.

el alarido de las huestes moriscas vencedoras, comandadas por Abd-er-Rahmán en el siglo octavo, o por el emir de Córdoba después de la célebre batalla de Valdejunquera; el tardo y majestuoso andar de los cortejos reales, y el paso apresurado, el resonar de las sandalias de héroes y santos que entre estos mismos muros escribieron para la historia de la Iglesia y de España muy gloriosas páginas!

— 2 —

Pero Avila, acariciada por el sol de Castilla, con su belleza serena y austera, es, por sobre todo, el lugar de nacimiento de una de las figuras más representativas del misticismo español: la cuna de Teresa de Jesús más conocida en el mundo como la doctora de Avila.

Suscitada por Dios en el momento histórico más culminante de la Península Ibérica, en el siglo XVI, entre tantas eminencias en letras y en virtud como entonces florecieron, Teresa ocupa un lugar destacadísimo: es el más grande genio de mujer en toda su época, y encarna a maravilla los fundamentales principios del alma española soñadora e ideal, piadosa y mística, férrea e incontenible en la acción.

Teresa de Jesús! Las más exquisitas y bien cortadas plumas han pretendido inútilmente hacer un cabal elogio de las múltiples virtudes de esta mujer incomparable, en cuyas sienes no solo brilla la aureola refulgente de la santidad sino también la del genio.

De sus bellas cualidades morales nos dice el Padre Jerónimo Gracián, su contemporáneo y amigo, que "era hermosa en el alma, hermoseada en todas las virtudes heroicas y partes y caminos de la perfección".

De sus méritos literarios han hablado, con altísimos elogios, los más notables escritores, desde el inmortal Fray Luis de León hasta Menéndez y Pelayo.

Hé aquí lo que de los escritos de la santa (su "Vida", "Las Moradas", "Las Cartas" (1), "Conceptos del amor a Dios"

(1) Superiores por muchos conceptos a las tan justamente celebradas de Madame de Sévigné.

etc.), escribía Fray Luis a las Carmelitas Descalzas de Madrid en septiembre de 1587: "En los cuales (escritos) sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo, porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia sin afeites que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale".

Y el ilustre Balmes, refiriéndose a aquel pasaje en los escritos de la santa que comienza: "Digamos ser la Divinidad como un claro espejo", exclama lleno de admiración: "me parece oír a Malebranche explanando su sistema".

Pero la gloria principal de Teresa se deriva no solo de su incomparable santidad, sino también del magisterio místico con que, desde sus días, no ha cesado de iluminar a los hombres los oscuros y desconocidos senderos por los que Dios se complace en llevar las almas al monte de la perfección. Para ella es tuvo abierto el libro de los siete sellos y patentes los más sublimes arcanos!

Más feliz que Dante, la santa fue conducida al cielo, a sus siete moradas, teniendo por guía no a Virgilio o a Beatriz, sino al propio Dios, quien le descubrió con bondad infinita los espacios y constelaciones del alma, los más escondidos secretos de la contemplación y las más abstractas especulaciones teológicas.

— 3 —

Una detenida visita a la ciudad, que cuenta en la actualidad alrededor de unos trece mil habitantes, nos permite apreciar el encantador carácter del pueblo abulense, alegre, ingenuo, de costumbres sencillas, y honrado sin doblez, engaño ni falsedad, como los castellanos viejos; y además la magnificencia de edificios como la catedral, con todas las características de los templos góticos del siglo trece, y que es una verdadera fortaleza tal como correspondía a las exigencias de los azarosos tiempos de su construcción.

En el interior del templo nos llaman la atención las na-

ves majestuosas, iluminadas por artísticas vidrieras del siglo XV, tallas en madera y pinturas de los artistas más famosos del mismo siglo, como también el sepulcro del célebre escritor español Alonso de Madrigal, el *Tostado,* Obispo de Avila en 1450.

Al norte de la ciudad, en los extramuros, se levanta la basílica románica de San Vicente, patrono titular de Avila, en el propio sitio en que él y sus hermanas fueron martirizados.

En el Real Monasterio de Sto. Tomás se guardan los restos del Príncipe don Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos. El estilo de dicho edificio es ojival, pero también se encuentran buenos ejemplares del arte mudéjar como la iglesia de Santa María de la Cabeza y la torre de San Martín.

......

Pero Avila es Santa Teresa, ya lo hemos dicho! Su recuerdo aquí lo embarga, lo domina todo, y vamos por las calles como si hubiésemos de encontrárnosla, "vieja y achacosa", de regreso de alguna de sus nuevas fundaciones.

Y tan pronto como logramos acallar la elocuencia histórica y arqueológica de nuestro guía, le pedimos que nos conduzca a los santuarios teresianos: al hermosísimo templo de la santa donde, convertida en capilla, se encuentra la habitación en que ella vio la primera luz; a la iglesia de San Juan donde fue bautizada; al convento de la Encarnación con sus locutorios inolvidables por las apariciones divinas, por los éxtasis frecuentes, por las místicas conversaciones con San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz y San Francisco de Borja.

Y que no se nos quede sin mencionar en este dichoso recorrido, el monasterio de San José, el primer "palomar" que la santa fundara.

— 4 —

Todo habla en Avila de Teresa, de este serafín abrasado en el amor divino y tan rico en tesoros del cielo; de esta mujer portentosa de la que Leibnitz y Bossuet dijeron que fue capaz de gobernar un imperio; a la que la Iglesia llama "mater spiritualis", madre espiritual, y de la que el Padre Fáber dejó escrito que la eternidad no es bastante larga para agradecer a Dios el beneficio de habérnosla concedido!



Madrid. — *Monumento a Cervantes*



España. — *Vista parcial de la Ciudad de Salamanca.*

Itinerarios Madrileños

(15 de Septiembre a 12 de octubre de 1.951)

— 1 —

Debo a la amistad de un buen amigo colombiano residente hace ya largos años en Madrid, el haber logrado transponer la superficie y adentrarme un poco en el alma evocadora, sonriente y luminosa de la que es una de las más bellas, populosas y resonantes capitales europeas.

Porque "la muy noble, muy leal, muy heroica y excelentísima Villa", es no solo ese inmenso conglomerado de modernos edificios y de amplias avenidas congestionadas de tráfico, de ruidos y de anuncios luminosos con toda la gracia rápida del vivir ultramoderno, sino también ese otro, lento, sosegado, emotivo, evocador y silencioso panorama donde asoman, un poco tímidamente, los viejos y nostálgicos perfiles del Madrid de los Asturias y el Madrid de los Borbones.

Así acabo de comprobarlo al visitar en compañía de mi amigo, no solo aquellos sitios de que a grandes titulares nos hablan las guías turísticas, sino también los pequeños lugares entrañables —rincones de viejo e íntimo encanto— con hondas resonancias de fe, de patriotismo o de leyenda en los muros patinados.

— 2 —

Y fue nuestra primera meta de peregrinación el Museo del Prado. Ocho días dedicados por entero, y no por ello suficientes, para admirar detenidamente aquellas espléndidas e invaluables colecciones de pintura flamenca, italiana y española, enriquecidas con nombres tan gloriosos como el de Van der Weyden, Bouts, Patinir, el Bosco, Rubens y Van Dyck, entre los flamencos; Rafael, Tiziano, el Veronés y Tintoretto entre los italianos; Berruguete, Ribalta, Zurbarán, Murillo, Claudio Coello, el Greco, Velásquez y Goya, entre los españoles.

Vino luego el recorrido del tradicional parque del Retiro, con gracia y solera muy madrileños, y cuyas arboledas, avenidas, rincones, fuentes y estatuas, dan a aquel sector de la ciudad belleza y colorido extraordinarios.

Y vinieron después, en días de un intenso andar de un sitio para otro, la moderna ciudad universitaria, reconstruída en gran parte de los desastres de la última guerra; la Academia de Bellas Artes de San Fernando; el edificio de la Real Academia de la Lengua; la catedral de San Isidoro, levantada en el siglo 18; el Jardín Botánico; la histórica Puerta de Alcalá; el palacio de Buenavista, hoy Ministerio del Ejército; la Puerta del Sol y el Palacio Real, construcción barroca de los días borbónicos, con sus soberbias colecciones de muebles, pintura y tapicerías antiguas, abierto ampliamente a los turistas, pues el Generalísimo Franco sólo lo visita o da audiencia allí en días especiales.

— 3 —

Pero de tantas impresiones imborrables, las más firmes son, sin duda alguna, las recibidas en un rincón íntimo y silencioso del Madrid antiguo, el formado por las calles de Cervantes y de Lope de Vega.

Allí está, marcada con el número dos, la casa que habitara el "príncipe de los ingenios españoles", el inmortal don Miguel de Cervantes Saavedra, y de donde —el 23 de abril de 1616— salió el humilde cortejo que llevaba sus despojos mortales al vecino convento de Monjas Trinitarias Descalzas para ser sepultado. Allí también, en el número diez y siete, la casa del gran don Francisco de Quevedo y Villegas; y, finalmente, señalada con el número once, la casa de Lope de Vega, bella y feliz reconstrucción del que fue hogar del "Fénix de los ingenios".

De las tres residencias ilustres, solo la de Lope está abierta al turista, pues las otras, no sabemos por qué, no han sido aún rescatadas del olvido y la incuria por el Honorable Ayuntamiento madrileño.

La casa de Lope

De la Plaza de Cánovas del Castillo arranca la calle de Cervantes, en cuyo número once se halla situada, como ya lo dijimos, la casa en que Lope Félix de Vega Carpio vivió los últimos veinticinco años de su vida (1610 a 1635), y en la cual entregó su espíritu al Señor.

A la Real Academia española se debe el que este lugar, sagrado para las letras hispánicas, haya sido reconstruído y pueda admirarse en el día de hoy como si el tiempo se hubiese detenido sobre él. Así acabamos de leerlo en una placa de mármol, en la fachada del edificio, al lado de aquella otra significativa inscripción de la propia mano de Lope que dice:

D. O. M.

Parva propria, magna.
Magna aliena, parva.

Consta el edificio de dos confortables pisos distribuídos así: en la planta baja, cocina, cuartos de servicio, y un alegre jardincillo muy frecuentado por Lope, como lo indican los dos sitios de lectura que tenemos a la vista: bajo un fresco emparrado para la época del verano, el uno, y en un recogido án-

gulo del corredor, el otro, para defenderse el anciano de las ráfagas del frío viento que envía la sierra de Guadarrama, aire vivo y penetrante del que se ha dicho:

Aire sutil
que mata a un hombre
y no apaga un candil.

En el piso superior se encuentran los dormitorios de Lope y sus hijas, un pequeño comedor, diversos armarios, estanterías para libros y un cómodo salón de lectura y recibo donde el dueño acostumbraba dialogar con sus amigos.

Todo el mobiliario, sillas, mesas, camas, etc., fue el usado por el inmortal escritor y su familia, al menos en los últimos veinticinco años de la vida de aquel.

Existen, además, muchos objetos de uso familiar e íntimo, como si realmente de alguno de aquellos rincones hubiese de surgir de un momento a otro la figura venerable de Fray Lope... El buen gusto español que en algunos sitios ha sido desafortunado, y a fuerza de cubrirlo y recubrirlo todo con oro y metales preciosos ha echado a perder la antigua fisonomía de inapreciables monumentos, ha tenido en la casona en que nos encontramos ahora el mayor de los aciertos al dejarlo todo como en la época de Lope.

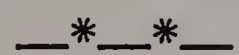
— 4 —

Pasma saber que en el estrecho recinto de esta casa, se desenvolvió por espacio de un cuarto de siglo, interrumpido solo por viajes brevísimos, el fecundo, vehemente y volcánico vivir de uno de los mayores ingenios españoles, y del más grande de los poetas dramáticos de la Península hasta el momento presente.

Aquí vivió el escritor de quien pudo decir Fitzmaurice Kelly, uno de los críticos de Lope más documentados, que "no hay nada en los métodos de sus sucesores que sea realmente

nuevo"; "a quien la Naturaleza dotó —escribe el conde de S-chack— de aquella perfecta armonía de todas las facultades del alma, germen del arte, que es la flor más bella del espíritu humano"; el monstruo de la Naturaleza, según la frase acuñada por Cervantes; y cuya fama solo cede —y eso parcialmente— en favor de muy pocos ingenios españoles: de Cervantes, más universal, más profundo, más humano; de Calderón de la Barca, quien le supera en el teatro de género religioso; y de Tirso, en la acerada ironía y en el estudio de los caracteres.

"Pero ni Calderón ni Tirso, nos dice Menéndez Pelayo, alcanzaron aquel conjunto de cualidades que parecerían grandes repartidas en veinte grandes poetas, y que, por disposición singular de la Providencia, se vieron derrochadas en uno solo, el gran poeta de nuestra Península, el hijo pródigo de la poesía".



Fue ésta, también, la casa donde Lope sintió el llamado divino, cuyo silbo amoroso atiende, parcialmente, en 1611 cuando ingresa en la Orden Tercera de San Francisco a la edad de cuarenta y nueve años; y de manera definitiva en 1614, con la recepción de las órdenes sagradas.

De aquí salió para el convento de Trinitarias Descalzas su hija Marcela, poetisa insigne y heredera de no pocas de las cualidades intelectuales de su padre.

—5 —

El 27 de agosto de 1635, la ciudad de Madrid se vio conmovida por la nueva de la muerte de Fray Lope de Vega, a la edad de 73 años; infausta noticia que como un reguero de pólvora se extendió por todos los ámbitos.

Y la vieja calle de Francos (hoy Cervantes), por donde diez y nueve años atrás y entre unos pocos vecinos misericordiosos

había pasado el féretro humilde de Miguel de Cervantes, (1) se colmó de gentes llorosas que deseaban acompañar hasta su última morada los restos mortales de quien tanta gloria había dado y dará siempre a la gran nación española.

—*—*—

Un guía comprensivo e ilustrado que tiene a su cargo la custodia de este santuario de las letras, aprovecha el minucioso recorrido que estamos haciendo para deleitarnos con curiosas anécdotas y datos preciosos sobre Lope y sus íntimos. Además, ha tolerado el hurto que acabamos de hacer, en su presencia, de tres verdes hojitas de laurel arrancadas a un frondoso árbol plantado, posiblemente, por quien tantos laureles y vítores habría de alcanzar, a su paso por el mundo, de las manos esquivas de la Fama!

(1) Lleno de madura sabiduría y secreto sufrimiento, Cervantes bajó a la tumba convencido de su fracaso, porque ninguna de sus obras teatrales había alcanzado el aplauso popular tan pródigo con Lope de Vega.



Nápoles. — *El Vesubio*



Preparativos para la pesca

Atardeceres a la orilla del mar

(San Sebastián, octubre de 1.951)

— 1 —

Son de una magnificencia y un derroche de tonos y colores tan vivos, reales y variados, que superan con mucho a cuanto la imaginación de quienes hemos nacido lejos de los incomensurables espacios oceánicos pueda jamás fantasear.

Pero no son los atardeceres de estío, cuando el fuego excesivo del sol pone a arder las arenas en la playa o nos da una visión informe y desarticulada de los seres, los que colman plenamente la voluntad y el deseo del hombre.

Para nuestro gusto, son los atardeceres de otoño, los atardeceres tibios y encantados de octubre "cuando las cosas brillan más" —como en el verso inolvidable— porque las baña una luz fastuosa sí pero a la vez tamizada y suave que sin deformar los objetos los presenta idealizados, vestidos con nuevos encantos, los que realizan a cabalidad un ideal de belleza y nos satisfacen plenamente.

— 2 —

Son las cinco, las seis de la tarde; en el aire un fuerte olor a sal y yodo, a alcatraces y gaviotas. Espejean con colores del

iris los charcos dejados por la marea y el liquen de las rocas se aterciopela más al sol.

La brisa estremece las ramas de los pinos.

El mar bate tranquilo, acompasado, sonoro, los acantilados. Sobre los arrecifes rocosos el encaje finísimo de espuma, de un color marfileño, es como la filigrana increíble en que se envuelven las viejas catedrales góticas!

Ah!, los atardeceres de otoño, cuando hasta los promontorios más lejanos se nos avecinan vestidos de transparente claridad; cuando no se ve avanzar una sola nube en el espacio ni sobre el ilimitado mar inmenso; cuando el cielo, fijo, inmóvil, es de un cristal recién pulido a través del cual el Mago de feliz paleta de que nos habla Valencia

"Vierte bajo la cúpula radiante
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante".

Ellos, ellos sí, satisfacen, aquietándolos, la voluntad y el deseo del hombre; inundan nuestra alma de una arcana religiosidad y nos dan vivo el sentimiento de participar de una inefable armonía cósmica.

El ánimo suspenso se eleva de repente de lo visible a lo invisible, de lo transitorio hasta lo eterno. Y en la atracción obsesionante del mar, en su profundidad misteriosa y su grandeza, en la tremenda majestad de la soledad y del silencio, en la inexpresable hermosura con que se viste todo lo creado, adivina sin esfuerzo a un Supremo Hacedor, grande infinitamente y misericordioso, a Aquel de quien nos hablan con sublime cencillez los primeros versículos del Génesis: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y *su espíritu flotaba sobre las aguas*".

— 3 —

Dos, tres, hasta seis barcas pesqueras que salieron con el alba, sueltas las gruesas amarras, rumorosas, henchidas —co-

mo nidos del viento— las velas, buscan ahora el abrigo del puerto. Se oye ya el vigoroso golpeteo de los remos, el quebrarse del agua entre las quillas, la voz incisiva y metálica que ordena una maniobra.

Que el día *ha sido bueno* se conoce de inmediato por lo lento y difícil del avance; por las bromas y chistes que vuelan como abejas entre aquellos jocundos tripulantes donde alternan los abuelos de grises cabellos con mocetones fornidos que son como un desafío al huracán, y los pequeños aprendices de marino: los lobatos de ojos claros y enmarañado pelo rubio.

Caen al agua, pesadas, enmohecidas, las viejas cadenas de los anclajes y la rada antes silenciosa se llena ahora de rumores; comienza la faena del desembarque.

Tensas las fuertes amarras —que no bastan con todo a sosegar la inquietud de "Gacela marina", Mon amour", "Margherita", "Eleonora", "El Paraíso", Cáscara de nuez", nombres universales, nombres pintorescos con que los hijos del mar bautizan sus barquillas más amadas que la propia persona—, con movimientos agílisimos estos bravos marinos depositan sobre la arena de la playa el fruto precioso de la pesca. Y, como en la parábola evangélica, van separando los peces malos de los buenos.

Aquí, resplandecientes, pequeños peces rojos entre anguilas de tonos obscuros; peces del color del berilo; de marfil nacarado; inmensos peces rojos con el vientre y las escamas de plata; peces negros.

Se diría que cada sesto es un cofre donde se mezclan, palpitantes, las joyas de una reina!

Viene luego la exquisita limpieza de la barca, y de las redes tan finas como velos y tan pesadas y fuertes que requieren para sumergirlas en el agua el esfuerzo de todos los brazos.

Y después, cuando ya estos héroes anónimos que se juegan día a día y sin alardes la existencia— porque tan grande como el mar es su confianza en *la buena Patroncita* que tiene su santuario junto al faro en lo más escarpado de la costa— se han ido mansamente, quedan balanceándose con sus velas recogidas los botes pesqueros.

Tras el cristal del cielo —nitidez traslúcida, tersura brillante, gasa de oro— hay embrujo de extraños terciopelos; inmen-

sas flores rojas de un color casi negro que el mar como un broncíneo espejo va copiando en su ondas.

A la distancia, entre penachos de humo, grandes barcos mercantes, pesados, sonoros, que regresan o parten. Y allá en la lejanía, castillos legendarios; lagos azules bordeados de fuego en los que bogan galeras y trirremes como aquellos en que erraron sobre la espuma de los mares, cuando Grecia era el mundo, sus viejos poetas y sus sabios.

En el aire, las gaviotas, palomas con alas inmensas, tejen círculos concéntricos cada vez más estrechos sobre los desperdicios de la pesca.

— 4 —

Atardeceres de la *bahía de Nápoles* bajo un cielo incomparable, con naves de vela gráciles y armoniosas; con arenas doradas en la playa, y pinos como templos vegetales, cuya amplísima cúpula estuviese sostenida por columnas delgadas y elásticas, igual que aquellas levísimas de la santa Capilla parisina de San Luis.

Atardeceres de *Capri,* a la hora en que los arrecifes y la costa son de un color bermejo, leonadas las cumbres, y la inmensa llanura líquida oro de muchos quilates o violeta litúrgico como el suave tinte de los paramentos pontificales.

Legendarios ocasos de *Sorrento,* vistos desde San Antonio o desde Capodimonte, y en los que hay almendros florecidos y *navecillas frágiles* que decoran la tarde; al fondo, el Vesubio enrojecido por el sol del *tramonto!*

Atardeceres del puerto de Ostia, los de San Agustín y Santa Mónica...

Fastuosos atardeceres de la laguna de Venecia —sobre la superficie tremolante del Adriático— vistos desde el campanil, el palacio ducal o sobre la alfombra mullida de las góndolas. Aquí, el Canal Grande con la "Villa Rossa" de D'Annunzio o el palacio de los Borgias; allá, la afiligranada crestería de los gran-

des edificios; las casitas de la urbe que emergen del agua, agrupadas como las palomas de la plaza de San Marcos, y el *duomo* recamado de oro y mármoles preciosos que arde a los rayos del sol como una llama inmensa.

Atardeceres genoveses, los que hicieron presentir a Colón un Mundo Nuevo.

Atardeceres de Niza, Biarritz y San Juan de Luz en la dulce Francia!

Atardeceres de *San Sebastián,* "la tacita de plata de España", sobre el tempestuoso mar Cantábrico, vistos desde Santa Clara o desde los montes Igueldo y Urgull.

Atardeceres coruñeses; atardeceres de Santander, vistos desde el encantado paraíso del Sardinero o desde Puertochico.

Atardeceres de mi PATRIA!

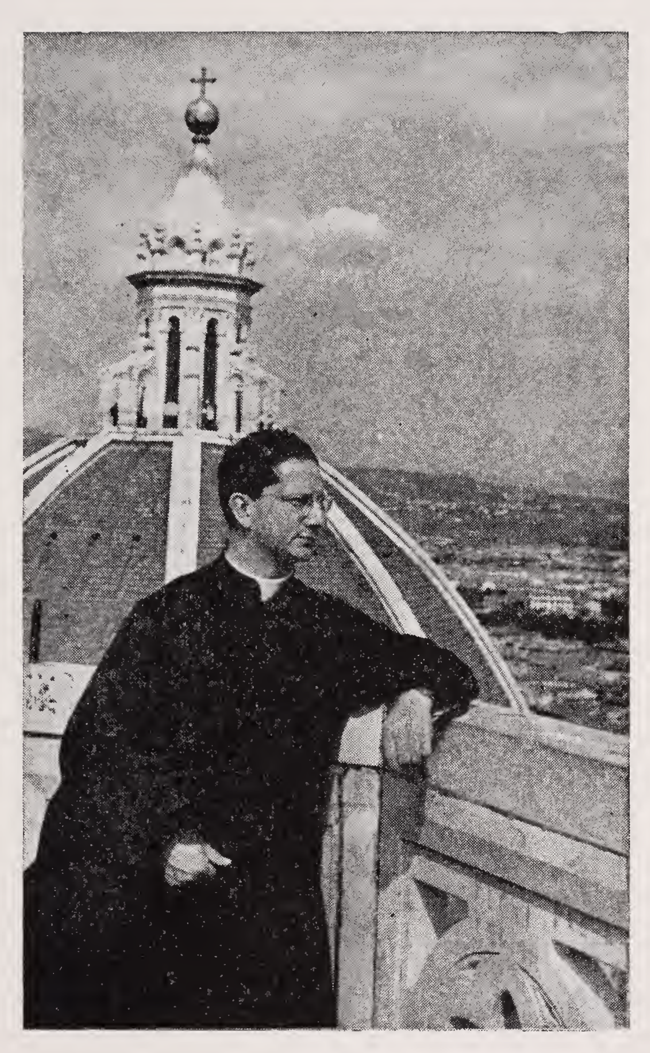
Cuando la memoria os recuerda, el corazón se ilumina con la luz de los siglos.



También vosotros —como dice el apóstol San Juan, del Bautista— habéis venido para dar testimonio de la luz a vuestro modo; y presente está detrás de vosotros la Luz Verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.



Venecia. — *Plaza de San Marcos*



Florencia. — *Cúpula de la catedral en la que, según la tradición, se inspiró Miguel Angel para realizar la de San Pedro en Roma.*

CUARTA PARTE

TIERRA SANTA

Dedicatoria

A los RR. PP. Franciscanos de Tierra Santa, quienes sin más armas que su amor encendido a Nuestro Señor, sus sacrificios, las oraciones y las lágrimas, han hecho más por la defensa y custodia de los Santos Lugares, que cuanto les fue dado hacer a los aguerridos y esforzados ejércitos de los Cruzados.



Tierra Santa. — *El Mar de Galilea.*

TIERRA SANTA

(Abril 3 a 13, Semana Santa de 1.950)

INTRODUCCION

Para realizar un anhelo de toda nuestra vida: buscar en la Tierra Santa con corazón contrito y paso a paso la impronta de las huellas del Señor, setenta peregrinos de los cuales cincuenta y seis somos sacerdotes, hemos dirigido nuestros pasos del Occidente hacia el Oriente ansiosos de besar y de regar con nuestras lágrimas la tierra bendita donde tuvo lugar, veinte siglos hace, el prodigio incomparable de nuestro rescate.

Un gigantesco avión transoceánico de cuatro motores, reduce a nueve horas la inmensa distancia que antiguos peregrinos debían recorrer entre Roma y Lydda, expuestos a todas las fatigas, incomodidades y peligros de una larga e incierta travesía a merced de las aguas procelosas del Mediterráneo.

Y a las cinco y media de la mañana, hora de Palestina, del martes santo, cuatro de abril de 1950, nuestros labios pueden besar con la misma emoción que sentirían los israelitas a la vista de la Tierra de Promisión, el suelo de Lydda, la Diópolis romana, marcada con la huella del apóstol San Pedro que devolvió allí la salud a un enfermo clavado desde ocho años atrás a su cama por la parálisis.

Abramos el libro de los Hechos: "Acaeció, pues, que visitando Pedro a todos llegó a los santos que moraban en Lyd-

da. Y halló a un hombre por nombre Eneas que hacía ocho años yacía en un lecho porque estaba paralítico. Y Pedro díjole: Eneas, el Señor Jesucristo te sana, levántate, toma el lecho, y aquel se levantó al punto en presencia de los habitantes de Lydda y de Sarona quienes se convirtieron todos al Señor" (Hechos IX,32-35).

HACIA EL PAIS DE GALILEA

Media hora de descanso que algunos aprovechan para tomar su desayuno, y en seguida a los púllmans pues los más esperamos poder celebrar nuestra misa de ese día, nuestra primera misa en Tierra Santa, en la iglesia de la Anunciación en Nazaret.

La alegría emocionada de encontrarnos tantas personas de razas e idiomas diversos unidas por los mismos sentimientos y siguiendo el mismo itinerario espiritual; la espléndida mañana de la naciente primavera y el fascinante colorido de los lugares que vamos atravesando —la llanura de Sarón tan celebrada en las Sagradas Escrituras— dan más animación al comentario y más calor a la amistad que empieza a ligarnos con nuestros compañeros de viaje.

El fuerte trepidar de los motores que van acortando velozmente las distancias, no impide que la voz de la joven que nos sirve de guía, una señorita de raza judaica que se expresa correctamente en francés, en inglés y en italiano, llegue clara y distinta hasta nosotros aumentada por un altoparlante de mano:

—Las dunas que véis a vuestra izquierda han sido formadas por las arenas que el viento impetuoso del desierto ha transportado a estas regiones en el decurso de los siglos.

Es un mediano arenal, en efecto, el que tenemos delante, de un extraño color rubio igual que la piel de los camellos, con montículos seguidos como una cordillera y sin la más leve señal de vegetación, gracias al cual podemos formarnos una idea del verdadero desierto por el cual peregrinó por espacio de cuarenta años, recalcitrante y veleidoso, el pueblo de Israel, el "pueblo de dura cerviz" de que nos habla la Biblia.



Tierra Santa. — *Caná de Galilea y Fuente del Milagro.*

Al salir de la llanura de Sarón el paisaje cambia súbitamente por completo; atravesamos ahora una garganta estéril, pedregosa, marcada aquí y allá por uno que otro islote de verdura y modestísimas cabañas árabes desde las cuales, pacíficos, calmados, indiferentes, vestidos como sus más remotos antepasados con túnicas que descienden hasta los pies y largos mantos flotantes, sus moradores nos miran pasar.

—Esta, señores, es Afulah, una floreciente ciudad levantada por ciudadanos hebreos donde hace treinta años solo se veían pantanos de miasmas mortíferos, semilleros de anofeles inoculadores del paludismo y de la muerte.

Algunos minutos más, y dejando de lado el camino de Caifa, la ciudad de los sicomoros, entramos de lleno en la mil veces hermosa llanura de Esdrelón, limitada al oriente por los montes de Gelboé y el pequeño Hermón y al occidente por la cadena del Carmelo.

Montes de Gelboé hemos dicho! Fatídico teatro donde se extinguió para siempre el reinado de Saúl, los ecos de la conmovedora elegía de David todavía persisten en sus flancos y colinas:

> "Considera, oh Israel, quiénes son los que fueron heridos y perdieron la vida sobre tus colinas. La flor de Israel ha perecido sobre tus montañas.... Cómo cayeron los fuertes?
>
> No sea contada en Geth esta nueva, no sea contada en la plaza de Ascalón para que no hagan fiesta por ella las hijas de los filisteos, para que no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.
>
> Montes de Gelboé, ni el rocío ni las lluvias caigan ya sobre vosotros, ni campos haya de dónde sacar las primicias; puesto que es allí donde fue arrojado por el suelo el escudo de los fuertes, el escudo de Saúl como si no hubiese sido ungido con el óleo.
>
> ¡Oh hermano mío, Jonatás! Gallardo sobremanera y digno de ser amado más que la más amable doncella, yo lloro por tí. Del modo que una madre ama al hijo

único que tiene, así te amaba yo".

(II Reyes, I,18 - 26).

La voz de la joven que nos sirve de guía nos saca de tan dolorosas abstracciones, para precisarnos el lugar de la antigua Jezrael, hoy Zerín, donde Acab y su impía mujer Jezabel hicieron apedrear a Naboth (I Reyes XXI,1-29); la fuente de Harad donde Gedeón seleccionó a sus trescientos campeones para enfrentarlos al poderoso ejército de Madián, y las aldeas de Soulém, la antigua Sunám y de Naím. Fue precisamente en esta última donde el Señor —pertransiit benefaciendo— dio vida a un joven, hijo único y lo devolvió a los brazos de su madre; "con esto quedaron todos penetrados de temor y glorificaban a Dios diciendo: un gran profeta ha aparecido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo".

(Luc. VII,16).

Prosiguiendo la marcha en dirección de Nazaret, la vía nos conduce hasta las aguas del torrente Cisón, cuyo nombre trae a la memoria el triunfo milagroso de las tribus de Neftalí y Zabulón sobre las huestes de Jabín, rey de los cananeos, al mando de Sísara, y el magnífico cántico triunfal con que Débora y Barac celebraron la victoria:

"El torrente de Cisón arrastró sus cadáveres,
el torrente de Cadumín, el torrente de Cisón.

Huella, oh alma mía, a los orgullosos campeones.
Saltáronseles a sus caballos las uñas de los pies
con la impetuosidad de la huída, cayeron por los
precipios los más valientes de sus guerreros...

Así perezcan, Señor, todos tus enemigos; y los que te
aman, así brillen como resplandece el sol en el
oriente"

(Jueces V,21,22;31)

—*—*—

Mas qué eminencia es esa que ahora recorta el paisaje interponiéndose entre nuestra vista y el amplio y dilatado horizonte? Es el monte de la Precipitación que con una altura de doscientos metros se yergue sobre la vastedad del llano inmenso.

Desde su más alta cima pretendieron los nazaretanos arrojar a Nuestro Señor, irritados en su contra porque había dicho en la Sinagoga que el Reino de los cielos no era privilegio exclusivo de Israel. Pero escuchemos a San Lucas la descripción de aquella dramática escena:

"Al oír estas cosas todos en la sinagoga montaron en cólera. Y levantándose lo arrojaron fuera de la ciudad y condujéronle hasta la cima del monte sobre el cual está la ciudad edificada con ánimo de despeñarle. Pero Jesús pasando por medio de ellos— ya porque se les hubiese hecho invisible, ya porque los hubiese dejado suspensos e inmóviles, como comenta San Ambrosio—, iba su camino"

NAZARET

La presencia del monte nos indica que ya estamos llegando a Nazaret.

Superada, en efecto, una pendiente por la cual la Santísima Virgen hizo su viaje hacia el Hebrón, *saltando piedritas,* como acaba de anotar con honda emoción una piadosa señorita antioqueña que nos acompaña y que ha interpretado a su manera el texto evangélico: "abiit in montana cum festinatione", arribamos a una altura a cuyos pies, extendida en forma de anfiteatro, circundada de altas colinas, con sus plantíos de olivos, de higueras y cactus, la "Flor de la Galilea", la ciudad del coloquio entre una virgen y un ángel, ofrece a la vista un cuadro tan gracioso y atractivo que no se borrará ya jamás de la memoria.

Nuestra primera visita en Nazaret es, naturalmente, para el santuario de la Anunciación, pequeña iglesia levantada por los RR. PP. Franciscanos en el siglo 18 sobre las ruinas de la antigua basílica que visitara en las postrimerías del siglo 6º el pe-

regrino de Piacenza.

Por una escalera de quince gradas se desciende hasta el altar de la cripta donde un cuadro conmemora el gran mensaje de la Encarnación, la llegada del enviado de Dios y su sublime coloquio con la que había sido escogida desde toda la eternidad para Madre del Verbo hecho hombre. Debajo del cuadro, en letras doradas, el impresionante *"Verbum caro hic factum est",* base fundamental de toda la economía cristiana, y cuya lectura hace palpitar más fuertemente el corazón... La Redención en el tiempo comienza aquí, en este sitio!

Como el número de altares y ornamentos es insuficiente, debo esperar el segundo turno; pero tengo en compensación el privilegio de poder celebrar la santa Misa de aquel día, a las once y media de la mañana, en la propia gruta de la Anunciación! Y allí, mejor que las palabras, los suspiros ahogados y las lágrimas me sirven de hilo misterioso para hacer llegar hasta la Reina de los cielos mi pobre mensaje de piedad filial, de humildad y de fe.

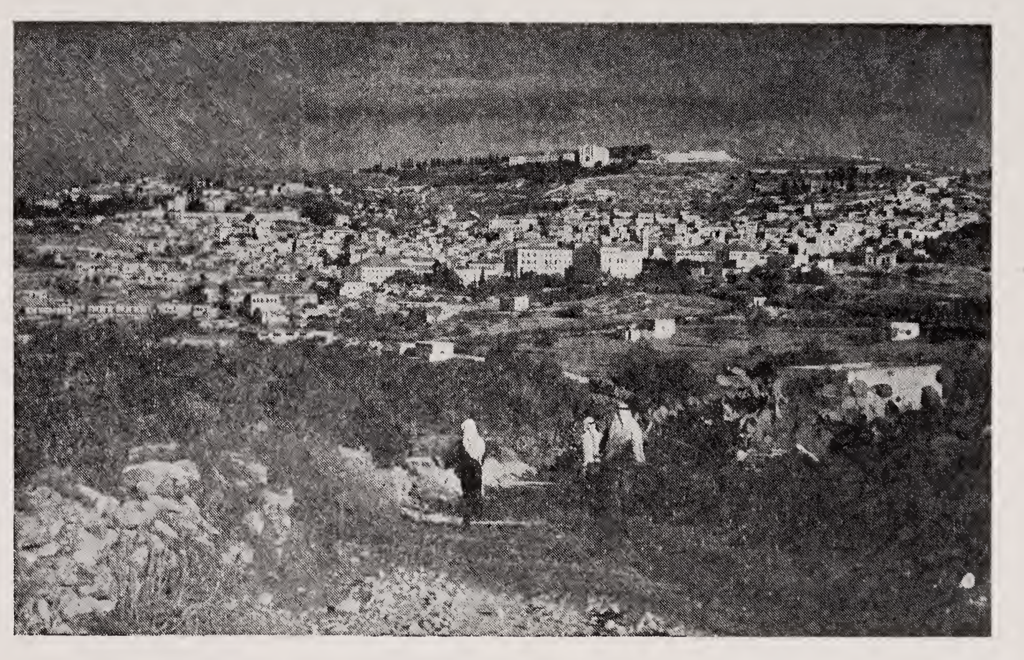
—*—*—

De vuelta del Egipto la sagrada Familia puso su estancia en Nazaret, donde el Niño Jesús "crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres y estaba sujeto a sus padres" (Luc. II,51-52).

Esta sobria y concisa frase de San Lucas que resume casi treinta años de vida, nos recuerda que hay otro santuario en Nazaret: el de la casa y taller de San José situado a doscientos metros al nordeste de la basílica de la Anunciación.

Una preciosa iglesia franciscana se levanta en aquel sitio sobre las ruinas de otro antiguo edificio; y en el altar principal un cuadro, en el que el divino Niño aparece entre María y José, nos repite la sublime lección: "hic erat subditus illis"...

—*—*—



Tierra Santa. — *Vista panorámica de NAZARET.*

Al occidente del taller de San José se encuentra el lugar que ocupaba la sinagoga frecuentada por Nuestro Señor, y desde la cual sus conciudadanos le arrastraron un día hasta el monte de la Precipitación; y no lejos de la sinagoga, el oratorio franciscano conocido con el nombre de "Mensa Christi", de la gran piedra que allí se conserva y en la que —según la tradición— el Señor comió varias veces con sus apóstoles.

También es digna de visitarse en Nazaret la fuente de la Virgen, el "Ain sitti Mariam": la fontana de la Señora María, como la llaman los árabes, y a donde seguramente la Virgen vendría todos los días por agua para los quehaceres domésticos, como han ido siempre, como van hoy todavía las mujeres y las niñas nazarenas.

CAMINO DEL MAR DE TIBERIADES

Después de un frugal y rápido almuerzo, en el que el mejor aliño han sido los comentarios impregnados de amor y de piedad que a todos se nos ocurren con motivo de las visitas que acabamos de hacer a los santos lugares de Nazaret, tomamos de nuevo posesión de los pullmans para continuar la visita de la fértil y hermosa Galilea.

Superadas las colinas que dominan a Nazaret por el nordeste, aparece a nuestra vista la aldeíta de Séforis, la Diocesarea de los romanos, y patria de San Joaquín y Sta. Ana. Más adelante el burgo de El-Mesced, la Geth-Ofer de la Escritura y patria del profeta Jonás; y treinta minutos después, siempre en descenso, se llega a la fuente de Caná, la misma quizás de la cual tomóse el agua que Jesús convirtió en vino.

A cuatro minutos de la fuente puede visitarse la población que le da el nombre, la dichosa población favorecida con el primer milagro de Ntro. Señor Jesucristo y patria del apóstol San Bartolomé, el Natanael de que nos habla San Juan.

El contraste de sus casitas blancas con la airosa torre roja de la iglesia parroquial de los PP. Franciscanos; su aspecto de terraza sobre la falda de la colina; los granados florecidos, las

higueras cargadas de frutos; la presencia siempre latente en aquel sitio, después de veinte siglos, de la Virgen María que hizo anticipar con solo su querer la vida pública del Salvador y dispuso con tranquila seguridad de la voluntad de Aquel a quien obedecen los vientos y los mares, comenzando así el oficio augusto de Medianera e intermediaria entre Dios y los hombres que no será ya jamás interrumpido a través de los siglos, son demasiados encantos para olvidar con facilidad aquel rinconcito querido de la Tierra Santa.

EL CAMPO DE LAS ESPIGAS

Atravesamos ahora, entre el Uadi Rummane y la aldeíta de Lubie, los campos de trigo de que nos habla San Mateo en el capítulo XII, cuando acosados por el hambre los discípulos del Señor desgranaron y comieron en día de sábado las espigas que encontraron a su paso con el consiguiente escándalo de los fariseos. Tomando entonces la palabra el divino Maestro hizo aquella memorable enseñanza sobre la recta interpretación de la ley a la que pertenecen estas significativas palabras: "Si supiérais lo que significa quiero misericordia y no sacrificio, jamás condenaríais a los inocentes"! (Mah. XII,7).

Prosiguiendo luego la marcha sobre la gran zona volcánica que rodea el lago de Tiberíades, vemos hacia el norte una pequeña colina con dos prominencias a modo de cuernos, de donde le viene su nombre de Karn Hattín o cuernos de Hattín.

Fue allí, precisamente, donde el cuatro de julio de 1187, vencidos por el número y no obstante la desesperada resistencia de los Hospitalarios y Templarios, los ejércitos cristianos sucumbieron a manos del poderoso Saladino. Aquella derrota puso término al reino latino de Jerusalén; la Santa Cruz cayó en manos de los vencedores, más de veinte mil cristianos fueron muertos y treinta mil hechos prisioneros.

Siempre en descenso, la carretera nos lleva ahora a Tiberíades, la ciudad pagana fundada por Herodes Antipas en el año

17 de la Era cristiana, en la actualidad centro de veraneo de los judíos y sin el menor interés para el peregrino que ha sentido ya el suave rumor de las aguas del "lago de Jesús", y vuela impaciente a recrear sus miradas en aquel hermoso cristal azul y plata que contrasta admirablemente con el lejano violeta del grande Hermón, "la montaña que no es como las otras", y de la cual desciende el río Jordán como una fuerza lúcida, bello como en los Salmos.

EL MAR DE GALILEA

Dominado por el monte donde fueron enseñadas las Bienaventuranzas y la sublime oración del Pater noster, teatro de las continuas navegaciones de Nuestro Señor y de sus predicaciones, con sus aguas intensamente azules cruzadas por viejas barcas pesqueras, el mar de Galilea es sin duda ninguna el más bello y evocador santuario evangélico que podamos jamás imaginar! Es uno de esos pocos sitios que en la Tierra Santa conservan totalmente inalterada su fisonomía a través de los siglos....; donde las colinas, las riberas y las aguas, la abrumadora majestad y el silencio imponente de los paisajes del Oriente son fieles a sí mismos, idénticos, iguales —hoy como ayer— a los que captaron las pupilas y expresaron en parábolas los labios de nuestro adorable Redentor.

Cuánto Evangelio junto al lago!

Es tal, en efecto, el realismo del sitio y el fervor que esta evidencia histórica despierta en nuestro ánimo, que sin esfuerzo podemos ver a Pedro postrado todavía a los pies de Jesús y gritando a la vista de la pesca milagrosa: "Señor apártate de mí que soy un pecador", mientras Jesús lo contempla con ojos cargados de bondad y le dice blandamente: "No tienes qué temer; de hoy en adelante serás pescador de hombres" (Luc. V,1-10)

O bien, caminando sobre las olas encrespadas para salir al encuentro del Maestro, que en esas mismas aguas enloquecidas por furiosa tempestad imperó un día al mar y a los vientos, y el viento y la mar se serenaron obedeciendo a su querer.

(Mth. XIV,24-33; VIII,23-27)

HACIA CAFARNAUN

Siguiendo la cinta arenosa de la carretera sobre la orilla occidental del lago, arribamos pronto a un tétrico hacinamiento de ruinas a las que una frondosa palmera presta su sombra misericordiosa. Es el lugar donde estuvo enclavada Mágdala, la ciudad de la pecadora arrepentida que guardaba en su casa vasos de alabastro llenos de perfume, con uno de los cuales ungió un día los pies fatigados del Maestro; y la que por haber en su arrepentimiento amado mucho, mereció también que le fuese perdonado mucho.

Y entramos de lleno en la risueña llanura de Genezar. Reclinada en la orilla encantada del lago, sembrada hasta donde alcanza nuestra vista de millares y millares de madreselvas y de lirios, de níveas margaritas y encendidas amapolas con vistosas manchas negras, esta llanura era lugar de cita de las muchedumbres que iban constantemente apretujadas detrás del Maestro para escuchar sus palabras de vida.

Nuevas ruinas al límite de la llanura de Genezar, señalan el lugar de la antigua Betsaida, patria de tres de los apóstoles: Felipe, Simón llamado Pedro y Andrés su hermano. Fue allí, en aquella orilla, en medio de las barcas y de los aparejos de la pesca, donde el Señor se presentó a los que habrían de ser sus primeros discípulos y los invitó a seguirle: a los ya mencionados y a Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que remendaban sus redes en la barca: "Seguidme y Yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres". (Mth. IV,18-22).

Pasando de largo el monte de las Bienaventuranzas que visitaremos a espacio al regreso, nos aproximamos a una bellísima explanada abierta como una terraza sobre el lago y que se conoce con el nombre del vocablo griego heptapegón o siete fuentes. Sitio de encanto indecible, sombreado de árboles y alegrado por el canto de las aves, es, según la tradición, el mismo donde el Señor sació un día con cinco panes y dos peces a más de cinco mil personas. Viene luego la playa sobre la cual se apiñaba la gente mientras El, desde la barca de Pedro, adoctrinaba a las

multitudes con las parábolas del Reino de los cielos. Y llegamos por fin a Cafarnaún.

CAFARNAUN

Arrojado el Señor de Nazaret por sus propios conciudadanos, estableció su morada en Cafarnaún de la que hizo su patria de adopción y el centro de su apostolado; la "ciudad suya" como la llama el Evangelista. (Mth. IX,1).

Aunque pequeña en extensión, Cafarnaún gozaba ya en tiempos del Señor de una gran importancia a causa de su proximidad al camino que frecuentaban las caravanas de la Siria, la antigua "Vía maris". Centro floreciente de comercio, las caravanas que de Tiro y Sidón viajaban hacia Jerusalén, allí se detenían con gusto.

Lugar de cita de todos los comarcanos, puesto fronterizo entre las tetrarquías de Herodes Antipas y Filipo su hermano, Cafarnaún se prestaba admirablemente para la propagación del Reino de Dios entre las gentes que de todos los sitios: de la Galilea y la Judea, de Jerusalén y de Idumea y del otro lado del Jordán, acudían solícitas movidas por el lucro o atraídas por la fama de los milagros de Jesús.

Y es por eso, precisamente, por lo que no hay ciudad, después de Jerusalén, a la que los evangelistas hayan dedicado tantas páginas; ni lugar de la Tierra Santa donde se hayan obrado tantos y tan estupendos milagros.

Allí, a distancia, cura el Señor al siervo del piadoso centurión; allí llama al apostolado al publicano Leví; allí cura a la suegra de San Pedro, a la hemorroísa, al paralítico que, a causa del gentío, hubo qué descolgar por el techo, y resucita a la hija de Jairo. Era un continuo sucederse de estupendos prodigios en aquel sitio donde, mejor que en ningún otro, se cumplió su divina palabra: "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, oyen los sordos y se anuncia el Evangelio a los pobres" (Mth. XI,5).

Y sin embargo Cafarnaún no supo corresponder al llamado divino! Ella, como Corozaín y como Betsaida, endureció su corazón y se alejó del Señor el propio día en que El, desde la si-

nagoga construída a expensas del piadoso centurión, expuso el verdadero ideal de su reinado, disipando las ilusiones que todos abrigaban de un soberano en el sentido humano de la palabra.

Aquí, entre estos muros de los cuales no quedan más que los basamentos; entre estas columnas, pedestales y frontones esculpidos que yacen ahora por el suelo, Nuestro Señor habló, por primera vez, a los que no esperaban más que los bienes miserables y caducos de la tierra, de las dulzuras inefables que en sí trae el verdadero pan descendido del cielo. Pero abramos el capítulo sexto del Evangelio de San Juan:

"Yo soy el pan de vida.... Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que Yo daré es mi carne para la vida del mundo. En verdad, en verdad os digo que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día" (Juan VI,48-56).

La consecuencia de este discurso? El abandono, el vacío en torno de Jesús.... Muchos se retrajeron de su amistad y no iban ya con El, nos dice el evangelista. Aun entre sus discípulos hubo quién dijera: dura es esta doctrina y quién es el que puede escucharla?

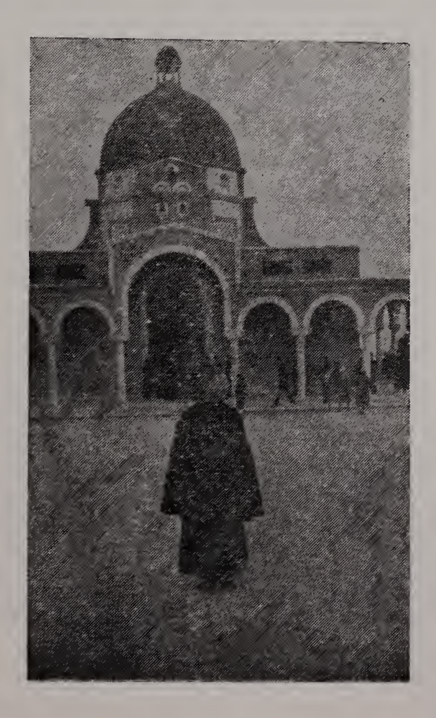
Es entonces cuando el Señor con profundo desconsuelo en la voz, ensombrecida la mirada a la vista de Judas, interroga a sus íntimos: "Y vosotros queréis también abandonarme?"

Respondióle Simón Pedro: "Señor, a quién iremos?; Tú solo tienes palabras de vida eterna"!

La decadencia primero, su ruina total, hasta el olvido por mucho tiempo del sitio en que estuvo enclavada, son prueba fehaciente de cómo se cumplió la tremenda condena del Señor para aquella higuera estéril: "Y tú Cafarnaún, te levantarás hasta el cielo? no!; tú serás oprimida hasta el infierno porque si en Sodoma se hubieran realizado los milagros que en tí han sido hechos, Sodoma quizás subsistiera aún hoy día" (Math. XI,23).

Visitamos las ruinas de la casa de San Pedro; la capilla y el convento de los RR. PP. Franciscanos; damos un vistazo a los campos cultivados sin prisa por los beduinos y emprende-

mos el regreso, rumbo hacia el monte de las Bienaventuranzas. Pero antes de escalar sus alturas benditas, nos detenemos en una pintoresca capilla construída en la peña sobre el borde mismo del lago. Conocido con el nombre de "iglesia del Primado" o "Mensa Christi", este santuario conmemora el lugar de la segunda pesca milagrosa después de la resurrección, y la confirmación del Primado conferido al apóstol Pedro con estas palabras: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas" (Juan XXI,15-17).



Basílica sobre el Monte de las Bienaventuranzas

EL MONTE DE LAS BIENAVENTURANZAS

Vecino a Cafarnaún, conforme a los relatos evangélicos y no lejos del sitio donde tuvo lugar la primera multiplicación de los panes y los peces, se yergue, imponente, el monte de las Bienaventuranzas.

Fue allí donde el Señor, en presencia de una inmensa multitud venida de la Galilea y la Judea, de la Decápolis, de Jerusalén y de la otra parte del Jordán, expuso los principios fundamentales de su doctrina, nuevo código de justicia y amor, y sentó las bases de la única e imperecedera civilización que puede existir sobre la tierra: la cristiana!

También los repliegues y declives de este monte prolongaron un día los ecos dulcísimos de aquellas sublimes palabras con las cuales el hombre entra de lleno en el plan divino, al pedir al Padre Celestial precisamente lo que El quiere que le pidamos: "Cuando queráis orar, decid: Padre Nuestro que estás en los cielos"...

Una espléndida basílica alrededor de cuyo altar mayor pueden leerse, grabadas en oro, las ocho bienaventuranzas; y un convento a cargo de religiosas franciscanas, se elevan, vigilantes, sobre la cima más empinada del monte. Hasta allá nos han trasportado los pullmans por entre campos alfombrados de flores, quizás de aquellas mismas que el Señor contemplaba amoroso cuando decía: "mirad los lirios del campo cómo crecen; ellos no trabajan ni hilan, y sin embargo Yo os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de esos lirios. (Math.VI,28-29).

Sobre la cumbre santificada por la presencia del Señor. En la calma religiosa de la hora del ángelus; con el escenario del lago y las campiñas marcadas en todas direcciones por la impronta de las huellas divinas que el espíritu va ansiosa y amorosamente buscando en la patria de Cristo; de cara siempre al sol que se va poniendo lentamente tras los cerros entre la opulencia de los atardeceres orientales, todos nos hemos sentido muy cerca del cielo y hemos caído de rodillas. Pero las lágrimas que se agolpan en los ojos impiden saber si esos grumos tornasolados que se columpian en la altura, son realmente fragmentos de nube o es nuestra humilde oración que sube con olor de suavidad hasta el trono de Dios.



Pinacoteca del Vaticano. — *"La Transfiguración" por Rafael.*

EL MONTE TABOR

—"Dove sei stato, o Pellegrino,
dove sei stato, o pellegrino,
che tu hai cambiá colore?

—E'stato il sole del monte Tabor,
é stato il sole del monte Tabor
che mi ha cambiá colore.

(Romancero)

—Dime: qué extraño camino
recorriste, oh peregrino,
que has demudado el color?

—Me demudó aquella altura
que vió en radiante blancura
transfigurado al Señor. (1)

Celebrada la santa Misa del miércoles cinco de abril en la tumba del glorioso patriarca San José en Nazaret, nos apresuramos a reunirnos de nuevo con nuestros compañeros de viaje, pues se ha dado orden de partir a las nueve de la mañana para el monte Tabor.

Bajo el sortilegio de una luminosa mañana de primavera, como solo se ven en Galilea, deshacemos el camino de la víspera hasta el torrente Cisón y nos desviamos luego hacia la izquierda por un ramal de la carretera central que nos deja, después de veinticinco minutos de marcha, en los magníficos pullmans, al pie mismo del Giabal el Tur o "montaña por excelencia" que dicen los árabes.

Aislado en la vastedad de la llanura; de forma singular; con una base de mil doscientos metros de largo por cuatrocientos de ancho, el monte Tabor se eleva de un solo golpe a seiscientos dos metros sobre el valle de Esdrelón, a quinientos sesenta sobre el nivel del Mediterráneo y a setecientos setenta y

(1) Versión del Pbro. D. Antonio J. López.

cuatro sobre el mar de Tiberíades.

Desde su vértice, al que se llega por una carretera de quince kilómetros, imposible pensar en un balcón mejor en toda la Galilea para otear el horizonte de la historia del pueblo escogido y el horizonte geográfico! Cumbres nevadas del grande Hermón a cuyos pies comienza la Tierra Prometida; montes que custodian el encanto del valle del Jordán y del lago del Señor; plácidas colinas de Nazaret, de Caná y de Séforis; cadenas del Gelboé y del pequeño Hermón; montes de Efraín donde blanquean como tiendas las cumbres del Garizím y del Hebal; Naím y Endor; silueta de los montes de Samaria; montañas del Carmelo... A dondequiera que dirijamos la vista —vecino o lejano— cada sitio está ligado, lleva, mejor, sobre sí, los caracteres imborrables de una página del Nuevo o del Antiguo Testamento.

Unido en la Edad Media a momentos heroicos en las épicas jornadas de los cruzados, el Tabor era en lo antiguo el límite establecido entre las tribus de Isacar y de Zabulón; centro de reuniones nacionales y altar para los sacrificios del Señor.

Sobre su cima, Débora la profetisa que habitaba en tiempos de los jueces bajo una palmera entre Rama y Bethel, arenga con palabras inspiradas a los diez mil hijos de las tribus de Zabulón y Neftalí al mando de Barac, y los suelta como diez mil rayos de la cólera divina sobre Sísara y sus novecientos carros herrados, sobre los ejércitos de Jabín rey de Canaán, cuyas muchedumbres cubrían la tierra desde Haroseth de las gentes hasta el torrente Cisón.

Ni siquiera las tufaradas de incienso poético de los grandes profetas le han faltado al Tabor: Jeremías y David han sido sus cantores!

—*—*—

Pero la gloria esencial del monte excelso no la constituyen los sucesos que hasta ahora hemos comentado; ella está toda encerrada en estas palabras de San Marcos que el evangelista debió haber recogido de los propios labios de San Pedro:

"Seis días después, tomando Jesús consigo a Pedro, Santia-

go y Juan, los condujo a un elevado monte y se transfiguró en presencia de ellos. De manera que sus vestidos se tornaron resplandecientes y de un candor extremado como la nieve, tanto que no hay lavandero en el mundo que así pudiese blanquearlos.

Al mismo tiempo vieron a Moisés y Elías que conversaban con Jesús. Y dijo Pedro: bueno es estar aquí, Señor; hagamos tres tiendas.... Pero se formó en seguida una nube que los cubrió y de la cual salía una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado, escuchadle.

Cuando los discípulos alzaron de nuevo los ojos no vieron consigo sino sólo a Jesús". (Marc. IX,1-7).

Bien es cierto que ninguno de los tres evangelistas que relatan el hecho , menciona el nombre de la santa montaña donde tuvo lugar la transfiguración. Pero las más antiguas tradiciones que, por el testimonio de Orígenes, se remontan hasta los tiempos apostólicos, han estado siempre de acuerdo en señalar el monte Tabor como el lugar de tan maravilloso suceso.

Además el Tabor, como teatro de la transfiguración, ha sido siempre en el decurso de los siglos meta de santos y abnegados peregrinos, entre los cuales podemos mencionar a Sta. Paula en el año trescientos veintiseis; San Arnulfo obispo de Erichstad en el seiscientos setenta; San Villibaldo en el setecientos veintiseis y San Luis rey de Francia en el mil doscientos cincuenta y dos.

Sobre la inmensa explanada de la cúspide que mide alrededor de ochocientos metros de largo por cuatrocientos de ancho, las ruinas de la magnífica iglesia hecha levantar por Santa Elena, y las de los oratorios y conventos que el odio encarnizado de los turcos se encargaba en seguida de destruir, sirvieron en 1921 para alzar sobre ellas una imponente y hermosa basílica, obra del arquitecto romano Antonio Barluzzi, quien supo contrastar con las líneas grandiosas de los elementos clásicos y con la estructura un tanto pesada de la decadencia, elegantes y graciosos motivos de ornamentación realzados por una vaga originalidad en los detalles que recuerda a los artistas bizantinos.

En el ábside central, una inmensa pintura diseñada con nobleza de forma y graciosa armonía de colores, nos recuerda la escena de la transfiguración; la bóveda de la cripta, por su par-

te, decorada con mosaicos, reproduce con grupos de figuras las cuatro trasfiguraciones simbólicas de Cristo que tuvieron lugar en la Natividad, Eucaristía, Pasión y muerte, y Resurrección.

—*—*—

Hemos visto en las galerías de la Pinacoteca vaticana y copiada en un gigantesco mosaico en la basílica de San Pedro en Roma, una de esas obras maestras del genio que los siglos no harán luego sino aquilatar y aplaudir sin lograr superarlas jamás; *La transfiguración del divino Rafael!.*

Fue la última obra del artista inmortal. La muerte lo arrebató el viernes santo de 1520 cuando apenas contaba treinta y siete años de edad; sobre la obra inconclusa, a la cabecera de su lecho de muerte, los discípulos del joven maestro pusieron los últimos toques con colores mojados en lágrimas...

Sobre la nitidez traslúcida del cielo, suspendida, elevada en el aire, la divina figura del Señor; un suave céfiro agita ligeramente sus vestidos que resplandecen como la nieve de las cumbres, mientras el rostro y los ojos se inundan de gloria en la inefable visión del Padre y del Espíritu Santo.

A ambos lados de Jesús; apoyados apenas sobre la franja de la nube, los profetas Elías y Moisés le miran con arrobamiento y con éxtasis, mientras que postrados por el suelo los tres discípulos se hacen sombra con la mano para defender las pupilas de la intensidad de la luz. En el ángulo de la izquierda, Rafael agregó dos figuras más: San Lorenzo y San Juliano.

En la parte inferior de la tela, un pobre niño poseído del demonio; sus parientes, grupos de curiosos y los escribas que discuten acaloradamente con los apóstoles restantes. Es la reproducción fiel, entre otro prodigio de luz y color, de lo ocurrido en la aldeíta de Dabereth, hoy Daburié, cuando el Señor bajó del monte.

Los tres discípulos le seguirían en ese descenso, a distancia, respetuosamente, creyendo ver brillar todavía entre los pliegues de su manto alguna chispita de la luz del milagro...

El Tabor! Lentamente hemos repasado la *"Puerta del viento"* y contra nuestra voluntad, en silencio, como quien acaba de

ver grandes cosas, iniciamos el descenso del monte. Solo el pensamiento de que mañana es Jueves Santo y que podremos comulgar en Jerusalén, visitar el Cenáculo, es capaz de arrancarnos al célico encanto de un sitio que por expresa voluntad divina ha llegado a ser a través de los siglos sinónimo de luz, de serenidad y de paz.

JERUSALEN

Es ya casi noche cerrada cuando arribamos a los muros de la santa ciudad, después de un recorrido de treinta y cuatro leguas.

Hemos pasado de nuevo por Afulah; por entre el Uadi Surar, el valle bíblico de Sorec donde habitaba Dalila; el campo de Dan donde Sansón sintió el llamado divino y dio comienzo a sus hazañas portentosas; por Sáraa, la aldeíta natal del caudillo, y donde la vía comienza a hacerse cada vez más empinada y difícil por entre riscos y peñascos sin la menor vegetación, que preparan el ánimo del viajero a la grande y terrible visión de Jerusalén!

A través de los cristales cubiertos de polvo de los pullmans apenas si alcanzamos ya a darnos cuenta del aspecto general de los últimos sitios que vamos atravesando. De repente, las calles luminosas y asfaltadas, edificios del más moderno estilo, los afiches en hebreo que anuncian los programas de conciertos y teatros, nos dicen claramente que estamos en la zona judía, en la parte moderna de la ciudad de David.

6 DE ABRIL, JUEVES SANTO

Con ahínco trato de recoger, de revivir ahora para dejarlos estampados en estas memorias, mis sentimientos e impresiones de aquel primer día en la colina de la santa ciudad de Sión.

La primera impresión es de la más angustiosa y desolada tristeza! Habíamos soñado tantas veces durante el viaje, con el pensamiento de poder recibir la santa comunión en la *Madre de todas las iglesias,* en "la sala espaciosa" donde "in supremae nocte caenae", antes que comenzase la pasión, el divino Salvador instituyó el prodigio eucarístico.

Pero estamos en la zona judía, ya lo hemos dicho, y aquí solo imperan las sinagogas. El propio Cenáculo es en la actualidad una sinagoga!

Debemos, en consecuencia, subir a los pullmans y emprender viaje hacia las montañas; vamos en busca de Ain Karem, a siete kilómetros de distancia al sudeste de la ciudad santa.

Ain Karem significa "fuente de la colina rica en vides" y es, en verdad, digno de la frescura de su nombre, rodeado de colinas donde verdean en esta limpia mañana eucarística las vides, los granados, los rosales, los terebintos y las higueras de la Escritura.

Se siente correr el agua de las fuentes; hay casitas blancas aquí y allá a la sombra de cipreses y de olivos; y en lo alto, un airoso campanil, el de la iglesia y el convento de los RR. PP. Franciscanos, bendice el aire y nos devuelve con la santa comunión la perdida alegría.

Estamos en la ciudad del Sumo Sacerdote Zacarías y de su esposa santa Isabel, donde vio la primera luz el precursor.

Para perpetuar el recuerdo se han levantado dos santuarios: uno en el poblado, del que venimos hablando, dedicado a la natividad, y el otro en las afueras, hacia el mediodía de la aldea, donde el sumo sacerdote tenía su casa de campo, dedicado a la visitación.

Ain Karem es, por consiguiente, la patria del Benedictus y del Magníficat! La riente aldeíta que gozó del privilegio de una visita de la Virgen Santísima. Ciento veinte penosos kilómetros recorridos desde Nazaret a través de la llanura de Esdrelón, los montes de Gelboé y la Samaria, para realizar los ocultos designios de Dios, es cierto, que quería santificar por medio de Ella al precursor desde el seno materno; pero también hecho delicadísimo realizado —desde el punto de vista de la Virgen María— solo en homenaje a los lazos de familia que la unían con su prima.

Y como consecuencia de aquella visita, el Magníficat! El ímpetu y la pureza lírica de aquel himno grandioso: leve viento que se levanta de improviso, que se va luego acentuando bajo el arco del cielo y que se impone y se enseñorea luego de todo con vigor y resonancia crecientes.... Magníficat anima mea Dominum.



Jerusalén. — *Panorámica de la ciudad con la Mezquita de Omar en el centro y el Monte de los Olivos al fondo.*



Jerusalén. — *Puerta de Damasco y árabes que fuman el narguilé.*

—*—*—

Visitada Ain Karem regresamos a la ciudad santa.

Pasamos bordeando la vasta necrópolis del valle de Josafat, palabra hebrea que significa Dios juzga, y después de atravesar el puente sobre el torrente Cedrón, emprendemos el ascenso de la corta pero empinada cuesta que nos lleva directamente al Cenáculo, pasando por la puerta de David.

Antes de que se nos permita la entrada, debemos escuchar un discurso en inglés en el que el guía judío nos habla de pactos internacionales, de la Onu y del "Statu quo", para respetar los cuales es preciso que nosotros nos abstengamos de hacer oración en el Cenáculo y de toda manifestación religiosa; solo a este precio se permite la entrada.

Debemos soportar la humillación momentánea, y digo momentánea, porque luego y entre el murmullo de las conversaciones que en voz baja sostienen aquí y allá mis compañeros de viaje, puedo fácilmente percibir y en distintos idiomas fragmentos de nuestras principales oraciones: del Padre Nuestro, el Ave María y el Credo que suben con olor de suavidad hasta el trono de Dios.

EL CENACULO

A pesar de las muchas transformaciones sufridas, el Cenáculo conserva aún su forma primitiva de edificio de dos pisos.

La sala inferior que no se nos permite visitar, está consagrada a perpetuar el recuerdo del lavatorio de los pies; la sala central, en la cual nos encontramos, con columnas y ventanas de estilo gótico, ocupa exactamente el mismo sitio que la sala de la última cena en la que fue instituída la Sagrada Eucaristía.

Viene luego una tercera sala más pequeña, dedicada a conmemorar la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico.

Y mientras los ojos escrutan incansables, queriendo llevar grabado hasta el último detalle y el corazón bate fuerte en el

pecho, el entendimiento medita que fue realmente aquí en este sitio, donde el Señor "que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"; que fue aquí donde, "tomando el pan en sus benditas manos, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: tomad y comed, este es mi cuerpo el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía". "Tomad y bebed; este es el cáliz de mi sangre del Nuevo Testamento la cual será derramada por muchos para la remisión de los pecados".

De aquí salió para el huerto de Getsemaní en compañía de los once mientras el traidor le vendía por treinta monedas.

Fue aquí, precisamente, donde se escucharon en la tarde del domingo de Resurrección aquellas palabras dulcísimas: "la paz sea con vosotros", cuando los apóstoles se hallaban reunidos, las puertas cerradas, por temor a los judíos.

Donde la incredulidad del apóstol Tomás fue vencida por la evidencia. Donde reunidos los doce con la Virgen María, "perseveraban unánimes en oración" hasta la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Donde Pedro, en su calidad de Vicario de Cristo, se levantó un día entre sus hermanos y les propuso, en el primer Concilio ecuménico de que se tenga memoria, la elección de un sucesor para reemplazar a Judas.

IGLESIA DE LA DORMICION

Vecina al Cenáculo donde se desarrollaron los hechos principales de la Iglesia naciente y donde la Virgen Santísima pasó muy posiblemente los últimos años de su vida terrena, se encuentra la bellísima iglesia de la dormición hecha levantar por Guillermo II, emperador de Alemania, durante su viaje a Tierra Santa en 1898.

En el fondo de la cripta, en el mismo sitio donde, según la tradición, fue colocado el cuerpo de la Virgen (antes de ser trasladado al sepulcro que habría de ser el santuario de su gloriosa Asunción a los cielos) se venera una estatua yacente, de tamaño natural e impresionante belleza. El arte exquisito del artista, la penumbra del sitio, la perfección de los materiales em-

pleados, todo concurre allí para revivir, para actualizar, después de veinte siglos, el sueño dulcísimo que precedió al tránsito de Nuestra Señora de esta vida mortal a la eterna.

En el campanario y sobre los muros superiores de la iglesia, pueden verse todavía los impactos de los disparos de metralla cruzados entre árabes y judíos en sus últimos recientes combates. Cómo habrá de terminar esta pugna que pone frente a frente a enemigos irreconciliables y astutos; que azota, profana y destruye los Santos Lugares? De una parte el Islamismo que ve en Jerusalén su tercera ciudad santa después de la Meca y Medina, y en cuya posesión está desde el siglo XIII. De otra, los hebreos que exigen a Jerusalén como capital de su naciente estado de Israel; que desean volver a llorar sobre el muro de las lamentaciones, actualmente en poder de los árabes.

EN LA ZONA ARABE

Sólo a la una de la tarde logramos trasponer la línea de demarcación que separa la parte de Jerusalén ocupada por judíos, de la parte ocupada por los árabes.

Ha sido necesario hacerse vacunar, llevar todos los documentos en regla, esperar pacientemente la venia de las autoridades que en la ciudad hacen las veces del rey Abdallah cuyo palacio se encuentra en la Trasjordania. Pero a todo nos hemos sometido con gusto porque es precisamente en la zona árabe donde está el mayor número de los grandes santuarios: el monte Calvario y el santo Sepulcro; el Lithóstrotos y la Vía Dolorosa; el sepulcro de la Virgen, Getsemaní, el monte de la Ascensión etc.

G E T S E M A N I

Nuestro primer encuentro solemne con los lugares benditos de la zona árabe tiene lugar en Getsemaní.

Es la tarde del Jueves santo, y después de haber acompaña-

do a Nuestro Señor y a sus apóstoles en el Cenáculo, nada mejor que seguir en pos de ellos hasta el huerto de los Olivos y meditar, allí, en el propio sitio, para verguenza y confusión por nuestros pecados, en aquella agonía única en la historia, "más terrible que la muerte", como lo manifestó el mismo Sagrado Corazón a Sta. Margarita María en Paray-le-monial; último esfuerzo del demonio para impedir la salvación y rescate del humano linaje; visión anticipada y espantosa de todas las infamias de una pasión ya inminente y prevista hasta en sus más nimios pormenores en los designios eternos.

Dejado el Cenáculo y en compañía de sus apóstoles fieles, el divino Salvador descendió hacia el torrente Cedrón por estas mismas vertientes del Ofel llenas, como ahora, de sombras y misterios; iba en busca del huerto de que nos habla San Juan (XVIII 1-2), a donde El solía retirarse con sus discípulos. Por el camino, el Señor prolonga la dulcísima conversación iniciada en el Cenáculo, y dicta, con los últimos consejos, las últimas disposiciones del Testamento de amor.

Tomando en seguida a Pedro, Santiago y Juan, se internó con ellos en el huerto y comenzó a entristecerse y a angustiarse; "triste está mi alma hasta la muerte, aguardad aquí y velad conmigo" les dijo entonces, y adelantándose como a la distancia de un tiro de piedra, se postró en tierra, caído sobre su rostro, mientras oraba diciendo: "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad sino la vuestra". "Y entrando en agonía oraba con mayor intensidad".

Viene luego aquel buscar por tres veces consuelo entre sus íntimos cuyos ojos estaban cargados de sueño; su queja dolorosa por este abandono; el copiosísimo sudor de sangre que caía hasta el suelo; el ángel consolador.

Fue entonces cuando los olivos se hicieron más grandes y tétricos, iluminados con el siniestro resplandor de las teas encendidas, y todo el valle se llenó del rumor mensajero de muerte de los enviados del Sanedrín. Era llegada la hora de sus enemigos y la del poder de las tinieblas (Luc. XXII,53).

—*—*—



Jerusalén. — *El Huerto de Getsemaní.*



Todo en el actual Getsemaní nos habla en esta tarde de Jueves santo, con conmovido e impresionante realismo, de la dolorosísima agonía del Huerto!

Allí están, más semejantes a peñascos que a árboles, los viejos olivos... Si no precisamente los mismos que proyectaron su sombra sobre el Nazareno agonizante, sí los hijos de aquellos porque los olivos retoñan y se multiplican y se suceden los unos a los otros con una vida casi eterna.

Allí como a la distancia de un tiro de piedra, real, desnuda, inmensa, impresionante, ocupando el punto céntrico del presbiterio de la basílica, *la roca de la agonía,* sobre la que se apoyaron las manos y la frente del Señor: sobre la que cayeron las primeras gotas de aquel sudor copiosísimo de sangre...

La roca de Getsemaní que brilla ahora con las luces del templo erigido sobre las ruinas de la basílica hecha levantar por Teodosio en el trescientos, como debió haber brillado con los resplandores del mensajero del cielo aquella noche vértice de todas las profecías; y sobre la cual se posan en este momento los labios y caen agolpadas las lágrimas como han caído siempre, desde que hay peregrinos en Tierra Santa, para que las expiaciones actuales sirvan de consuelo al Redentor, crucificado hace veinte siglos por nuestras maldades presentes.

Y luego aquella tradicional función litúrgica, hermosísima, llena de unción, inolvidable, con que los religiosos franciscanos conmemoran el pasaje evangélico: con asistencia de los representantes de diferentes gobiernos católicos del mundo; de Su Excelencia Reverendísima Monseñor Alberto Gori, O.F.M., Patriarca de Jerusalén; del muy Revdo. Padre Custodio de Tierra Santa; de una muchedumbre incontable de fieles y peregrinos llegados de puntos diversos del globo, allí, sobre la roca viva, desnuda, los PP. Franciscanos cantaron en griego y en latín la pasión según San Mateo.

VIERNES SANTO, 7 DE ABRIL

Después de asistir a los divinos oficios de la mañana en la iglesita de Ramalah, a cinco kilómetros de Jerusalén, retornamos a la ciudad santa para acompañar a Nuestro Señor por la Vía

Dolorosa como lo acompañaron en el fatídico viernes de hace veinte siglos la Virgen María, San Juan y las piadosas mujeres.

Con dificultad logramos abrirnos camino por entre el flujo y reflujo de las muchedumbres que invaden las calles estrechas; por entre los asnos cargados con botijas de cuero repletas de hidromiel; por entre los bazares pintorescos donde los comerciantes árabes pregonan con gritos agudos la excelencia de las mercaderías de Oriente.

Bajo los arcos de los pórticos, el viento amalgama los sonidos dispersos y finge rumor de muchedumbres excitadas, embriagadas. Es como si los aullidos vociferantes de la plebe ebria de odio que en esta misma plaza del Lithóstrotos pedía para el Hijo de Dios la más infamante de las muertes, se hubieran quedado flotando en el aire para su ignominia y verguenza a través de los siglos...

Abramos el santo Evangelio: Y mientras el pueblo envalentonado con la debilidad del gobernador Poncio Pilatos gritaba amenazadoramente delante de los muros de la torre Antonia: "Crucifícalo, crucifícalo", Pilatos pregunta:

—Pero qué mal ha hecho?

—Quítalo, quítalo, crucifícalo.

—Crucificadlo si os place, inocente soy yo de la sangre de ese Justo; allá vosotros.

—Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mth. XXVII, 23-26 Mrc. XV, 13-14; Luc. XXIII, 21-22; Jn. XIX, 6).



A nuestro grupo de peregrinación se han sumado ya algunos otros; hay numerosos peregrinos europeos, las Comunidades religiosas residentes en Tierra Santa, y , lo que más nos impresiona y conmueve, un grupo de piadosos peregrinos bronceados por el sol del desierto, con sus largos mantos flotantes; son católicos árabes en medio de los cuales un gallardo mancebo de 22 a 24 años de edad, ayudado por algunos compañeros, porta sobre los hombros una enorme y pesada cruz.

Y aquí, en lo que fue atrio interior del Pretorio; donde tuvo lugar el encuentro de Pilatos y Jesús; próximo al sitio donde el Señor fue tan atroz y vilmente azotado; donde fue coronado de espinas, vestido de púrpura y presentado al pueblo como un rey de burlas, el padre franciscano que preside la más impresionante y conmovedora ceremonia a que hayamos jamás asistido en la vida, se pone de repente de rodillas y en medio del religioso silencio que nos envuelve, dice con voz en la que se adivinan fácilmente los gemidos del alma: "Primera Estación, *aquí Jesús fue condenado a muerte!* Adorámoste, Cristo, y bendecímoste que por tu santa cruz redimiste al mundo"...

Fuera ya de la puerta del Pretorio, breves minutos de silencio y espera; en espera de qué o de quién? De El, la divina Víctima ofrecida al mundo por nuestros pecados y en cuya compañía íbamos a subir hasta el monte Calvario.

Al salir del Pretorio la Vía Dolorosa avanza en descenso; descenso profundo y penoso en la época de Nuestro Señor, hasta el fondo de un pequeño valle conocido con el nombre del Wad; prosigue varios metros por terreno menos áspero, y se empina luego, siempre en ascenso, en ascenso constante, hasta el monte Calvario.

Iglesias, capillas, arcos ojivales y columnas conmemoran en cada uno de los sitios, los pasajes del santo Evangelio: el lugar vecino al Lithóstrotos donde el Señor fue cargado con la cruz; el sitio donde, desfallecido y sin fuerzas por la dolorosa noche anterior, desangrado por las heridas de azotes y espinas que rasgaron tan cruelmente su cuerpo, cayó por primera vez; donde Jesús encuentra a su Madre bendita; donde Simón de Cirene que regresaba del campo, ayuda al Señor a llevar la cruz. Es allí, precisamente, donde comienza la áspera cuesta que hacia el oeste conduce al Calvario.

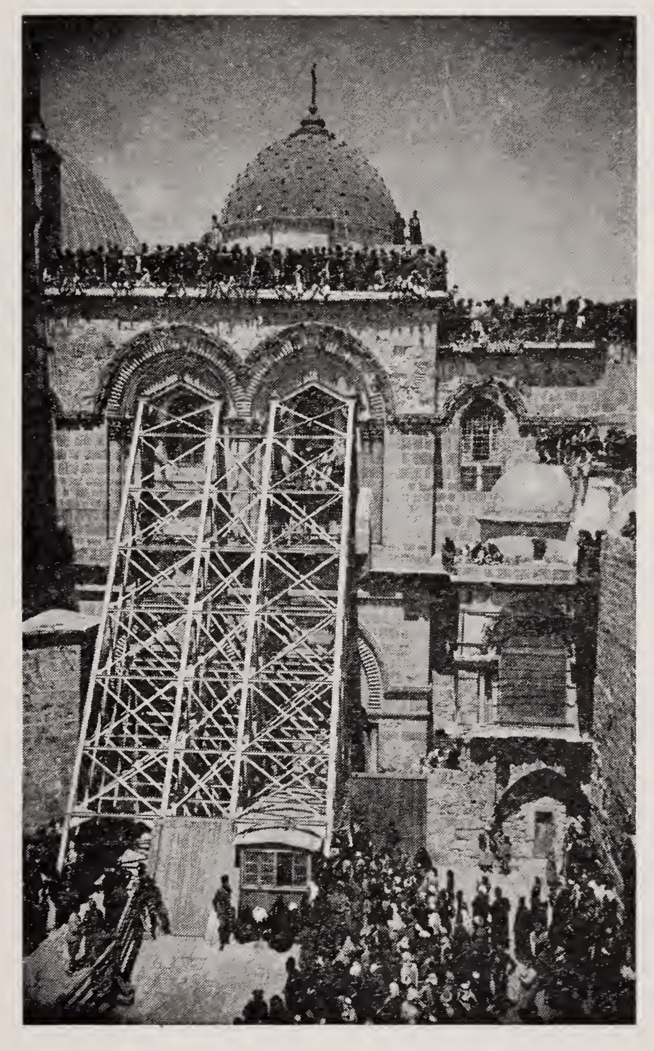
El sitio donde la Verónica enjuga el rostro del Señor. Desde los miradores de su casa esta valiente mujer ha visto avanzar el lúgubre cortejo: tres condenados a muerte que marchan en medio de soldados de mirada dura y fría, seguidos por una muchedumbre inmensa de cómplices en la injusta condena del Mesías a quien ella misma ha oído hablar de las cosas más bellas y santas. Y movida de un impulso irresistible, toma un lienzo de tres dobleces empapado en agua fresca y rompiendo por

entre la jauría humana avanza hasta el divino Salvador y le enjuga el rostro inconocible.

A pocos pasos de allí el Señor cae por segunda vez. Auncuando la distancia del Pretorio al Calvario es relativamente corta, de la sexta Estación en adelante la vía se hace cada vez más empinada y difícil, lo que unido al peso de la cruz, la falta de alimento, el desfallecimiento producido por la continua pérdida de sangre, causáronle al Señor una segunda caída en los propios umbrales de la Puerta antigua, hoy Puerta judiciaria.

Traspasadas las murallas de la ciudad, Nuestro Señor, como olvidado de sus propios padecimientos, consuela a las piadosas mujeres que le seguían llorando.

Y luego la tercera y última caída a los pies mismos del Gólgota, donde Nuestro adorable Redentor fue despojado de sus vestiduras y clavado en la cruz; donde, después de una lenta y dolorosísima agonía de tres horas, rindió su último suspiro; donde fue puesto en los brazos de su Madre, y finalmente, en el sepulcro, mientras la tierra se cubría de tinieblas, se partían las rocas dándose unas contra otras y los muertos salían de sus tumbas.



Jerusalén. — *Basílica del Santo Sepulcro.*

EL MONTE CALVARIO

El monte Calvario, hemos dicho! El lugar más augusto del mundo, la colina sagrada, el teatro bendito de las últimas escenas de la pasión.

En vano hubiéramos pretendido encontrar aquí, como en los tiempos apostólicos, descubierta, al aire libre, esa colina pelada, enhiesta, en forma de cráneo —de aquí su nombre de Gólgota—, que se levantaba al Occidente de las murallas de la ciudad deicida.

Sería olvidar que han pasado desde entonces veinte siglos capaces de alterar por sí solos la fisonomía de los sitios, y con ellos, amigos y enemigos: ansiosos los primeros de levantar monumentos que perpetúen la memoria de los lugares más sagrados de la tierra, interesados los segundos en destruir en cambiar, en alterar, en deformar... Ya es Adriano, que para que se pierda la memoria de los sitios tan caros a los fieles, los sepulta, un siglo más tarde, bajo la mole de un templo pagano; ya Santa Elena, que hace tajar aquí y allá la eminencia rocosa para dar espacio en el siglo cuarto a una imponente basílica.

Hoy el monte Calvario es el presbiterio alto de la iglesia del Santo Sepulcro, al cual se asciende por una escalera de piedra sobre la que el ir y venir incesante de los peregrinos ha abierto surcos profundos.

Pero cuando se han subido esas diez y ocho gradas de rodillas: cuando se ha tocado con la propia mano el agujero donde fue clavada, en la roca, la cruz; cuando los ojos han visto las grietas profundas en la peña, partida en el momento en que El exhaló su último suspiro; cuando se han besado, uno a uno, aquellos sitios humedecidos con la sangre adorable de las llagas y el agua del costado, entonces el cambio accidental, la alterada fisonomía, desaparecen, y el sitio recobra su forma primitiva, su tremenda realidad de monte abierto, al aire libre, con tres cruces en la cúspide, de una de las cuales pende, agonizante, por nuestros pecados, el Hijo de Dios!

Y esa misma fe potente que hoy nos ha servido a nosotros —como ha servido a todos los peregrinos en el curso de los si-

glos— para despojar el Calvario de su superestructura exterior y mudable, y para hallar en la capilla griega el sitio preciso de la muerte en cruz de Nuestro Señor, nos servirá también para encontrar sin tropiezos, en la capilla latina, el lugar donde El fue despojado de sus vestiduras y donde fue clavado en la cruz.

SABADO SANTO, OCHO DE ABRIL

Después de la Misa de Gloria, divididos en grupos, hemos salido a visitar detenidamente a Jerusalén; la santa ciudad de Sión, predestinada y preparada por Dios a través de los siglos para el cumplimiennto de sus admirables designios; la ciudad donde tuvo lugar el admirable prodigio de nuestra Redención.

Vamos caminando lentamente, escudriñándolo todo con ánimo de grabar para siempre en nuestra memoria la imagen única en el mundo de esta urbe, símbolo de la Iglesia en la cual se perpetúa la obra salvífica de Cristo, y símbolo del cielo en la apoteosis final de los elegidos, en la gloria de los justos en el Reino del Padre.

A Jerusalén basta mirarla desde fuera; desde la vía que conduce a Belén, por ejemplo, alta, majestuosa, empinada sobre las dos colinas que le sirven de base, bella como ante los ojos arrasados en lágrimas de los Cruzados, esplendente como en la visión del profeta: "Vidi sanctam civitatem, Jerusalem novam, descendentem de coelo", para comprender de inmediato por qué toda la literatura inspirada del pueblo escogido y la liturgia cristiana han hecho de esta ciudad y del cielo como una sola cosa: Coelestis urbs Jerusalem!



Vamos caminando lentamente, hemos dicho, y el Rvdo. Padre Franciscano que nos sirve de guía, responde con paciencia inagotable y con vasta erudición a nuestras incesantes preguntas.

Y hénos ya aquí al sudeste de la ciudad, sobre la colina del monte Moria, delante de esa maravilla de arte, música hecha piedra policroma que es la mezquita de Omar. De forma octa-

gonal, este monumento ocupa exactamente el mismo sitio donde estuvo enclavado el portentoso templo de Salomón, destruído por Nabucodonosor en el año 587 antes de Cristo.

Al regreso de los hijos de Israel de la cautividad de Babilonia, en el año 536, un nuevo templo más modesto comenzó a surgir en la colina del Moria; y fue, finalmente, Herodes quien, para ganarse la voluntad de los judíos y hacerles olvidar su helenismo y sus crímenes, restituyó a la Casa de Jehová su antiguo esplendor.

Aquí, pues, en este sitio donde ahora impera la media luna, estuvo el templo en el cual Jesús discutió de Niño con los doctores; donde realizó diversos y estupendos milagros; donde adoctrinó muchísimas veces a las muchedumbres, alabó a la viuda y arrojó a los mercaderes que profanaban la casa de su Padre.

Con excepción de la mezquita, todo en esta inmensa explanada nos habla del Señor; el viento que corre con la suave cadencia de un salmo, las palomas que entre el sol tienen la inocente fragancia de versillos evangélicos.... Aquí estaba el Pórtico real levantado perpendicularmente sobre el valle del Cedrón, a una altura de 180 m., posiblemente el mismo desde el cual el demonio instó a Nuestro Señor para que se precipitase: "Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo" (Mth. IV,5-6)

Allí puede verse aún, tapiado ahora, el sitio que ocupaba la Puerta de Oro por donde El hizo su entrada el domingo de Ramos entre los hosannas repetidos de la multitud.

LA PISCINA DE SILOE

Por un caminito de cabras, estrecho, polvoso y lleno de piedras, descendemos hacia el Sur de la ciudad, en el límite del valle del Cedrón. Vamos en busca de la piscina de Siloé, de la que no habla San Juan en el capítulo noveno de su Evangelio.

El Salvador después de haber formado lodo con su saliva y un poco de tierra, y de haber ungido los ojos de un ciego de nacimiento, le mandó que se lavase en el agua de aquella piscina y el ciego recrobró la vista al instante.

Ascendiendo de Sur a Norte por en medio del valle del Cedrón o valle de Josafat, y dejando detrás de nosotros el Hacéldama o campo de sangre donde el discípulo traidor puso fin desastroso a sus días, arribamos a una fontana profunda de aguas clarísimas, conocida con el nombre de "fuente de la Virgen" y que vierte sus aguas por medio de un acueducto abierto en la roca, en la piscina de Siloé.

Siempre en ascenso, llegamos por fin, a la derecha del valle, al sepulcro de la Virgen o iglesia de la Asunción, donde la Madre sin mancilla durmió el breve sueño de la muerte. La iglesia es subterránea, y fue reedificada por los cruzados en mil ciento treinta, sobre las ruinas de un antiguo edificio destruído por los persas en el año seiscientos catorce.

El respeto y veneración que los sarracenos profesan a la Madre de Dios, ha servido eficazmente para la conservación de este monumento al que se penetra por un magnífico pórtico.

MONTE DE LOS OLIVOS

Estamos al pie mismo del monte de los Olivos tantas veces citado en los santos Evangelios; el monte bendito cuyo recuerdo —cuando muchas de las impresiones de Tierra Santa se vayan atenuando o desvaneciendo al paso de los años—, subsistirá siempre luminoso y claro. Porque el Olivete, como el lago de Tiberíades, es uno de esos pocos sitios que en la tierra del Señor no han perdido nada de su fisonomía original.

Esos senderitos polvosos que se cruzan aquí y allá; que serpean bordeando los troncos rugosos de los viejos olivos; que se empinan camino de Betania donde vivían Lázaro, Marta y María; que descienden para empinarse luego camino del templo, o que llevan hacia un huerto, el huerto de la agonía, son los mismos marcados con la impronta imborrable de las huellas de Cristo.

Con un conmovido silencio que es, a la vez, meditación y plegaria, iniciamos su ascenso.

SANTUARIO DE LA ASCENCION

Uno de los hechos históricos que consagran y hacen imborrable para siempre la memoria del Olivete, es que en su cumbre tuvo lugar la gloriosa Ascensión del Señor a los cielos, cuarenta días después de la Resurrección.

Los datos suministrados por los Evangelistas y, especialmente, por el Libro de Los Hechos (I, 9-12), no dejan lugar a dudas.

Para conmemorar el glorioso suceso, se ha erigido un santuario precisamente en ese camino de Betania de que nos habla San Lucas: "Después los llevó afuera, camino de Betania, y levantando las manos les echó su bendición. Y mientras los bendecía se fue separando de ellos y elevándose al cielo; y habiéndole adorado, regresaron a Jerusalén con gran júbilo (Luc.XX IV,50-52).

IGLESIA DEL PATER NOSTER

Hacia el sur de la Ascensión puede visitarse la iglesita del Pater Noster donde, según una antiquísima tradición, el Salvador enseñó por segunda vez a sus discípulos la oración dominical.

En el claustro del convento de religiosas Carmelitas contiguo a la iglesia, puede leerse el Padre Nuestro escrito, en su texto íntegro, en treinta y seis idiomas.

SANTUARIOS DE BETFAGE Y DOMINUS FLEVIT

Esta cima del Olivete, pelada, enhiesta, está toda sembrada de páginas del Nuevo Testamento!

Por aquí pasó el Señor una mañana inolvidable, entre los vítores de las multitudes que en tantas ocasiones habían pretendido coronarlo por Rey. Pero escuchemos a San Mateo:

"Cuando estuvieron cerca de Jerusalén y llegaron a Bétfage, junto al monte de los Olivos, despachó Jesús a dos discípu-

los diciéndoles: id a la aldea que se ve en frente de vosotros y luego encontraréis un asna atada y su pollino con ella; desatadlos y traédmelos. Si alguno os dijere algo, respondedle que los necesita el Señor y al punto os los dejará llevar.

Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el profeta: decid a la hija de Sión: mira que viene a tí tu Rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo.

Y una gran muchedumbre de gentes tendía por el camino sus vestidos; otros cortaban ramas de los árboles y las tendían por el suelo. Y clamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor! Hosanna en las alturas" (Math. XXI, 1-9).

Y los fariseos y escribas, roídos por el odio y la envidia, se decían aterrados: Véis como no adelantamos nada?, todo el mundo va en pos de El.... Y en el colmo de la deseperación se atrevieron a apostrofarle: "Maestro, haz callar a tus discípulos. Respondióles Jesús: en verdad os digo que si estos callaran, gritarían las piedras" (Jn. XII,19; Luc.XIX,39-40).

—*—*—

Como a unos dos kilómetros de Jerusalén; en el lugar del antiguo castillo de Bétfage y sobre las ruinas de un santuario del siglo XII, los PP. Franciscanos han erigido una capilla que conmemora el pasaje evangélico. Otro tanto han hecho en la ladera del monte, en el sitio llamado "Dominus flevit", en memoria de las lágrimas vertidas allí por el Señor en esa misma mañana de su entrada triunfante.

Al llegar a la cumbre del monte; ante el espectáculo de la santa ciudad levantada entre el cielo y la tierra sobre la cima de la opuesta colina, blanca, de un candor inmaculado, donde sus mármoles no habían sido aún tocados por el sol; refulgente, de una blancura cegadora, en las torres herodianas, en el templo con sus centenares de columnas monolitas, con sus atrios, las célebres puertas de bronce, las láminas de oro, el amor de Nuestro Señor por la ciudad escogida se debió haber levantado poderoso en su pecho. Tanto más fuerte ahora cuando estaban ya próximos a realizarse los terribles vaticinios sobre la

ciudad deicida.

Y mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, brotaron de sus labios estas quejas dolorosas: Jerusalén, Jerusalén! Cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina recoge a sus polluelos debajo de las alas y tú no has querido.

"Ah, si conocieses, al menos en este día, lo que puede traerte la paz! Mas ahora está todo oculto a tus ojos. Vendrán días sobre tí en que tus enemigos te cercarán con vallas, te rodearán y te estrecharán por todas partes; te arrasarán con tus hijos y no dejarán en tí piedra sobre piedra por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado" (Luc. XIX,42-44).

9 DE ABRIL, DOMINGO DE RESURRECCION

Las primeras luces del alba del domingo, nueve de abril, nos encuentran a las puertas mismas de la Basílica del Santo Sepulcro.

Las puertas permanecen cerradas todavía, y con impaciencia esperamos la llegada de nuestros compañeros de peregrinación y de los RR. PP. Franciscanos que habrán de oficiar solemnemente los divinos oficios.

Si al penetrar en la basílica se deja la escalera que a la derecha conduce de inmediato al monte Calvario, lo primero con que tropiezan las miradas del peregrino en la planta baja es con "la piedra de la unción", cercada por una verja de hierro, donde José de Arimatea y Nocodemus ungieron con aromas el cuerpo sacratísimo de Cristo y lo envolvieron en blanquísimos lienzos a la usanza judía.

Continuando siempre al noroeste del Gólgota, entramos en lo que a la muerte de Jesús era un huerto, en parte ocupado por peñas, que sirvió a su propietario, José de Arimatea, para labrarse un sepulcro de familia y donde fue sepultado el Señor. Hoy el huerto de aquel noble personaje está todo ocupado por una vasta iglesia-*rotonda,* que contiene en su centro la capillita del Santo Sepulcro.

EL SANTO SEPULCRO

Al entrar, en el lugar del antiguo vestíbulo destruído por los arquitectos de Constantino, hay en la actualidad una diminuta capilla, "la capilla del ángel", en memoria del mensajero divino que dio a las piadosas mujeres la fausta noticia: "Surrexit, non est hic".

Por una estrecha abertura que cerraba la piedra del sepulcro, se pasa a la cámara mortuoria propiamente dicha donde, desde la tarde del viernes hasta las primeras horas del domingo, estuvo encerrado el cuerpo sacratísimo de Cristo.

En esta reducida estancia de 2,07 m. de largo por 1,93 de ancho, preservada bajo placas de mármol de la indiscreta piedad de los fieles, puede venerarse la roca primitiva, la misma que estuvo en contacto con el cuerpo del Señor... La emoción que se siente al besarla, el pasmo conmovido que nos invade al pedir en este sitio por las necesidades de la Iglesia, por nuestros seres queridos, es solo comparable a lo que hemos experimentado al contacto con la roca del Gólgota.

APARICIONES DE JESUS

"Entre tanto María Magdalena estaba fuera llorando, cerca del Sepulcro, nos dice San Juan.

Con las lágrimas, pues, en los ojos, se inclinó a mirar y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentado uno a la cabecera y otro a los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Dijéronle ellos: mujer por qué lloras? Respondióles: porque se han llevado de aquí a mi Señor y no sé dónde le han puesto.

Dicho esto, volviéndose hacia atrás, vio a Jesús en pie, mas no conocía que fuese Jesús. Dícele el Señor: mujer por qué lloras?, a quién buscas?

Ella, suponiendo que fuese el hortelano, le dijo: señor, si tú lo has quitado díme dónde lo pusiste y yo me lo llevaré. Dícele Jesús: María! volvióse ella y le dijo: Rabboni, que quiere decir Maestro. Dícele Jesús: no me toques porque no he subido todavía a mi Padre; mas anda, vé a mis hermanos y diles:

subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. XX,11-17).

En memoria de esta primera aparición de Nuestro Señor resucitado, se ha erigido una capilla, a cargo de los RR. PP. Franciscanos, vecina al Santo Sepulcro, en la parte opuesta a los pilares que circundan la rotonda. En la sacristía contigua pueden admirarse la espada de Godofredo de Buillón, parte de su armadura y un cuadro al óleo de este esforzado paladín, modelo de cruzados y tan cristiano y humilde que no osó, como todos sabemos, llevar la corona a que tenía derecho como primer rey cristiano de Jerusalén, en el mismo sitio donde Nuestro Señor había sido coronado de espinas.

EMAUS

Dos veces se apareció aún el Señor a sus apóstoles en la tarde de aquel mismo domingo de Resurrección.

Fue la primera, camino de Emaús. Cleofás y Simón su hijo recorrían a la caída de la tarde los sesenta estadios (once kilómetros aproximadamente) que separan a Emaús de la santa ciudad.

Regresaban a su hogar con la angustia en el alma. Habían esperado pacientemente en Jerusalén a que transcurrieran aquellos tres días fijados como plazo para la gloriosa resurrección del Salvador, y ahora, ya casi al final, ellos no habían visto al Resucitado todavía. Aquello suponía el definitivo y absoluto fracaso, para su corazón de verdaderos israelitas, de haber alcanzado con Jesús de Nazaret la época anunciada por los profetas: la edad del Redentor!

Qué esperanza restaba ya para ellos? Ninguna! volver a su casa y sepultar para siempre sus ansias de ver al Mesías; le verían quizás sus hijos; ellos, al menos, si ese Mesías no era Jesús de Nazaret, no le verían ya en sus días.

De repente, por el mismo tortuoso camino aparece un viajero que a la vista de los dos caminantes apresura su paso y los interroga:

—Qué conversación es esta que caminando lleváis entre los dos y por qué estáis tan tristes?

Viene luego aquel su divino discurrir por todas las Escrituras, que va desvaneciendo una a una las dudas de aquellos "necios y tardos de corazón para creer"; aquel fingir *pasar adelante* para que los discípulos que han sentido arder en sus pechos una nueva luz de esperanza, lo detengan casi a la fuerza y le ofrezcan hospitalidad en su aldea con las más dulces e insinuantes palabras: "quédate con nosotros, Señor, porque ya es tarde y el día va de caída".

Y el Señor acepta la hospitalidad que se le brinda, mejor, que El mismo se ha buscado, para destruir de la manera más paternal, lógica y humana, hasta la última brizna de duda. Y sentándose a la mesa con ellos, "tomó el pan, lo bendijo y habiéndolo partido se los dio. Con lo cual se les abrieron los ojos y le reconocieron; mas El desapareció de su vista.

Entonces se dijeron uno a otro: no es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al punto regresaron a Jerusalén" (Luc XXIV,13-33).

—*—*—

El texto íntegro de esta admirable aparición que San Marcos apenas insinúa, lo debemos a la pluma maravillosamente colorida de San Lucas. Y cuánta poesía y cuánta doctrina en tan breve relato. Y cómo conmueve el corazón esta escena, una de las más divinamente humanas de todo el Evangelio!

Un camino perdido entre las ásperas montañas de la Judea, pero iluminado por la luz suave, tamizada de la tarde. Dos hombres que recorren ese camino bajo el peso de la más grande de todas las desilusiones: la desilusión religiosa. Porque los discípulos del Señor vivían en ese momento toda la angustia del dilema que habría de sintetizar más tarde San Pablo con estas palabras: Porque si Cristo no resucitó vana es nuestra fe!

Después, el consuelo que representa la compañía de un recién llegado, su interés, sus bondadosas palabras; la esperanza que quiere volver a renacer sostenida en las profecías de la Escritura. Y en seguida, la alegría total, sin restricciones de Emaús.

Más que una hora en el tiempo, Emaús es un estado de alma; es el drama de la fe! La hora terrible de ciertos espíritus cuando Dios parece que se va y se hace la obscuridad en torno nuestro, y cae la noche sobre la ventana cerrada del corazón, cerrada a toda esperanza... Después, cuando menos lo pensamos, esa luz torna aún más fuerte y disipa las tinieblas, porque nos hemos sometido sin protestas a la divina voluntad, y porque en medio de las tinieblas no hemos dejado de buscar con sinceridad al Señor.

Fuera de sí de dicha ante la inesperada aparición, Simón y Cleofás se pusieron al punto en camino para anunciar la fausta nueva a los apóstoles y a los otros de su séquito; los hallaron reunidos en el Cenáculo, las puertas cerradas por temor a los judíos.

Y mientras contaban lo que les había sucedido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir del pan, he aquí que de nuevo el Señor se aparece en medio de ellos y les dice: La paz sea con vosotros, Yo soy, no temáis.

—*—*—

Por esta misma vía de Emaús, peregrinos de Tierra Santa, pasamos un día nosotros, una tarde de Pascua de Resurrección! El día y la hora de Emaús, cuando es más fácil revivir entre el paisaje nativo y bajo el sol del ocaso, toda la hermosura externa del cuadro trazado por San Lucas, y el sentido recóndito, el hondo significado místico del hecho evangélico.

DIEZ DE ABRIL, LUNES DE PASCUA

Concluído el Triduo sacro con el cual la Iglesia universal conmemora la Pasión y Muerte de Nuestro adorable Redentor, también nosotros podemos ya pensar, como en una inigualada realidad, en la dicha inefable de oficiar la santa Misa en el Calvario y en el santo Sepulcro.

Y quién podrá decir lo que cada uno de nosotros, sacerdo-

tes peregrinos de 1950, sentimos allá en lo más hondo del alma al subir las gradas del altar latino del Gólgota, teatro histórico, vivo, objetivo, de la mayor prueba de amor del Verbo humanado, mientras nuestros labios recitan piadosamente las palabras del Salmista: entraré al altar de Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud?

Y después de la santa Misa, para dar libre curso a la alegría que nos inunda en esta mañana hecha de luz y de gozos pascuales, nada mejor que una visita a Betania!

BETANIA

A menos de tres kilómetros de Jerusalén, lo que explica fácilmente las continuas visitas del Maestro; con su nombre que significa, según el Talmud, "Casa de los dátiles", Betania era en tiempos de Nuestro Señor una riente aldeíta extendida como una fresca mancha de verdura al lado opuesto del Olivete, todo plata de argentados olivos.

Cuánto Evangelio en Betania; cuánta vida humana y divina de Jesús en aquel sitio y qué de sublimes enseñanzas...

Ya es Marta que al lamentarse de la aparente ociosidad de su hermana, da ocasión a esta sublime respuesta en la que radica el secreto de la perfección: "Marta, Marta, te angustias y preocupas por demasiadas cosas; no obstante, solo una es necesaria" (Luc. X,41-42).

Ya la muerte de Lázaro, que da origen a estas nuevas palabras en las que Jesús descubre, misericordioso y consolador, los inquietantes secretos del más allá: "Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en Mí, aunque hubiere muerto vivirá; y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá para siempre" (Jn. XI,25-26) Y luego aquel llanto ante la tumba de su amigo, y el hecho extraordinario, estrepitosamente divino de la resurrección de un muerto de cuatro días.

Cuánto Evangelio en aquella casa, toda penetrada del sabor del Cenáculo!

Allí, seis días antes de la prisión en el Huerto, María, sin saberlo, embalsama el cuerpo del Señor para el sepulcro: con

un vaso de esencias de nardo humedece las plantas del Salvador y las enjuga con las trenzas de sus cabellos; y toda la casa se llenó de la fragancia del perfume, nos dice el apóstol San Juan.

—*—*—

Hoy Betania es una confusa reunión de míseras cabañas habitadas por musulmanes. Mejor que "Casa de los dátiles", el apelativo que le cuadra es el de "Casa de la tristeza", según la interpretación dada a su nombre por Eusebio.

Tan próximas a Jerusalén, estas aldeítas estaban destinadas a correr, lógicamente, la misma suerte de la ciudad deicida al paso de los invasores.

En compañía de los PP. Franciscanos visitamos el sitio que debió haber ocupado la casa de los amigos del Señor, y luego descendimos al sepulcro de Lázaro. Por veinticuatro escalones estrechos y obscuros se desciende a una gruta cavada en la roca, formada por la cámara mortuoria y por un vestíbulo desde el cual el Señor ordenó a Lázaro que saliese. "Al instante el que había muerto salió fuera, ligado de pies y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: desatadle y dejadle ir" (Jn.XI,44).

Abril 11: B E L E N

Lentamente, sin prisa, para poder mirarlo todo y fijarlo en el fondo del alma, vamos recorriendo los ocho kilómetros que separan a Jerusalén de la ciudad de David. El camino, un tanto modificado para que puedan pasar por él los vehículos automotores, es, no obstante, el mismo recorrido por los reyes magos e iluminado por la luz de la estrella de que nos habla San Mateo:

"Luego que oyeron esto al rey (Herodes), partieron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos hasta que, llegando sobre el sitio en que estaba el Niño,

se detuvo. A la vista de la estrella los magos se regocijaron por extremo" (Mth. II,9-10).

Con su nombre que significa "Casa del pan", y el de Efrata que quiere decir fecunda en frutos; rodeada de campos de trigo; con sus casas de piedra blanca y sus techos en terraza sobre los cuales se destaca, inconfundible, la inmensa basílica de la Gruta hecha levantar por Sta. Elena con piedra roja del país en el trescientos, Belen tiene aún —después de veinte siglos— un no se qué de alegre y de gozoso, perfectamente de acuerdo con el misterio que evoca y sugiere.

Y por doquiera recuerdos del Antiguo y del Nuevo Testamento!

Estos campos que vamos atravesando, son los campos de Booz donde Ruth, la moabita, venía a recoger las espigas que los segadores dejaban caer de propósito...

Aquella aldeíta es Beth-Sahur, la de los privilegiados pastores que en la primera *Noche Buena* de la historia y del mundo, oyeron himnos angélicos y recibieron la embajada del cielo que decía: "Hoy ha nacido para vosotros un Salvador".

Aquel monumento es la tumba de Raquel, la esposa predilecta de Jacob, de que nos habla el libro del Génesis: "Murió Raquel y fue sepultada en el camino que va a Efrata, la misma que después fue llamada Belén. Y Jacob erigió un monumento sobre su sepultura. Este es el monumento de Raquel hasta el día de hoy" (Génesis, XXXV,19-20).

Aquí David, casi un niño, fue consagrado rey del pueblo escogido por el gran sacerdote Samuel.

Un poco más lejos de Belén, a lo largo del camino del Hebrón, pueden verse el "Hortus conclusus" y la "fuente sellada", celebrados por Salomón en el Cantar de los Cantares.

—*—*—



Belén. — *Panorámica de la ciudad y Basílica de la Natividad.*

Más que el arribo a un sitio geográfico que aparece a nuestros ojos por vez primera, la cita con Belén, la ciudad del pesebre viviente e histórico, es *un reencuentro.* La hemos visto tantas veces en sueños, a través de la alegría de los pesebres, ya pobres o ricos, de infancia; la hemos fabricado tantas otras con la substancia tenaz y milagrosa de la fantasía que en no pocas ocasiones adivina e intuye, que nos movemos por sus calles y santuarios como por sobre algo muy familiar y conocido.

12 y 13 de abril

EL MAR MUERTO, JERICO Y EL JORDAN

Estos dos últimos días de nuestra permanencia en Tierra Santa, los hemos destinado de común acuerdo para visitar la ciudad de Jericó, el Mar Muerto y el Jordán, sitios bíblicos tan estrechamente vinculados a las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Y es así como la mañana del doce, martes de Pascua, nos encuentra en aquel solitario y fatigoso camino —hoy mediana carretera siempre en descenso— que de Jerusalén lleva a Jericó.

Es ésta aquella misma región desolada y abrupta donde, en tiempos de la vida pública del Salvador, numerosas bandas de forajidos se dedicaban o al vandalaje vulgar, o a vengar las injurias de que era objeto el pueblo judío por parte de los soldados de Roma y de los terribles herodianos.

Y fue aquí también donde el divino Maestro, para hacer más verosímil y expresivo su relato, situó dentro de una absoluta fidelidad a la topografía y al paisaje, aquella hermosa y expresiva parábola del "Buen Samaritano" que comienza: "Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó..."

El silencio del camino; las grandes revueltas y tremendas encrucijadas tan propicias para el ataque criminal y sorpresivo; el color rojo, color de sangre de los barrancos, todo contribuye eficazmente a actualizar la enseñanza parabólica y a dar vida y color a los numerosos incidentes que sugiere.

Pero los automóviles en que hacemos el viaje, manejados por hábiles choferes árabes, acortan velozmente las distancias;

y es así como, a las once y cuarto de la mañana, arribamos a las orillas del Mar Muerto, instrumento de la cólera divina y terrible sepulturero de las ciudades de la Pentápolis y de la fértil llanura de Siddim.

Con una superficie aproximada de 92 kilómetros cuadrados, este lago forma con las aguas del Jordán y de otros afluentes parte de un valle que por su profundidad —932 metros bajo el nivel del Mediterráneo— es único en el mundo; la gran masa líquida, sin cauce ni salida alguna, es luego evaporada por los intensos calores a que está sometida la región.

Por sus riberas pobladas de verdura y por la azul transparencia de las aguas, el Mar Muerto parece como si quisiera hacernos olvidar la hecatombe de que fuera testigo y el formidable secreto que guarda en su fondo.

Pero cuando se saborea toda la amargura de aquel líquido densamente bituminoso y cargado de sales en el cual es imposible la vida; cuando se piensa en la oprimente soledad —ni un ave, ni seres humanos, ni grandes árboles, ni flores silvestres tan abundantes en otros sitios de Palestina—, el ánimo se sobrecoge de pavor y de angustia, y por fuerza debemos abandonar un sitio, de extraordinaria belleza y exuberante fertilidad en la época de Lot, pero al que la divina justicia, irritada por los pecados de los hombres, redujo al estado presente según leemos en el libro del Génesis: "Entonces el Señor llovió del cielo azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra. Y arrasó estas ciudades y todo el país confinante, los moradores todos de las ciudades y todas las verdes campiñas del territorio". (Génesis,XIX,24-25).

—*—*—



Jericó. — *El Monte de la Tentación.*

JERICO Y EL JORDAN

Refrescada por las brisas del río Jordán; con las dilatadas llanuras de Gálgala enfrente y el Monte de la Tentación a sus espaldas, Jericó continúa siendo —a pesar de la incuria de sus moradores árabes— el "Paradisus Dei" de que nos habla la Escritura. Así lo confirman sus huertos y jardines, las palmeras, sicomoros, higueras, tamarindos y toda suerte de árboles y frutos que vemos por doquiera.

De Jericó podría decirse, en cierto modo, que es una ciudad profana. Su historia, en efecto, encierra nombres como el de Cleopatra, a quien Marco Antonio —dueño del mundo con Octaviano y Lépido —hace de la ciudad un presente de amor; como el de Herodes el Grande, para quien "la ciudad de las palmas" fue no solo palacio de invierno, sino definitiva morada en la tumba. Además, altos personajes y numerosas caravanas fenicias que venían a pasar allí largas temporadas atraídos por el ambiente de molicie y por el clima cálido y embriagante, le imprimieron su sello.

Sin embargo, es tal la fuerza del soplo bíblico que por aquí discurre y tiene su voz tales acentos, que eclipsa lo profano y hace de este sitio uno de los más sugestivos y evocadores del Evangelio.

Ya hemos mencionado el Monte de la Tentación donde Jesús ayuna cuarenta días y cuarenta noches y se dispone para iniciar la vida pública. Aquí el Maestro solía detenerse en sus penosos viajes a la Transjordania; aquí devolvió la vista al ciego Bartimeo; aquí hizo de Zaqueo, aquel publicano que por su pequeña estatura se subió a un sicomoro para ver pasar al Señor, uno de sus íntimos!

Al noroeste de la población actual, pueden verse las ruinas de la antigua Jericó, —la ciudad cananea— sacadas a la luz del día por arqueólogos alemanes e ingleses; allí mismo también, junto a la fuente del profeta Eliseo, nuestros ojos asombrados pudieron admirar restos de viejas murallas, quizás de aquellas que al son de las trompetas de los sacerdotes se derrumbaron para dar paso al pueblo escogido.

—*—*—

De Jericó al Jordán, al propio sitio en que según la tradición fue bautizado el Salvador, el camino se hace por un verdadero desierto con montículos de arena movediza; en todo el recorrido la única nota de vida la dan los beduínos con sus tiendas y camellos, y su presencia, lejos de romper el sentido compacto de soledad y de desierto, le imprime nuevo carácter, completa su majestad.

Y hénos ya aquí, en presencia del río más venerable de la historia, el río de los milagros! Sus aguas se separaron un día por mandato divino para que Josué, sus cuarenta mil guerreros y todo el pueblo pasaran por su cauce a pie enjuto; San Juan Bautista inicia en sus riberas su misión de precursor, y el Verbo hecho carne penetra en sus ondas para ser bautizado por Juan a fin de que se cumpla toda justicia.

—*—*—

Tarde del trece de abril

Abrumados por el peso de tantas y tan inefables emociones como hemos venido experimentando al dulce contacto con la Tierra Santa, pensamos ahora, en esta nuestra última tarde palestiniana y mientras el sol va declinando lentamente tras el Monte de la Cuarentena, que, como al anciano Simeón, ya nada nos resta por pedirle al Señor....; "nunc dimittis servum tuum Domine"!

Esta misma tarde y desde el aeródromo de Mafrak, en la Transjordania, un gigantesco avión desandará con nosotros el camino inicial, y a través de Grecia, el Mediterráneo y Sicilia nos volverá a nuestro punto de partida, a la Ciudad de los Papas.

Pero el recuerdo de nuestro paso por la tierra bendita donde tuvo lugar la dramática reconquista del hombre pecador hecha por el propio Hijo de Dios, permanecerá de manera indeleble, imborrable, en nosotros, hecho luz de nuestros pensamientos y sangre de nuestra alma.

Esta visita al soñado y misterioso país de los vaticinios, donde, como en los días del Señor, hay ovejas y pastores junto a las aguas, como en una parábola; pescadores en Tiberíades, ánforas y bodas en Caná, funerales en Naím, mujeres junto al pozo de Jacob, higueras estériles en los caminos, sembradores que arrojan la semilla con las primeras luces del alba y estrellas que iluminan las noches de Belén, ha sido para nosotros —peregrinos del 1950— *una revelación!*

Esta visita ha creado en nosotros un estado de ánimo nuevo, producido por la realidad del Evangelio y de la Biblia presentes en todo para quien quiera descifrar su sentido; por el influjo de la persona adorable de Cristo cuyas huellas hemos venido siguiendo humildemente, y por el dulce atractivo de la tierra palestiniana donde lo que los ojos del cuerpo no pueden ver lo adivina, lo intuye el alma...

Como San Jerónimo, también nosotros hemos pensado, al alejarnos, que "uno es menos piadoso y posee menos ciencia religiosa, cuando todavía no ha adorado al Señor donde el Evangelio iluminó por vez primera al mundo".



APENDICE

Momentos culminantes del Año Santo

de 1.950 en Roma:

La apertura de la *Puerta Santa*

y

La Proclamación del dogma de La Asunción



Roma. — *Antiguo Foro Romano (Atardecer)*

EL AÑO SANTO COMIENZA

(Roma, enero de 1950).

Todavía bajo el peso de una de las emociones más duraderas de mi vida, hago llegar a los lectores de LA PATRIA de Manizales los pormenores fidelísimos de una de las ceremonias más solemnes y cargadas de sentido que registra la Iglesia Católica: la apertura de la *Puerta Santa,* realizada hace pocos días en la Basílica de San Pedro por el Padre Supremo de la cristiandad.

Precedida por varios meses de espectativa universal, durante los cuales la familia humana ha hecho llegar peregrinos a Roma por todos los caminos, la mañana del 24 de diciembre de 1949 aparece por fin.

Es una mañana gratísima, casi diríamos tibia, y bien diferente por cierto del tiempo lluvioso, erizado de agujas de frío y poblado de niebla de los comienzos de diciembre.

Por las vías principales que conducen a San Pedro: a través del "corso Vittorio Emanuele" y por las calles que en él desembocan, ríos humanos avanzan difícilmente y se van desplazando hacia el interior de la Basílica por la "Porta delle Fondamenta".

Con varios días de anticipación el maestro de cámara de Su Santidad, monsignore Callori, ha hecho saber a los habitantes de Roma que no habrá para ellos billetes de ingreso a las ce-

remonias del pórtico de San Pedro, con el fin de dar preferencia a los peregrinos.

Prudente decisión que facilita el trabajo a los organizadores, pues mientras la Basílica acoge sin fatiga los miles de fieles que habrán de contentarse con ver pasar de cerca al Romano Pontífice y con los pormenores finales de la ceremonia, el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, la familia del Padre Santo, representantes de la Orden Militar de Malta, de la Orden equestre del Santo Sepulcro, su majestad la reina de Bélgica, el patriciado y la nobleza romana, altas personalidades nacionales y extranjeras y diferentes peregrinaciones entre las cuales se encuentra la de Colombia con cuarenta y dos representantes, toman asiento en las tribunas preparadas de antemano en el magnífico pórtico ricamente decorado con estucos donde se encuentra la *Puerta Santa.*

Mientras tanto el Sumo Pontífice, portado en la silla gestatoria, antecedido por la cruz papal y acompañado de los penitenciarios, de los prelados de la Capilla Pontificia, de los abades y de los Excelentísimos Señores Obispos, Arzobispos y Cardenales, desciende de la Capilla Sixtina por la escala regia entre dos alas formadas por el clero secular y regular, y penetra en el pórtico de la Basílica donde es solemnemente recibido por el capítulo y por el clero vaticano.

Dejada la silla gestatoria el Santo Padre recibe de manos del Eminentísimo Cardenal Canali, penitenciario mayor, el artístico martillo de oro y plata, regalo de la católica España, y golpea por vez primera la *Puerta Santa* cantando el versículo: *"Aperite mihi portas justitiae",* al cual el coro responde: *"Ingressus in eas confitebor Domino".*

Por segunda vez el Padre Santo golpea la puerta y canta: *Introibo in domum tuam, Domine,* y el coro prosigue: *Adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo.*

Por tercera y última vez, con voz más fuerte y nítida, el Pontífice Supremo canta: *Aperite portas quoniam nobiscum Deus,* y el coro replica:*Qui fecit virtutem in Israel!* En el mismo instante el muro que desde hacía 25 años cerraba aquella entrada cae sobre el pavimento, mientras el coro de la capilla pontificia, bajo la dirección de Monseñor Perosi, deja oír, en armonía indescriptible, las notas del *Jubilate Deo* con el cual el rey pro-

feta celebra el júbilo de la correspondencia del mundo a las dilecciones divinas; y los penitenciarios y religiosos menores conventuales lavan con agua lustral y secan con cándidos linos el umbral y las jambas de la mística puerta.

Súbitamente enmudecen todas las voces y un silencio y recogimiento profundos invaden los ámbitos del templo. Es que el Papa Pío XII va precisamente en ese instante a dar paso a la más grande realidad de nuestros días: el comienzo del AÑO SANTO, el año del "gran retorno y del gran perdón" según las palabras del Vicario de Cristo.

De pie, en la mano izquierda un cirio encendido símbolo de la fe y de la caridad, en la diestra la cruz, símbolo de la más alta potestad de remisión y de perdón sobre la tierra, el Pontífice Supremo avanza y supera las primeras gradas; su elevada y noble figura estilizada por la penitencia, por el amor a Cristo, por el peso de todos aquellos hijos por quienes "vive, se fatiga, sufre, ora, se preocupa y desvela", según sus propias palabras, se destaca entonces nítidamente y se ofrece en toda su grandeza y majestad.

Y allí, cabe el umbral de la sagrada puerta, el Vicario de Cristo en la tierra, el Maestro y el Pontífice Supremo, se pone de rodillas con la cabeza descubierta y ora silenciosamente.

Son breves minutos de intensa conmoción durante los cuales el latir acelerado de los corazones atestigua que un nuevo Moisés ha entrado en comunicación directa con Dios.

El sagrado rito toca a su fin. Con voz clara y nítida el Padre Santo entona el TE DEUM; se pone en seguida de pie y cruza —antes que nadie— la PUERTA SANTA.

El JUBILEO ha comenzado! La campana mayor de San Pedro anuncia al mundo entero la buena nueva; despiertan a sus voces de gozo todas las campanas de Roma, y el eco de un clamor de júbilo inmenso que viene de la plaza invade las naves de la Basílica, arreboladas ahora de luz y de incienso, y tropieza con otro no menos espontáneo y gozoso de los miles de peregrinos, que en representación de la Iglesia universal han llegado a Roma con el fin de participar en el grandioso jubileo que señalará —Dios lo quiera— el comienzo de una nueva era de benignidad y de paz para todos los hombres y pueblos en Cristo.



Roma. — *Estatua de Moisés, obra de Miguel Angel, que puede contemplarse en la Iglesia de "San Pietro in Vincoli"*

PRIMERO DE NOVIEMBRE DE 1950 EN ROMA:

ENCUENTRO DE NACIONES Y DE SIGLOS!

Como complemento de las grandes verdades dogmáticas de la teología mariana; como una respuesta elocuentísima, definitiva y rotunda a ese clamor universal y unánime contenido en la teología, en la historia, en la poesía, en la liturgia, en el arte, en la ciencia, en la plegaria, con que los cristianos —aun herejes como los nestorianos y monofisitas—, a través de los siglos han venido expresando su ardiente creencia en la ASUNCION DE MARIA SANTISIMA EN CUERPO Y ALMA A LOS CIELOS, el Padre Supremo de la cristiandad, asistido por el Espíritu Santo, en la plenitud de su sagrado e infalible magisterio, rodeado de miles y miles de fieles venidos de todas las partes del mundo, acaba de definir "ex Cathedra" para toda la Iglesia Universal el dogma de la Asunción según el cual "la Inmaculada y siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrena, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria celeste".

Pormenores de la histórica jornada

A las ocho y media de una mañana espléndida, digna de Aquella que es "hermosa como el sol y pura como la luna", por entre el vasto silencio de una multitud innumerable que colmaba la Basílica Vaticana, la Plaza de San Pedro, la Plaza Pío XII y la Via della Conciliazione hasta el castillo de Sant'Angelo, el canto de las letanías se percibe claro y rotundo, llevado a todos los sitios por medio de un magnífico servicio de altoparlantes.

Son las voces del clero secular y regular de Roma: representantes de las Ordenes Monásticas, el Pontificio Seminario Romano, los párrocos y los Venerables Capítulos de las iglesias Colegiadas, Basílicas Menores y de las Basílicas Patriarcales, que a través de la escala regia y de la puerta de bronce descienden hacia la Plaza y se aproximan a la escalinata del templo en cuyo atrio se ha preparado de antemano el trono para el Romano Pontífice.

Viene luego el cortejo papal encabezado por altos oficiales de la Guardia Suiza y realzado esta vez —más que en ninguna otra de las festividades del AÑO SANTO— por inmensa teoría de príncipes de la Iglesia: 36 Cardenales y 600 Obispos, representantes del rito latino y del rito oriental, llegados a Roma desde las cinco partes del mundo movidos por un solo y único impulso: la fe en Cristo y en su Vicario visible en la tierra, y el amor ilímite, ardoroso, irrefrenable a la que es Madre de Dios y Madre nuestra: María!

De repente, una aclamación indescriptible, siempre renovada y cada vez más férvida, se eleva de la muchedumbre reunida en la Plaza y hay un vuelo inmenso de blancos pañuelos en homenaje al Santo Padre que, dominando el imponente cortejo, entre los vistosos uniformes de la Guardia Noble y de la Guardia Palatina, acaba de hacer su ingreso en la Plaza portado en la silla gestatoria.

—*—*—

El sagrado rito ha comenzado! Mientras de lo alto del templo descienden como lluvia benéfica las polifonías en honor de la Virgen Santísima, los Eminentísimos Sres. Cardenales, uno a uno, postrados delante del Papa, le rinden el acto de obediencia que precede a toda manifestación del Supremo Magisterio.

En seguida el Emmo. Sr. Cardenal Eugenio Tisserant, subdecano del Sacro Colegio, lee a nombre del episcopado y del pueblo católico la solicitud formulada al Santo Padre para que se digne escuchar los votos de la Iglesia y proceda a definir el dogma de la Asunción.

Su Santidad, con la voz cálida y vibrante que le es peculiar, responde que de todo corazón accede a tan instante petición, pero que es menester invocar una vez más las luces del Numen Eterno, del Espíritu de verdad y de amor.

La voz del primer diácono invita a la oración: ORATE, dice, y la augusta asamblea se pone de rodillas; con la cabeza

descubierta el Santo Padre se levanta y entona el VENI, CREATOR SPIRITUS, que prosigue alternado entre los coros de la Capilla Sixtina y el unísono formidable del clero y la muchedumbre que colma la Plaza.

El gran momento, el de la concreción de un deseo universal de siglos y de razas ha llegado; los tiempos están maduros para el dogma de la Asunción, y los corazones preparados para el *singular don de Dios,* como lo llama San Alfonso!

En medio de un impresionante silencio; debajo de ese cielo italiano, hoy más azul que nunca, sin una sola nube, y entre los brazos amorosos e inmensos de la columnata de Bernini, la muchedumbre de la Plaza de San Pedro —firme y quieta— dominada por la grandiosidad de la hora, tiene fijos los ojos en el Vicario de Cristo.

De pie, con la tiara preciosa en la cabeza, en medio de los dignatarios de la Iglesia descubiertos, el Santo Padre toma en sus manos augustas la Bula dogmática "Munificentissimus Deus" y con voz firme, haciendo hincapié en cada frase, en la plenitud de su sagrado e infalible magisterio, define "ex Cathedra" para toda la Iglesia el nuevo dogma de fe tan largamente esperado.

El reloj de la Basílica marca las 9 y 44 minutos de la mañana.

Una aclamación inmensa, como el retumbar de muchos cañones irrumpe de todos los pechos, y mientras las lágrimas ruedan silenciosamente por las mejillas, los vivas a la Santísima Virgen y al Papa suben con olor de suavidad hasta el empíreo; repican a gloria las campanas de las cien cúpulas de Roma, y las baterías del Gianícolo inician una salva de artillería con la que el Gobierno de Italia se une al júbilo de la Iglesia militante.

El sagrado rito continúa: cumplidas las formalidades jurídicas "ad perpetuam rei memoriam", el Pontífice entona el TE DEUM, el himno de acción de gracias por excelencia de la Iglesia católica.

A continuación, depuestos la tiara y el manto papales, el Santo Padre deja escuchar su palabra, nítida y vibrante, en una alocución inolvidable que relieva la grandeza del momento y la enorme trascendencia del hecho cumplido; he aquí algunas de sus frases:

"Largo tiempo invocado, este día es finalmente vuestro. Voz de siglos, digamos mejor, voz de eternidad es la Nuestra que con la asistencia del Espíritu Santo ha solemnemente definido el insigne privilegio de la Madre celeste".

"Es clamor de siglos, es vuestro clamor que hoy irrumpe en la vastedad de este sitio venerado, ya consagrado por las glorias cristianas, refugio espiritual de todas las gentes, hecho ahora altar y templo por vuestra desbordante piedad".

Terminado su discurso, el Santo Padre, en comunión espiritual con todo el pueblo cristiano, del cual es una mínima parte el río humano remansado en la Plaza, recita la oración compuesta por él mismo a la Virgen María e imparte la bendición "Urbi et orbi".

Acto seguido el cortejo papal hace su ingreso en la Basílica Vaticana colmada hasta lo inverosímil de fieles, y se da comienzo al solemnísimo pontifical realzado, como en las ceremonias de la Plaza, con la presencia del Cuerpo Diplomático oficialmente acreditado ante la Santa Sede, los Eminentísimos Sres. Cardenales, Excelentísimos Sres. Patriarcas, Arzobispos y Obispos, el patriciado y la nobleza romana, representantes del Gobierno italiano y las misiones extraordinarias de España, Italia, Irlanda, el Perú, la República Dominicana y el gobierno provincial de Quebec.

TRASCENDENCIA DEL NUEVO DOGMA DE FE

Con la solemne proclamación del dogma de la Asunción, a la que por admirable providencia nos ha tocado asistir a nosotros, católicos del siglo 20, hijos de esta generación tan atormentada y dolorida, tan extraviada e ilusa, se abre —lo acaba de decir el Santo Padre— un jirón luminoso del cielo, centelleante de candor, de esperanza, de vida bienaventurada, donde se sienta como Reina y Madre, junto al Sol de justicia, María!

"Para este mundo sin paz, martirizado por las recíprocas desconfianzas, por las divisiones, por los contrastes, por los odios, el dogma de la Asunción señalará el retorno del calor de afecto y de vida a los corazones de los hombres, hijos de una misma Madre, María, vínculo de unión para el Cuerpo Místico de Cristo" (Su Santidad Pío XII).

De la misma manera que la definición de la divina Maternidad señaló el fin de la herejía arriana y nestoriana; y la definición de la Inmaculada Concepción abrió la tumba a las sociedades secretas, al racionalismo, al cientifismo presuntuoso, la histórica jornada del primero de noviembre de 1950 en Roma ha abierto la fosa a las causas primordiales de todos los males que afligen al siglo presente: al comunismo ateo y materialista, al ateísmo militante, al idealismo panteísta, al monismo evolucionístico, al naturalismo, al existencialismo desesperado e incrédulo.

La definición de la Asunción inicia la "EDAD DE MARIA" vaticinada por San Luis Grignon de Monfort y predicha por el venerable Padre Chaminade a S. S. Gregorio XVI, como precursora y portadora infalible del triunfo completo de Cristo y de la Iglesia.

EN EL ORDEN SOCIAL, María nos traerá de nuevo a Cristo, y con Cristo la paz, la justicia, el amor, la fraternidad universal que reinará entre los hombres hechos al fin por la gracia, debidamente aprovechada, *verdaderos hijos de Dios.*

EN EL CAMPO TEOLOGICO, el dogma de la Asun-

ción que representa *la cúspide* en el progreso de la teología y de la devoción mariana del pasado, será también el punto fijo, la piedra miliar a la que en el porvenir habrá qué mirar para conseguir nuevas metas...

La definición de la Asunción pone el fundamento para la proclamación de los dogmas de la *"Realeza universal de María"*, y de su *"Mediación entre Cristo y los hombres"* como depositaria y dispensadora de todas las gracias.

Una vez más la historia ha registrado la verdad del vaticinio de la misma Santísima Virgen: Bienaventurada me llamarán todas las generaciones; *ecce enim beatam me dicent omnes generationes!*





Vista parcial de las ruinas de Pompeya, en las cercanías de Nápoles

Valiosos conceptos sobre esta Obra:

«ITINERARIO ESPIRITUAL»

Este libro es un himno de luz: luz de la fe, luz de la inteligencia, luz del estilo. Fue escrito con entonación de salmo y encendido corazón de peregrino. Por sus páginas discurre un aire inspirado, como la serena corriente de un río. Tiene la claridad de los cielos de Italia, el espíritu armonioso de Francia, la esbelta raíz telúrica de España y el milenario perfume evangélico de la "Tierra Santa". Es un libro para escanciar lo mismo que un vino iridiscente de Capri, a orillas del infinito mar azul, sobre las arenas fulgurantes y al reflejo transido del "ascua de oro" de uno de esos atardeceres majestuosos del tramonto griego.

Cuántos peregrinos del Año Santo de 1950 hubiéramos querido escribir algo semejante. Pero no tuvimos ese valor secreto que da la intención —sello poderoso de la voluntad— para rescatar el sucesivo deslumbramiento de los tesoros tutelares de la cultura cristiana. Anduvimos absortos, con el destello del profeta herido por el rayo de la gracia; con el alma florecida al contacto de las piedras que perpetúan el milagro, y de los mármoles que eternizan el arte; bajo la sombra de las cúpulas y en los umbrales del espejo legendario de ríos y mares que arrastran la historia.

...."Itinerario Espiritual", del joven sacerdote y doctor en Filosofía y Letras, Fabio Sánchez C., es un libro admirable. Fue escrito, como di-

jera Texeira de Pascoaes de las Epístolas de San Pablo, "con la sangre de sus venas, en tablas de carne de corazón". Fue escrito, no a manera de relato, novela, reportaje u otra forma usual del sistema de periodismo moderno, para llamar la atención de las gentes, y es, integralmente, un breviario estético, un tratado de belleza, una cátedra de elocuencia interior. Esta obra es diferente a las demás obras. "Cuántas cosas vistas en ella son más nuestras que las mismas nuestras". Es que el autor no se guió por cánones clásicos, ni pretendió imitar a nadie; supo y logró ver "de dentro para fuera", que es uno de los mayores atributos del intelectual y del escritor.

Vano e inoficioso intento el de recrear en este comentario escueto aquel coro de imágenes que forman el libro del Padre Fabio Sánchez, llamado a perdurar en las letras con la virtud del diamante que madura su misterioso fuego en la entraña secular de los árboles electos. Con fuerza de emoción viva, con ardor creyente, con abrasado vigor espiritual, producto de observaciones tranquilas, de viajes memorables, de embelesos místicos, el sacerdote y filósofo acendró las potencias de su alma y la lucidez de su inteligencia, para darnos este libro que es columna inspirada en volutas hacia las alturas, a semejanza de una de aquellas que labró Bernini para el altar del baldaquino, copia de las columnas del templo de Salomón, que, inmóviles, ascienden, deslumbran y palpitan en el bronce agitado de vida por la mano del genio.

Como quien entrega el suave pan de su mesa, colmado de afecto, sin pretensiones, sin vanidad, sin alardes, un buen día nos entregó el Padre Fabio Sánchez, noble y fiel amigo, los originales de su libro, para ver "si valía la pena de publicarlo". La lectura del primer capítulo nos hizo devorar toda la obra, en un viaje maravilloso a través de muchos paisajes que por fortuna habíamos conocido. Y cerramos la última página con devoción litúrgica: la liturgia de las cosas grandes, de los valores consagrados a la altura de sus méritos.

Este libro, al contacto y por la maestría de los temas tratados, deja un sabor de eternidad.

ARTURO CARDONA JARAMILLO

La última página de Tomás Calderón (MAURICIO)

«ITINERARIO ESPIRITUAL»

El Presbítero Dr. Fabio Sánchez C. ha escrito un libro de visiones por Europa, cuyo estilo tiene el encanto de los buenos viajeros.

Viajar escribiendo es realmente difícil: hay qué poseer ante todo un vasto espíritu de observación, que es precisamente lo que distingue al autor de "Itinerario Espiritual". Su libro no se deja de la mano un momento, porque cautiva viajar con este buen caballero errante de una civilización decadente que hubiera desencantado al Barón Charles Davillier en su viaje por España acompañado por Gustavo Doré por allá en 1862. Viaje que también hicieron con itinerario semejante Taylor, Laborde, D'Amicis, Quinet y Gautier, quizá por la misma época.

El Padre Fabio Sánchez nos ofrece un panorama perfecto de lo que él pudo visitar, y regala a nuestra lengua un libro de viaje por muchos lugares de la Europa actual, dando comienzo con su visita a Pío XII, eminente figura del mundo contemporáneo que algún día veremos en los magnos altares de Dios.

Es éste un libro delicioso, porque al viajar sobre el lomo de un buen estilo se les da un claro encanto a las horas que pasan, sobre todo para quienes nos es difícil salir de estas colinas más allá de los mares...

En efecto, el Padre Fabio nos ha proporcionado una lectura que quisiéramos repetir siempre en alas de los andenes, de los caminos y de las viejas ciudades.

INDICE:

Primera Parte: ITALIA

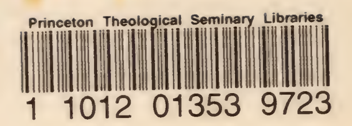
Segunda Parte: ITINERARIO ESPIRITUAL DE FRANCIA

Tercera Parte: ESTAMPAS ESPAÑOLAS

Cuarta Parte: TIERRA SANTA

APENDICE

VALIOSOS CONCEPTOS SOBRE ESTA OBRA:



SE TERMINO LA IMPRESION DE ESTE
LIBRO EL TREINTA Y UNO DE MAYO
DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y
SEIS, EN LOS TALLERES DE
"EDITORIALES ALFA & ORSA, LTDA"
MANIZALES - COLOMBIA

EDITORIALES
ALFA & ORSA LTDA.
Manizales - Colombia